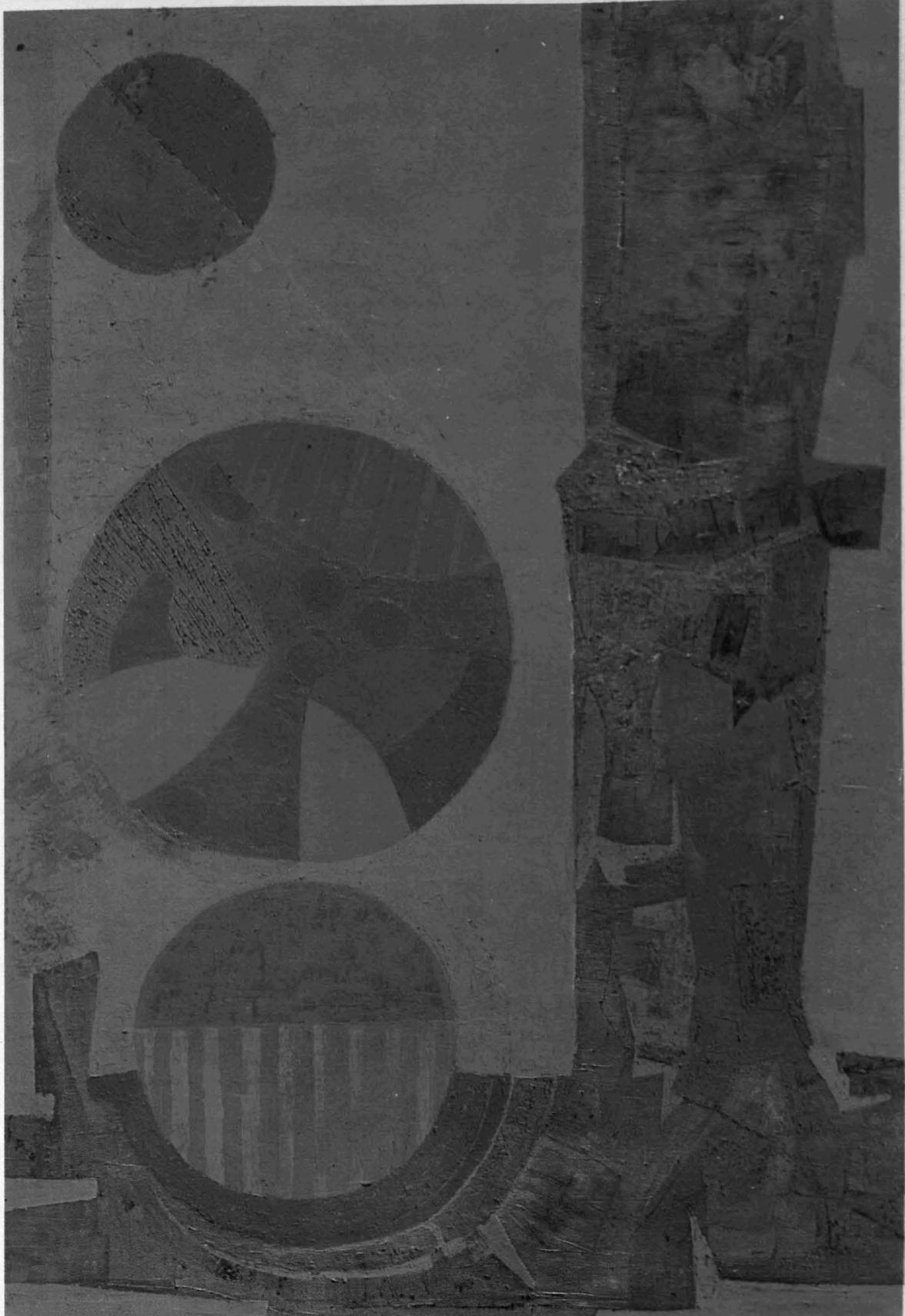


**REVISTA DE
LA UNIVERSIDAD
DE MEXICO**

LA ENSEÑANZA MEDIA



SUMARIO

Volumen XXVI, número 12 / agosto de 1972

- 1 Pedro Coronel: ángel y demonio, por Justino Fernández
- 7 El Colegio de Ciencias y Humanidades y la reforma educativa de la Universidad, por María Cristina de la Serna
- 13 Educación y Política. El Colegio de Ciencias y Humanidades, por Abraham Nuncio
- 22 La Preparatoria y sus guías, por Gustavo Carvajal
-
- I Lolita toca ese vals. . . , por Jorge López Páez
-
- 25 Vázquez de Coronado, por Ernesto Cardenal
- 29 Poemas de Guillermo Palacios
- 31 Crítica: Edmundo O'Gorman / Arturo Gómez / Juan Garzón Bates / Gabriel Careaga / Malkah Rabel / Alberto Dallal / José Ginovart
- 49 Aviso, por Carlos Isla

Portada: Pedro Coronel
(Foto: Galería de Arte Mexicano)

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Doctor Pablo González Casanova / Secretario General: Químico Manuel Madrazo Garamendi

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO / Organó de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Doctor Leopoldo Zea / Editor: Jorge Alberto Manrique / Dirección artística: Vicente Rojo, Adolfo Falcón

Torre de la Rectoría, 10o. piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.
Teléfono: 5 48 65 00, ext. 123 y 124
Franquicia postal por acuerdo presidencial
del 10 de octubre de 1945, publicado
en el D. Of. del 28 de oct. del mismo año.
Precio del ejemplar: \$ 6.00
Suscripción anual: \$ 65.00

Extranjero Dls. 8.00

Administración: María Luisa Mendoza Tello

Patrocinadores;

Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A.

Unión Nacional de Productores de Azúcar, S.A.

Financiera Nacional Azucarera, S.A.

Ingenieros Civiles Asociados [ICA]

Nacional Financiera, S.A.

Después de la formidable producción de pintura mural en México durante unas cuatro décadas, en las que se encuentran obras de la más alta categoría, de Orozco, Rivera y Siqueiros, y tras de la obra de Tamayo, apareció Pedro Coronel en el horizonte de la pintura mexicana como un artista extraordinario.

Proveniente de Zacatecas, no era alguien sin antecedentes. Había estudiado pintura y escultura en la famosa escuela "La Esmeralda"; había vivido en París y frecuentado los talleres del pintor Breuer y del escultor Brancusi; también había viajado por Europa y el norte de África.

En París hizo amistad con el poeta Octavio Paz, quien fue el primero en llamar la atención sobre las grandes cualidades de Coronel, cuando el artista abrió su primera exposición personal en la Ciudad de México, en 1954, y ciertamente Paz no se equivocó.

Pero fue en su segunda exposición, también en la Ciudad de México, en 1959, cuando se reveló su poderosa personalidad en una serie de pinturas y esculturas. Tituló dicha exposición "Los habitantes" —refiriéndose a los hombres en este nuestro mundo—; y qué siniestros se veían en sus formas animales, brutos, símbolos del sentido humano de bestialidad. Sin embargo la fuerza de su expresionismo abstracto y su original colorido disfrazaban, en cierto modo, el contenido dramático, y hacían que sus pinturas fueran emocionantes y gozosas. Sus esculturas eran de bellas formas simplificadas; algunas sugerían cabezas de animales, otras eran francamente abstractas. Fue en esta exposición que se revelaron las cualidades extraordinarias y la originalidad de Pedro Coronel como artista; fue una inolvidable experiencia personal, y desde entonces no ha dejado de producir obras del más alto nivel.

Una vez más tuvimos que admirar sus obras en la importante exposición del Palacio de Bellas Artes en 1960, 54 pinturas y 8 esculturas. Fue una brillante exhibición en la que estaban manifiestos su intenso colorido y sus temas originales. Sin duda había, a través de toda la obra, un sentido mexicano ancestral, sin que fuera posible determinar exactamente dónde se encontraba. Hacía mucho tiempo que no veíamos una exposición semejante, después de las de Orozco, Rivera, y alguna más reciente de Tamayo.

El abstraccionismo era cada vez más importante en las obras de Coronel, tratado con formas simplificadas y composiciones en las que se podían observar ricas y gruesas texturas, así como otras en planos lisos. Estas dos tendencias se habían de desarrollar en el futuro a lo largo de la producción del artista y expresan, a mi parecer, dos aspectos diferentes de su temperamento: la "bravura" apasionada del norteamericano y el lado tierno y suave de su personalidad. El demonio y el ángel en lucha dentro del artista; las fuerzas dionisíacas y apolíneas, en donde debe encontrarse el drama de su expresión. En cuanto a la temática insistía en una especie de escepticismo por todo aquello que no fuese la existencia como es: vida y muerte, con lo que pueda ofrecer de satisfacción sensual, de

donde nace su erotismo, que con frecuencia está presente en sus pinturas y dibujos.

Con esa exposición de 1960 quedó en claro que Pedro Coronel era uno de los artistas importantes de nuestro tiempo, considerado en un panorama internacional.

Se le habían otorgado premios; los críticos habían reconocido su valor; se le había lanzado al mundo del arte contemporáneo. Su gran exposición retrospectiva en Tokio, Japón, dos años después —52 pinturas— tuvo éxito extraordinario. Estuvo en ese país por un tiempo y el oriente fue para él una experiencia profunda.

■

De vuelta en París, en donde entonces vivió dos años, abrió una exposición en la galería "Le point cardinal", con obras recientes —33 pinturas y 3 esculturas—. Coronel es un trabajador constante, y continuamente prueba medios de expresión intocados. A este periodo corresponden algunas de sus pinturas importantes. La



Llanto de la violencia



crítica parisiense no fue pareja; algunos críticos exaltaron sus valores, pero uno de ellos no fue tan comprensivo.

Exposiciones de sus obras se sucedieron una tras otra, en la Ciudad de México y en otros sitios, siempre trayendo un sentido de frescura y autenticidad, de apelación emotiva, en medio de tantas exhibiciones cuya característica es el aburrimiento; las pinturas de Coronel pueden ser lo que se quiera, todo, menos aburridas.

Dos años más en París, después de una estancia en México, enriquecieron al artista con nuevas ideas. Quizá su amistad con la pintora Sonia Delaunay tuvo que ver en ello. Desde París envió una serie de treinta y seis pinturas, exhibidas en la Galería de Arte Mexicano, en 1968. Fue una sorprendente exposición, por las novedades expresivas. La personalidad de Coronel estaba en las obras, pero un tanto cambiada. Ahora, el color era menos violento, así como las texturas, que eran más suaves, y nuevas e increíbles armonías aparecieron, deliciosas en su simplicidad o en sus complicaciones.

Desde hacía tiempo Pedro Coronel había creado nuevas visiones poéticas con símbolos solares; el Sol y otros astros en atmósferas aéreas habían venido a constituir en su obra un mundo poético por su propio derecho, lejos de nuestras tareas cotidianas, el cual, a mi parecer, era signo de insatisfacción y de añoranza por otro mundo más allá. Es el artista que, insistiendo en el tema, ha hecho del Sol y de la Luna, símbolos de vida, de una nueva vida, distinta de la que vivimos, de algo así como una esperanza. Y aquí se encuentra una vez más el drama de parte de su pintura, que es tanto como decir de su propio ser... y de su romanticismo.

No hay duda de que hay un sentido decorativo en el arte de Coronel, mas, pregunto ¿qué hay de malo en el decorativismo? Si sólo fuera eso, sería superfluo, pero como no es así, debemos tomarlo como un componente que es parte del encanto de su expresión.

Otro aspecto en las obras de Coronel es su monumentalidad; tal parece que el artista se siente más libre pintando telas de grandes dimensiones, que son más apropiadas para sus concepciones cósmicas, y que son como pinturas murales en busca de un sitio donde descansar.

Al último periodo de París pertenece una serie de dibujos eróticos, tan finos como los de Picasso, que puede titularse "La belle et la bête". Por supuesto que el erotismo no es obvio en ellos, si bien allí están las formas naturales. En pinturas de estructura geométrica o abstracta, el erotismo está aún más oculto, pero sin embargo presente. Tanto las formas naturalistas como las abstractas son, en manos del artista, dóciles medios expresivos, pues las maneja con habilidad y sentido poético, por lo que producen emoción estética.

Dos años de residencia en Roma fueron de gran actividad

creadora para Coronel, y envió a México su nueva producción, que era vasta. La exhibición fue titulada por el artista "Año Uno Luna", como para recordar el memorable acontecimiento de la llegada de los astronautas norteamericanos a la Luna. Una vez más fuimos sorprendidos por esta serie de grandes telas. Sabíamos que es un colorista original, así no hubo sorpresa en este sentido, pero ahora habían desaparecido las ricas texturas y no se veían sino planos lisos que construían composiciones con formas ideales, redondas, ovals, rectilíneas, fragmentadas, agresivas o en calma, formas claras, recortadas, que se acercaban a lo que se conoce por "hard edge".

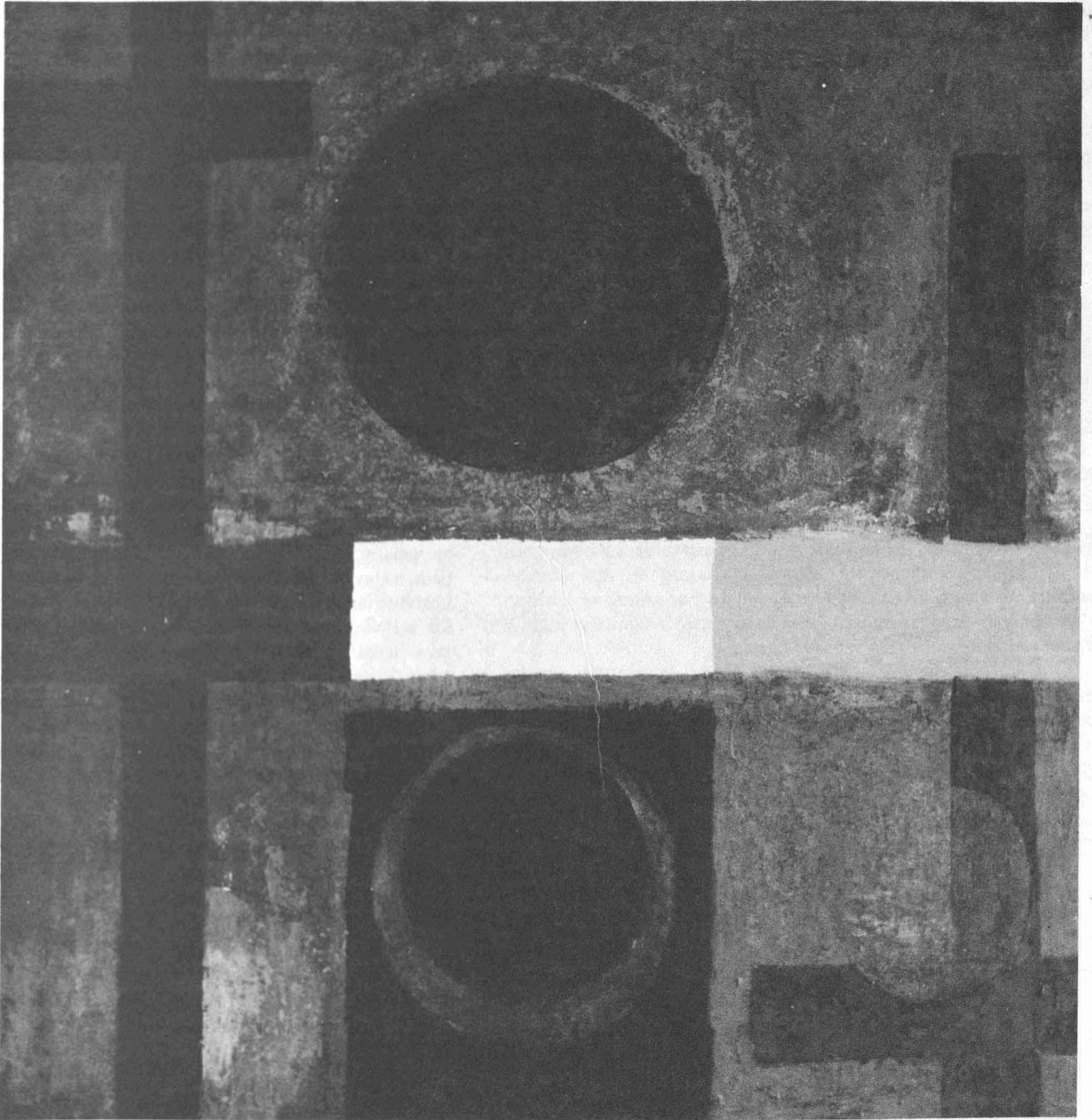
Tales abstracciones me hicieron recordar un texto de Orozco, publicado cuando se inauguró su mural "Dive bomber", en el Museo de Arte Moderno en Nueva York (1945). Entonces escribí:

El público quiere explicaciones. . . De improviso, Madame Butterfly y su amigo Rigoletto desaparecen de la escena del cuadro. También se han ido las tristes condiciones sociales. Para asombro del público se levanta el telón y no hay nada en el escenario sino unas cuantas líneas y cubos. Lo Abstracto. El público protesta y exige explicaciones, y explicaciones se dan libre y generosamente, Rigoletto y las condiciones sociales están todavía allí, pero vestidos con cubos y conos en una fiesta loca con La Bohème, Lucia de Lammermour y Madame Butterfly. ¿Significaciones? ¿Historietas? Bueno, inventémoslas después. . .

Tal era el caso con las pinturas romanas de Coronel, quien dejó fuera toda superfluidad para quedarse con lo esencial del arte de la pintura: línea y color. Suprimió los títulos literarios de los cuadros, que con frecuencia usa, y se atuvo a la simplicidad significativa, pitagórica, de los números. "Año Uno Luna" fue otra brillante exposición de las obras del artista y diferente de las anteriores. Inútil es decir que las formas sugerían las de los astros, con estructuras geométricas, enriquecidas por el color, que hacía parecer a los cuadros como joyas esmaltadas.

La última exposición en el Marion Koogler McNay Art Institute, de San Antonio, Texas, inaugurada el último 2 de abril, contenía obras de años pasados y otras recientes, grandes y medianas. El artista ha insistido en su mundo celestial de astros coloridos y, así, tituló esta exposición "Poética Lunar". Las obras a la vista eran eso: poesía, creaciones de un mundo celestial imaginado, con inspiración en recuerdos ideales de la Luna. Se trataba, pues, de pintura abstracta de cierto tipo: formas abstraídas de objetos naturales imaginados, en atmósferas con colores también producto de la imaginación.

Autoritrato



Después de todo lo dicho, tratando de seguir un orden cronológico, espero que se hayan percibido algunos de los valores artísticos y estéticos de la obra de Coronel, así como su capacidad creadora y otros aspectos de su personalidad, que no escapan al ojo experto.

En la obra de Coronel encontramos una auténtica lucha del artista consigo mismo para expresar su sentido de la existencia humana y su visión del mundo. En otra parte he dicho que el arte es —para mí— un bello instrumento de revelaciones, porque nos descubre el mundo poético del artista y, a la postre, el nuestro propio. A mi parecer la obra de Pedro Coronel es gran arte y, por lo tanto reveladora en muchos sentidos.

Desde su primer periodo creador Coronel expresó maravillosamente un dramático sentido de la vida; un tanto disfrazado por su espléndido colorido y por cierto decorativismo, como he dicho más arriba. Y a propósito recordamos lo que Mallarmé dijo, que el artista debe tender una nube de humo entre su obra y el espectador, para que no sea como la mercancía del vendedor en la calle, que la ve el primero que pasa. También Coronel nos recuerda a Gauguin, cuyas obras fueron tomadas en un principio como decorativas, hasta que los críticos comprendieron la novedad y el drama que expresaban.

Como los clásicos, Coronel reduce los temas a un mínimo. Símbolos concretos pueden encontrarse en parte de su obra, pero cuando su arte viene a ser abstracto —como en sus grandes concepciones cósmicas—, entonces el cuadro por entero se convierte en símbolo de otro mundo, y el color viene a significar ideas y estados anímicos.

El hedonismo contemporáneo quiere ver la pintura por las sensaciones o el placer que puede provocar, algo así como "el arte por el arte", pero este es un punto de vista limitado, porque el verdadero arte, como creación humana que es, expresa de manera estética todo el ser del artista. Por medio de su obra Coronel ha expresado en bellas formas su propio sentido de la existencia, como drama y también con acentos líricos, ya que es un gran artista.

Hoy día, como en años pasados, la discusión sobre si un artista mexicano es "muy mexicano", o "menos mexicano", es obsoleta, porque no será mejor ni peor como artista si se le considera de esa manera. Lo que importa es el valor auténtico de su obra, y nada más.

En el panorama presente de la pintura mexicana tenemos que situar a Pedro Coronel al lado de Rufino Tamayo, porque —entre otras razones— ambos son coloristas maravillosos y originales en ello; pero sus formas de expresión son diferentes, como lo son sus temperamentos y personalidades. Coinciden en un formalismo ideal, imaginativo, pero sólo en concepto. Tamayo es un maestro en el arte de sugerir esto y lo otro, y es uno de los coloristas

excepcionales de todos los tiempos. Situar la obra de Coronel al lado de la de Tamayo no es algo en contra de éste, ni en favor del otro. Ambos son grandes artistas, pero ¡qué distintos son! Lo que en Tamayo es un sentido de medida, en Coronel es fuerza apasionada. Ambos tienen suficiente imaginación para transformar nuestro mundo y crear sus lenguajes personales. Nadie puede negar la originalidad de Tamayo, ni tampoco la de Coronel, no obstante que éste aparezca algunos años después del otro. Es natural que Coronel absorba influencias de artistas que le precedieron, entre otras la de Tamayo, de manera limitada. México es afortunado en tener hoy día dos espléndidos coloristas. Esto es tan claro que negarlo sería como querer cubrir el sol con un dedo. . . y el sol de Coronel quema.

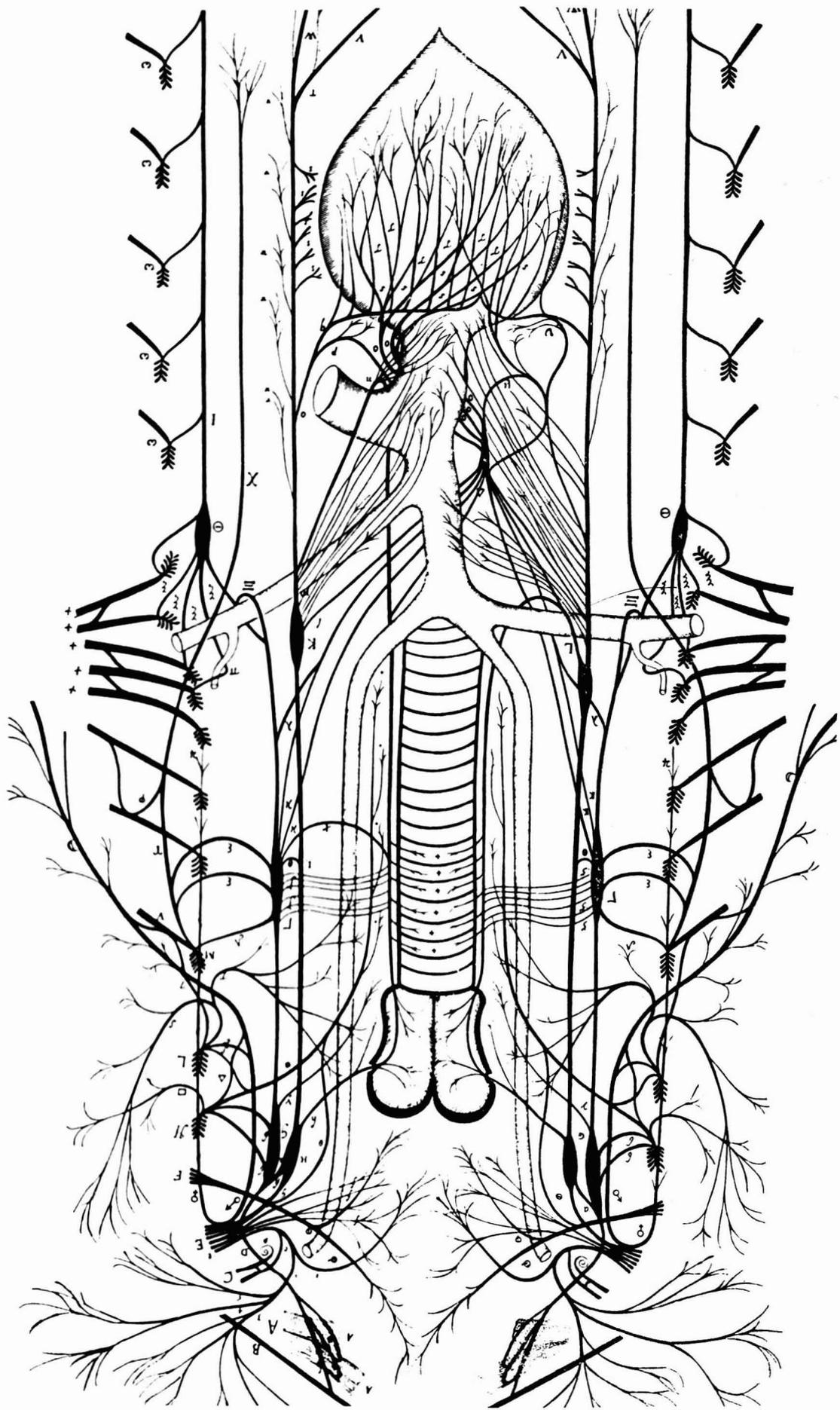
La obra de Coronel puede situarse también al lado de las de otros pintores extranjeros, tales como Wilfredo Lam y Joan Miró, porque sus modos de expresión son también ideales e imaginativos. En el artista cubano el color es limitado; coincide más Coronel con el color del artista catalán, pero todos son diferentes entre uno y otro y, allá lejos, está presente la sombra de Picasso, como en mucha de la pintura posterior a él.

Con lo dicho espero haber sugerido la línea dentro de la cual Coronel encuentra su sitio en el arte de nuestro tiempo; la línea que comienza con el cubismo y se desarrolla creando lenguajes que se han impuesto por sus valores. Es, en general, un lenguaje apto para expresar ideas, sentimientos y mundos imaginarios, que no obstante tienen base en la realidad, según la intuye cada uno de los artistas. ¿Le llamaremos hoy expresionismo abstracto? podemos llamarle como queramos, pero insisto en que se trata de un lenguaje con múltiples posibilidades expresivas.

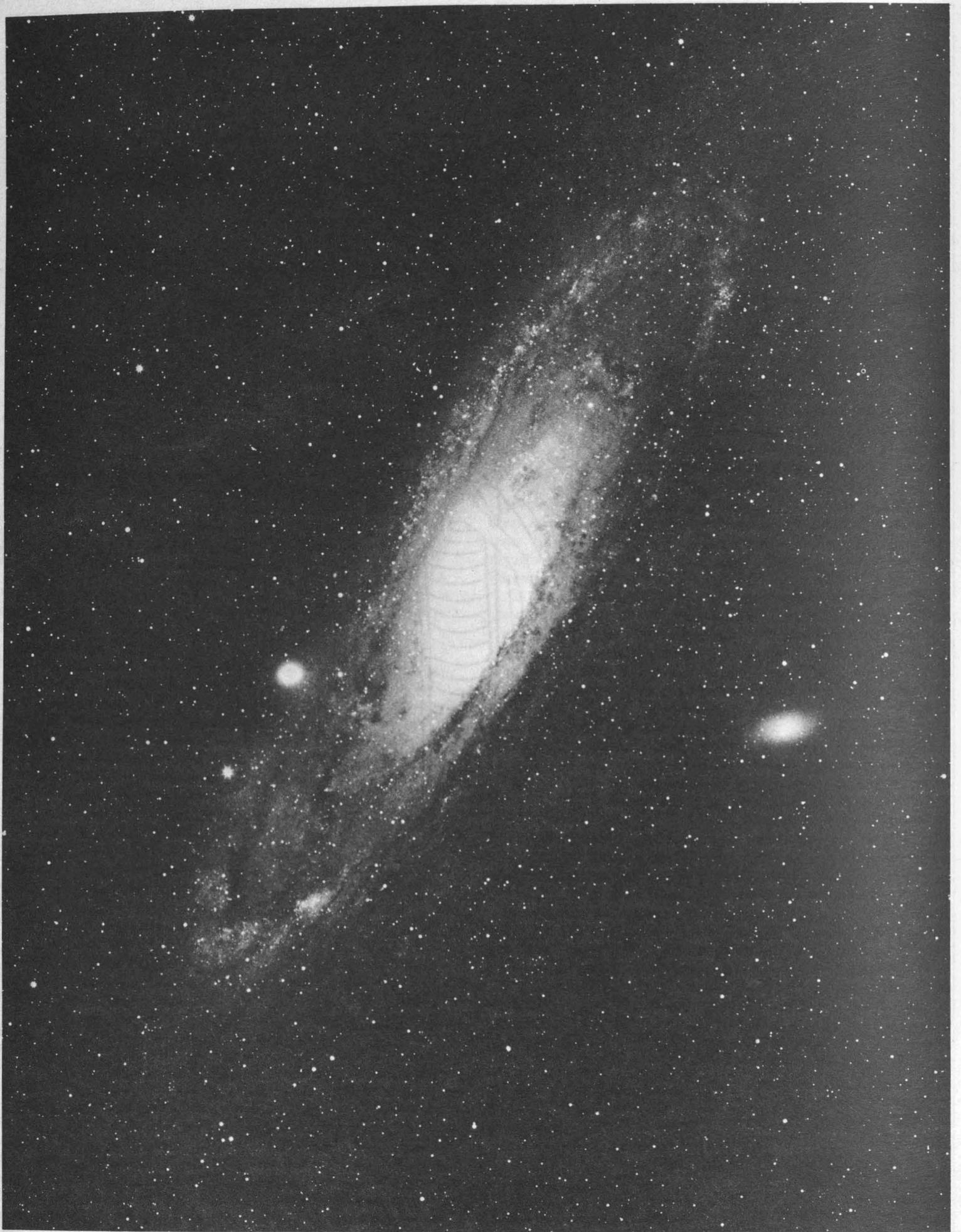
Existen y existirán diferentes interpretaciones de la obra de Coronel; todas son tentativas de aproximarse a ella, y sobre todo, al espíritu del artista. Una obra de arte auténtica siempre provoca diferentes ideas, sentimientos y posibilidades imaginativas, porque esa es precisamente su vitalidad.

Bien sé que hoy día interesarse en la vida espiritual de un artista es algo como pertenecer al pasado, mas para mí no es cuestión de estar "a la moda", o estar fuera de ella. No puedo sino propugnar por valores que son humanos y espirituales, y la espina dorsal de la cultura misma. Estas son algunas de las razones de mi entusiasmo por la obra de Coronel, de su sentido poético según queda expresado en ella. El crea o recrea la realidad vital, humana y por tal transfiguración, su arte es emocionante, original, magnífico y gozable.

En nuestro mundo actual, tan lleno de fuerzas negativas y destructivas, el arte es una esperanza de que no todos los valores espirituales están perdidos, y el arte es también una posibilidad —entre otras pocas— de reconocer la grandeza del hombre.



LA ENSEÑANZA MEDIA



Iberoamérica es, seguramente, una de las puertas del mundo. Gira sobre un juego de bisagras representadas por intereses, ambiciones, dependencias, posibilidades y rendimientos planeados. Por ella se pasea lo imprevisto a despecho de aquellos que pretenden predecir o determinar su destino.

Sometida aún hoy por la gran dominadora —la Distancia— es un puro futuro, indecisa realidad que acaso haya de inventar en base a un pie forzado. El rebasarla es empezar a existir con madurez, iniciar una nueva etapa histórica en la cual el hombre se empeñe —por su propia decisión— respecto de un modo fundamental de ser.

Estamos, nadie lo duda, en una época de intensa búsqueda por las vías de la creación y la transformación, respondiendo a las necesidades de una nueva sociedad. El problema educativo no es ajeno a esta situación sino que, por el contrario, en él o por medio de él se futuriza al hombre de mañana a partir de una actitud crítica del hombre de hoy; es necesario luchar contra las imposiciones del medio y abrir caminos para promover una educación liberadora, centrada en el polo de la transitividad y la mudanza social, que estimule la acción, de modo que el esfuerzo educativo coincida con el esfuerzo económico del desarrollo. El interés central de la educación surge con el enfoque que supone el considerar ésta como inversión y no como consumo; pasa así a primer plano la potenciación cultural de la sociedad como conjunto. La integración social es una de las claves de la reforma educativa, además de representar el nivel óptimo a alcanzar para evadir los cuadros del subdesarrollo.

Educación debe ser beneficio de todos para todos. Es necesario multiplicar la oferta y crear nuevas vías de acceso a los distintos niveles.

El hombre de hoy vive, más que en otras épocas, la unidad solidaria de su destino individual con el de la comunidad a que pertenece, ya que existe una relación esencial entre existencia y coexistencia. Es menester apoyar la función de una universidad nueva, agente dinámica del cambio social, del progreso científico y el desarrollo económico, al aceptar el reto que lanza a la cultura la transformación de la sociedad contemporánea.

La Universidad Nacional Autónoma de México, que ha iniciado en 1971 una interesante reforma educativa, comparte el criterio de que la educación debe ser concebida como un proceso unitario con interrelación entre los distintos niveles; será necesario, además, atender a la mejora del rendimiento y calidad del sistema educativo, orientado hacia objetivos muy concretos.

La UNAM procura, sobre la base de una cultura común actualizada con los grandes descubrimientos y nuevas técnicas y áreas de estudio, añadir una serie de combinaciones interdisciplinarias insuficientemente exploradas y que aligeren los currícula permitiendo una infinidad de planes de características especiales,

que vaya de acuerdo con las necesidades del trabajo científico y técnico y con las diversas combinaciones de lenguajes, métodos y especialidades.

El 12 de abril de 1971 comenzó sus funciones el Colegio de Ciencias y Humanidades, concebido como una institución destinada a realizar trabajo interdisciplinario dentro de la Universidad y cuyos planes y programas de estudio tienden a dar una mayor flexibilidad y más fácil adecuación a las necesidades futuras de la enseñanza. Actualmente cubre el ciclo de bachillerato aunque en un futuro próximo podrán realizarse en él estudios de licenciatura y postgrado. Entre los objetivos generales del Colegio de Ciencias y Humanidades está la experimentación de métodos de enseñanza procurando aumentar la profundidad y seriedad de los estudios humanísticos, científicos y técnicos; intenta combatir el enciclopedismo haciendo énfasis en las materias básicas pero fomentando al mismo tiempo las especialidades y la cultura del especialista.

Los objetivos correspondientes al ciclo de bachillerato con el cual el Colegio ha iniciado su vida académica procuran que el estudiante sepa leer, escribir o redactar, conozca matemáticas, el método histórico político y experimental, sepa informarse, logre desarrollar el gusto por la lectura de autores clásicos y contemporáneos, sea capaz de prepararse, si lo desea, en los campos de la producción o los servicios como técnico auxiliar.

La formación flexible que adquirirá el alumno en el Colegio de Ciencias y Humanidades le permitirá realizar actividades interdisciplinarias, combinar profesiones distintas o aún cambiar de profesión con mayor facilidad, si así lo deseara. Se persigue acrecentar los conocimientos e iniciar la apertura hacia nuevas experiencias.

Las materias que integran el plan general de estudios del Colegio de Ciencias y Humanidades aspiran a facilitar al estudiante la adquisición de dos lenguajes: el español y las matemáticas; así como dos metodologías: el método histórico político científico y el experimental. No es necesario destacar de manera excesiva la importancia de estos objetivos. Uno de los vitales problemas del hombre es el de la comunicación oral y escrita. Con el empleo correcto de un lenguaje por medio del cual expresamos nuestro interés, curiosidad, filiación o rechazo por las cosas, ejercemos nuestro derecho de defensa, protesta y réplica, nos manifestamos de tal o cual manera, frente a tal o cual situación. La lectura de los autores clásicos e hispanoamericanos facilita un contacto serio no sólo con las épocas y corrientes de pensamiento que ellos representaron, sino además y sobre todo con una problemática humana que no ha cambiado de manera sustancial, que nos revela cómo las mismas pequeñas gentes que se inquietan y desconciertan frente al problema de la vida, la muerte y la libertad, el tiempo, el mundo interno y el mundo de los otros, nuestros vecinos de cueva o paraíso con quienes —y entre quienes— se desenvuelve nuestra propia historia.



El estudio de las ciencias experimentales permite al alumno, a través de las observaciones y conclusiones que se obtengan, adquirir la habilidad para planear un experimento, realizarlo e interpretarlo, vivenciando así la realidad de los conceptos y técnicas científicas en constante cambio.

El aprendizaje de la Historia facilita el desarrollo de un criterio histórico que permite al estudiante apreciar los acontecimientos en una dimensión total, con amplia perspectiva de todos sus elementos, e integrarse dentro de la sociedad a la que pertenece participando activamente en su transformación.

Los programas de estudio de cada una de las materias del Colegio de Ciencias y Humanidades no son una fría lista de contenidos; están integrados por objetivos de aprendizaje, sugerencias metodológicas, actividades para los alumnos, correlaciones con otras asignaturas y bibliografía para el maestro y para el alumno.

Los objetivos de aprendizaje describen los resultados que se desean alcanzar como consecuencia de la acción educativa. Intensifican una conducta final, producto del aprendizaje, que el alumno deberá ejecutar para demostrar que el objetivo ha sido logrado.

A partir de estos objetivos de aprendizaje se plantean diferentes modalidades de trabajo que pueden suscribirse dentro del rubro "escuela activa", y que se resumen en la fórmula pedagógica que el Colegio sustenta: *aprender a aprender*.

El término *escuela nueva* es convencional o genérico. Con él se designan, reagrupándolas bajo una exigencia, todas las tentativas orientadas hacia una crítica de la escuela autoritaria y tradicional y con vistas al incremento de una institución más libre y formativa. Entre las notas dominantes que le sirven a la llamada educación activa para autodefinirse creemos que hay dos altamente reveladoras: nos referimos al carácter vital y comunitario que deben tener de una manera casi ineludible los grupos de trabajo incorporados a este régimen.

Decimos que la tarea de enseñar y aprender ha de ser algo definitivamente vivo, entendiendo la vida como una "ocupación que nos lleva a preocuparnos por las cosas, con las cosas". Vida es, además, claro ejercicio de la libertad reflexiva, diario aceptar el desafío a que nos somete el mundo circundante, nuestro finito o infinito paraíso de posibilidades. Desde este punto de vista, la nueva pedagogía proclama un inquebrantable respeto por la libertad, unido al impulso creador. Aprender es, además, aprender cómo somos descubriendo la fuerza interior que provoca, dirige y sostiene toda la vida. Autoeducación; develamiento del ser con todo el peso del acto que nos hace "ser", precisamente, esto o lo otro.

El Colegio de Ciencias y Humanidades propone a sus maestros la búsqueda de métodos no tradicionales, que excluyan la verbosidad y la pasividad, y por medio de los cuales se inicie la apertura de un proceso introspectivo que no tenga fin, que se refiera

directamente al autodescubrimiento que se pretende realizar en la autoeducación. Se trata de llevar a quienes están bajo la orientación y guía del maestro por un camino inexplorado, en un viaje a través del mundo secreto de emociones y tendencias, intereses y objetivos, aptitudes e interrogantes, y más aún, a captar la oculta resonancia de vivencias idas, el valor de nuestro pasado como memoria consciente y también, acaso, a oír la secreta voz de la interioridad que está dictando lo que necesitamos hallar. La primera actitud será de extrañeza. Pero ya sabemos que "sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender".

El maestro del Colegio de Ciencias y Humanidades ha dejado de ser el poseedor de la verdad absoluta para convertirse, en todo caso, en el defensor de una verdad, la personal, desde lo cual ejerce su derecho de juicio u opinión, pero consciente de que no hay nada que pueda imponer. El maestro es un orientador en el proceso de aprendizaje, junto al cual el alumno realiza ciertas etapas de un camino interminable, que rebasa completamente los ciclos de la educación sistemática, que es ajeno a los incentivos circunstanciales y responde (debe responder) a motivaciones profundas, al saber por el saber mismo.

No se proponen esquemas rígidos ni actitudes preconcebidas; enseñar y aprender es una relación a través de la cual se comunican e intercambian experiencias, se logra la adquisición de determinados conocimientos y el desarrollo de ciertas habilidades y destrezas que se manifestarán como cambios positivos en la conducta del individuo. La escuela por sí sola no determina el cambio social pero sí constituye un factor casi decisivo, pues facilita la autoformación de aquellos que van a ser generadores y protagonistas del cambio.

Alguna vez se ha dicho que el Colegio de Ciencias y Humanidades procura el desarrollo de un "hombre nuevo"; si damos un ligero vistazo a la Historia de la Educación, vemos que casi todas las sociedades, influidas por tal o cual corriente de pensamiento filosófico, político o económico, han perseguido lo mismo. La diferencia en nuestro caso, consiste en que el Colegio no busca la formación de un individuo predeterminado, con arreglo a un molde fijo. Sólo pensamos en alguien capaz de decidir, de una manera consciente y racional, lo que debe ser. El hombre de mañana, el de pasado mañana, capaz de revitalizar los viejos valores, de encontrar otros; de inventar, descubrir o aceptar aquellos elementos que le sean útiles para la construcción de un mundo nuevo.

Sólo decidimos acerca de nosotros cuando decidimos acerca de lo que debemos hacer. El hombre que no decide, no se realiza. No pone en acto la unidad de su propia personalidad, sino que permanece en el anonimato y renuncia a su libertad que es sólo la de la elección y de la posibilidad trascendental. De ahí que sea tan importante asomarnos al paisaje personal, aprender a afrontar

nuestras dudas y obtener una cierta seguridad humana para decidir en el vértice, la encrucijada, la esquina casi permanente de nuestra ocupación con las cosas.

Al decir cosas nos referimos a ellas en un sentido general. Cosa es todo lo que no es hombre: posibilidad, conducta, realidad concreta. Es todo lo que nos hiere, presiona, estimula, desconcierta y desafía. En suma, el mundo exterior cuya conquista habremos de emprender para vivir el lance humano.

El Colegio de Ciencias y Humanidades trata de desarrollar una verdadera actitud de comunicación. En efecto, este ser que es el mío, que es más bien cuanto hay de más mío porque me define en lo que verdaderamente soy y debo ser, en cuanto que me define trascendiéndome, ya no es sólo mío. Resulta la zona de encuentro y expresa la posibilidad y el fundamento de las individualidades coexistentes. Hay que olvidar el "yo" para dar oportunidad de reivindicación al "nosotros". Y aprender no es tarea de competición, sino de cooperación.

No estamos sólo frente a una búsqueda individual, sino colectiva. Somos más que nunca aquella infinita caravana que camina

bajo el sol, motivada por una gran sed que compartimos. El descubrimiento del otro, de los otros, de la comunidad, pondrá límite y orden a nuestros mecanismos de conducta.

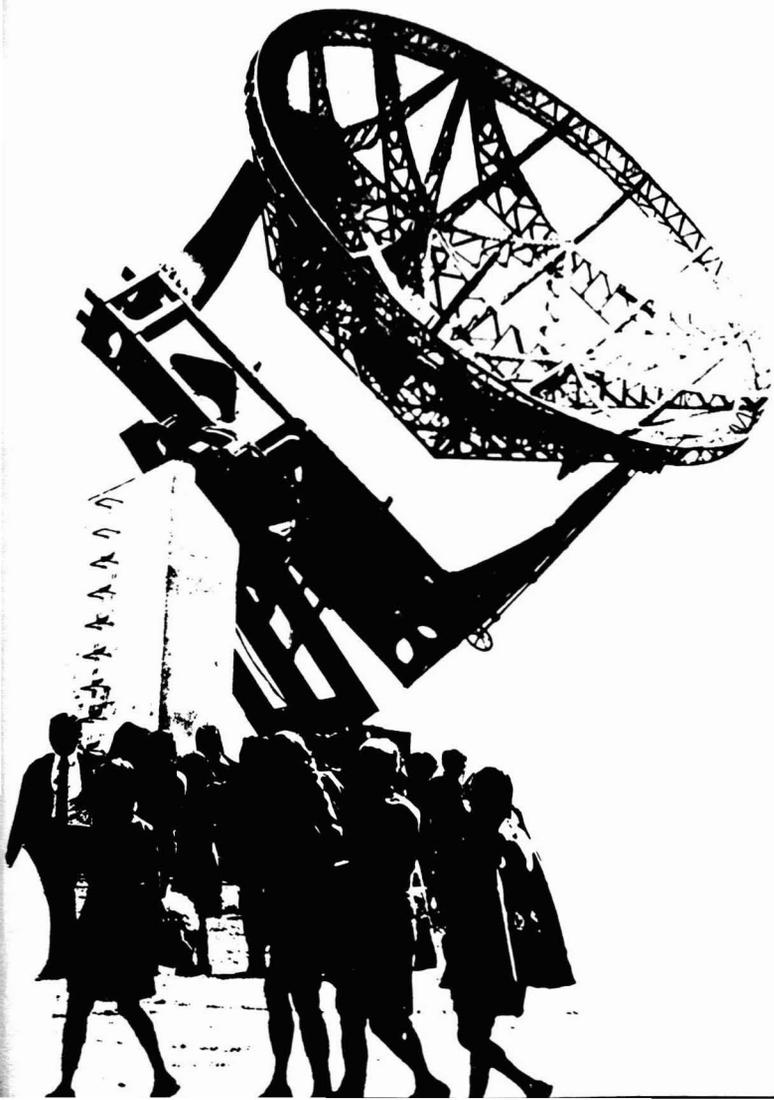
Sólo se halla lo que se busca. Y sólo se busca lo que de alguna manera está inmerso en nuestro ser. A pesar de las conquistas que enorgullecen al hombre, no hemos podido dejar de ser esas pequeñas personas que se afanan por adquirir y olvidar. Hay preguntas, viejas casi como la vida misma, escritas en lenguas que nadie habla ya sobre la tierra. Cuestiones que otros seres parecidos a nosotros dejaron escritas en piedra, barro o madera. Tal vez sobre la arena húmeda de una playa desconocida. Para que cada individuo encuentre sus propias respuestas. Para que estas respuestas le permitan al hombre la construcción de un orden nuevo.

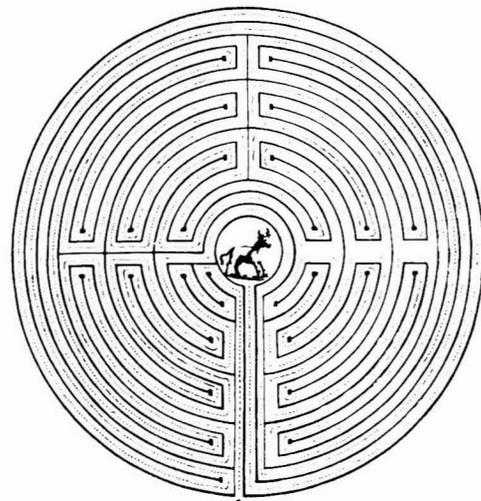
El Colegio de Ciencias y Humanidades es un agente activo en esta labor.

La disciplina en el CCH

La disciplina es la función de cada individuo en la consecución de un objetivo determinado. Es, sobre todo, el orden garantizado por la responsabilidad personal en la ejecución de esa tarea colectiva. Y sólo se puede hablar de disciplina escolar en términos de colectividad; en este caso los únicos medios para alcanzarla son: la concientización, la motivación, la ocupación y la responsabilidad, que deben estar a su vez relacionadas con los trabajos que se lleven a cabo en el curso.

La concientización hace referencia a la necesidad de que el educando comprenda que toda la comunidad necesita una serie de normas que regulen la conducta y garanticen el orden y supervivencia de los individuos como grupo, así como para que se creen las condiciones de respeto y justicia necesarias que hagan posible la convivencia. La motivación es el proceso que provoca cierto comportamiento, mantiene la actividad o la modifica. La buena motivación, entendida como una condición interna, mezcla de impulsos, propósitos, necesidades e intereses, es fundamental para obtener disciplina efectiva, interior, activa y, en consecuencia, el proceso del aprendizaje se acelerará cuando los alumnos reconozcan que la tarea coincide con sus intereses inmediatos. El educando debe sentirse miembro de una comunidad con la cual y para la cual trabaja, y debe tener conciencia de la responsabilidad que le toca en cuanto al éxito del trabajo realizado con su cooperación. En este sentido es importante mostrar la meta a la cual se trata de llegar y el alumno mismo puede apreciar si se está aproximando o no al fin propuesto y en consecuencia dar a su esfuerzo una dirección y sentido inteligentes. El respeto es factor importante en la disciplina y éste debe ser mutuo, ya que el maestro no debe olvidar que sus alumnos son personas en formación que requieren su ayuda para realizarse, pero a quienes hay que aceptar tal y





como son, procurando que el proceso educativo se origine a partir de la realidad personal del sujeto.

La autodisciplina, producto del autocontrol, es sin duda la forma ideal de comportamiento colectivo y hemos de orientar al alumno en su práctica. Para ello es preciso propiciar la libertad en la proporción y sectores que estén al alcance de su madurez social, emotiva e intelectual, y a medida que pueda tomar distancia y reflexionar sobre sus propios actos. Podemos decir que la verdadera medida de la disciplina es interior, entendida como "la modificación del comportamiento, de la comprensión y conciencia de lo que cada uno debe hacer. Estriba, fundamentalmente, en los buenos hábitos" (Imideo G. Nérici: *Hacia una didáctica general dinámica*, Ed. Kapelusz, pág. 44). El silencio en la clase, casi siempre logrado por coacción, no es síntoma de auténtica disciplina. La forma de apreciar ésta es en base al trabajo realizado y desde este punto de vista, la disciplina activa que congrega esfuerzos alrededor de una tarea común, es la única válida y verdadera.

Las actividades escolares deben estar orientadas hacia una auténtica participación en que cada alumno se sienta corresponsable del trabajo emprendido. La mala dirección del curso por parte del maestro, el empleo constante de las mismas técnicas de enseñanza, el conocimiento deficiente de la asignatura, el poseer una personalidad desajustada así como el asumir actitudes perjudiciales, son causa de indisciplina. De ahí que el maestro deba tener una idea clara de su papel frente al grupo y asumirlo con naturalidad, trabajando como orientador en la tarea del aprendizaje.

La comunicación, el diálogo, el espíritu de colaboración mutua, son elementos importantes para lograr disciplina y coherente acción educativa.

Finalmente, hemos de recordar que todo comportamiento considerado anómalo tiene su causa; ésta debe ser investigada a fin de que se puedan tomar medidas eficaces de corrección. Es necesario conocer las razones de una conducta determinada para influir sobre ella de un modo acertado y racional, orientando, esclareciendo, canalizando energías y estimulando. La actitud científica del maestro debe evitar caer en la prohibición pura y simple.

Las opciones técnicas

A partir del tercer semestre el Plan General de Estudios del Colegio de Ciencias y Humanidades ofrece una capacitación de carácter opcional, después de la cual se otorga el diploma de Técnico Auxiliar. Se trata de las Opciones Técnicas que permiten participar en las actividades de la producción y los servicios. El estudiante puede o no tomarlas sin que por ello resulte afectado en sus estudios de bachiller. El certificado del ciclo preparatorio que da derecho a hacer estudios profesionales en la UNAM y otras

instituciones de cultura superior, se otorgará por igual a los alumnos que cursen opciones técnicas que a los que no las cursen.

El alumno interesado podrá escoger una o varias opciones comprendidas dentro de las cinco áreas siguientes: Comercialización, Administrativa, de Servicios, Técnica y Artística.

Una opción técnica se cubre con materias técnicas que se estudian en cada plantel; práctica laboral que se lleva a cabo en los lugares donde se efectúen actividades de la especialidad, e investigación a fin de dar respuesta a un cuestionario que abarca el campo total de la opción.

El estudio de las materias teóricas requiere de una a dos horas diarias dentro del plantel, además de las señaladas para las otras materias, más la preparación de clases o temas que los profesores dispongan.

La práctica laboral puede tener diversas modalidades que podrían concretarse en una acción permanente dentro de un campo de trabajo, el contacto frecuente con la realidad o información específica sobre la actividad, todas ellas durante uno o más semestres, dependiendo de la opción.

Para la realización de la práctica se puede recurrir a diferentes medios tales como: autocolocación del alumno en un centro de trabajo, colocación por sugerencia o gestiones del plantel, ubicación en talleres o laboratorios de la UNAM, ubicación en talleres o laboratorios del CCH, ubicación en centros promovidos por el CCH, visitas guiadas y comentadas, conferencias o adiestramientos por especialistas. El procedimiento escogido dependerá de la naturaleza de la opción y de las facilidades con que se cuente.

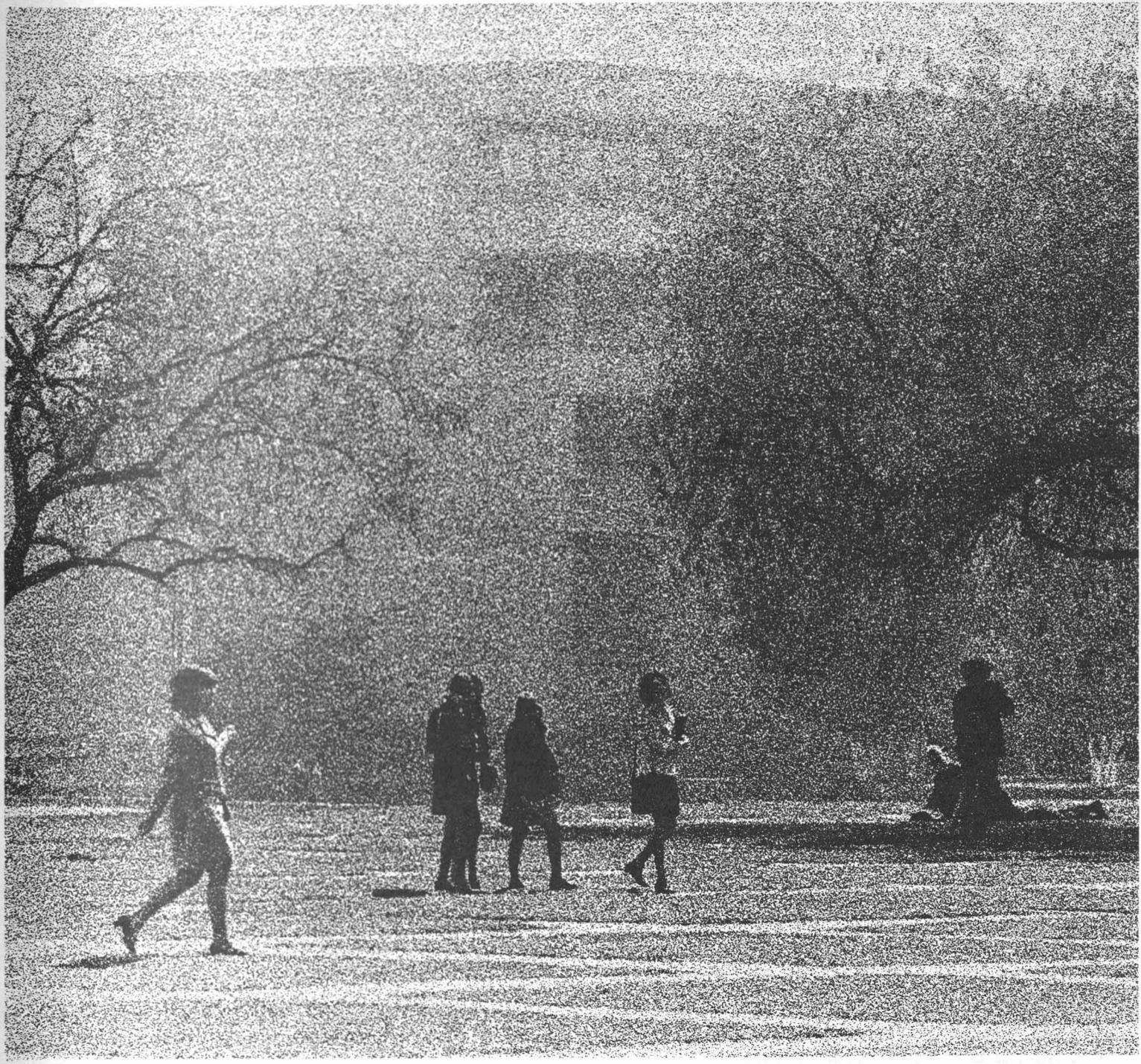
La investigación, o sea la respuesta al cuestionario, la realizará el alumno por su cuenta recurriendo a todas las fuentes que él mismo proponga, o a las que sus profesores, el jefe de opciones del plantel, u otras personas le sugieran.

Para cubrir los requisitos que una opción señala es necesario: pagar los exámenes de las tres materias teóricas de cada opción, y el de ética laboral, que es un curso común a todas las opciones y que se estudia de manera autodidáctica; realizar una práctica laboral con las modalidades que se señalan a cada opción, de acuerdo a cada circunstancia específica; responder a un cuestionario que tendrá como propósito la investigación completa del área laboral que abarca la opción.

Organización del Colegio de Ciencias y Humanidades

El Colegio de Ciencias y Humanidades cuenta con un Comité Directivo integrado por el Coordinador del Colegio y los Coordinadores de Ciencias y de Humanidades, los directores de las Facultades de Filosofía y Letras, Ciencias Políticas, Química, Ciencias Experimentales, del Instituto de Ciencias y del Instituto de Humanidades, así como por el Director de la Escuela Nacional

EL CICLO DE
DE CIEN
Y HUN





Preparatoria; existe además un Consejo del que forman parte los miembros del Comité Directivo que participan en el proyecto correspondiente, los consejeros universitarios profesores y alumnos de las facultades y escuelas que participan en el proyecto, los representantes del Colegio ante el Consejo Universitario y el Director de la Unidad Académica o los Directores de los planteles correspondientes.

Existe una Coordinación con una Comisión de Asesoría Técnica y diversos Departamentos que sirven para detectar y atender las necesidades de toda la comunidad docente y estudiantil de los planteles. La función de estos departamentos está planteada como servicios y asesoría que se presta a maestros y alumnos de la Institución.

El Colegio de Ciencias y Humanidades cuenta en la actualidad con cinco planteles ubicados en: Vallejo, Naucalpan, Azcapotzalco, el oriente y el sur de la ciudad. El responsable de cada plantel es el Director con el que colaboran un Secretario General y tres Secretarios Auxiliares a saber: de Servicios Académicos, Servicios Administrativos, y Servicios Escolares.

Elaboración de programas

Los programas de estudio de cada una de las materias del primer semestre fueron elaborados, en un primer momento, por profesores asesores nombrados por las facultades correspondientes. Al finalizar ese periodo los programas hubieron de ser reelaborados, tomándose en cuenta las opiniones y sugerencias que los señores profesores del Colegio hicieron llegar a través de los Coordinadores de cada una de las áreas correspondientes. Los programas del segundo y tercer semestres fueron igualmente elaborados por los Coordinadores de Área de cada uno de los planteles del Colegio de Ciencias y Humanidades. Se prevee para el futuro la creación de comisiones mixtas formadas por maestros de cada especialidad y alumnos, que se abocarán a la elaboración de los programas subsiguientes con la debida asesoría pedagógica.

Selección de maestros

La selección de profesores para el Colegio de Ciencias y Humanidades se ha llevado a cabo a través de cursos de ambientación. Ultimamente ha sido el Centro de Didáctica de la Universidad y representantes del colegio, de cada una de las academias que agrupan a los maestros por área, quienes han llevado a cabo esta labor. Para el futuro se preveen además otros mecanismos de selección.

Los maestros de Inglés y Francés son preparados y seleccionados por el Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras.

A lo largo de este artículo hemos pretendido dar una imagen

más o menos completa del Colegio de Ciencias y Humanidades, aunque estamos conscientes de que solamente se han podido abarcar los aspectos más sobresalientes del mismo.

Después de tres semestres de trabajo el Colegio de Ciencias y Humanidades ha dejado de ser una experiencia.

Constituye uno de los aspectos más interesantes de la reforma emprendida por la UNAM.

La enseñanza activa que el colegio propone rescata lo mejor de nuestros jóvenes, su aptitud creadora, su acción orientada a penetrar en el mundo de las ciencias, las artes y la técnica con la actitud de quien puede ejercer acción sobre ellos.

Hemos insistido en que no se persigue una pedagogía de competición sino de cooperación; todos estamos inmersos en una realidad castigadora, pero de ninguna manera fatal. La educación para la libertad reflexiva que se persigue consiste en enseñar al alumno las diversas formas en que el conocimiento puede guiar a la práctica.

El conocimiento es el gran liberador a partir del cual decidimos frente a las diversas proposiciones que se nos presentan. El dominio de una materia significa no sólo conocer los hechos sino también la disposición de pensar y criticar lógica y sistemáticamente. A través de una diferente manera de enseñar y aprender, del conocimiento directo del contorno humano y social, de promover un sano entusiasmo para descubrir cuál puede ser nuestro papel en el mejoramiento de este mundo preciso y determinado que es el nuestro, el Colegio de Ciencias y Humanidades desarrolla una valiosa tarea formativa dentro de la comunidad.

El hombre está como siempre, pero más que siempre, lleno de preguntas. No sólo los hombres en general sino sobre todo éstos que comparten con nosotros el diario trajinar por calles, autobuses y oficinas, los anónimos habitantes de fábricas y minas, aquéllos que debemos aprender a conocer y a escuchar. Cumpliendo una valiosa función social el Colegio de Ciencias y Humanidades promueve el máximo contacto del estudiante con la realidad y sus problemas, para que logre descubrir en qué medida puede y debe ayudar. Se ha intentado romper con viejas actitudes y dejar al estudiante vivenciar con la piel —aún por debajo de la piel— el mundo en el que se desenvuelve la vida de los demás, con los que él comparte su propia vida.

Sabemos que no es una idea perfecta, no puede serlo sobre todo en un terreno sujeto necesariamente a modificaciones como es la educación. Pero estamos seguros de que es una gran idea de la que, frente a una realidad tan rotunda como son cuarenta mil alumnos, intentamos dar fe.

Hasta aquí lo que contamos. El Colegio de Ciencias y Humanidades no debe ser, como los libros, contado, sino conocido de cerca. Este artículo es, en todo caso, solamente un breve prólogo motivador.

**EDUCACION
Y POLITICA
EL COLEGIO
DE CIENCIAS
Y HUMANIDADES****Las preguntas**

La reforma educativa en México y como fruto relevante de la misma, la creación del Colegio de Ciencias y Humanidades. ¿Puede considerarse a esta institución como la autocrítica de la Universidad Nacional Autónoma de México, su responsable?, es decir, ¿constituye el reconocimiento de ésta la necesidad de cambiar su estructura conservadora y enajenante por una nueva que haga de ella el agente promotor de las transformaciones revolucionarias que pide el país?, o lejos de ello, ¿no significa sino una respuesta más diversificada y operativa a las actuales condiciones de la industria, el comercio y la agricultura nacionales y a las que su imperturbable proceso configure en el futuro? En suma, ¿el CCH representa un auténtico compromiso social de la Universidad o una mera inversión en su más consecuente sentido capitalista?

Antes de adelantar conclusiones, si se quiere que el análisis que las preceda aspire a la totalidad, hay que establecer un hecho fundamental y complejo: el Colegio de Ciencias y Humanidades es realidad y no sólo deseo, y entre uno y otro de estos dos polos lo previsible se ramifica a la vez que se limita.

Sus características, por tanto, pueden coincidir en un momento dado con una autocrítica de la educación verificada en la UNAM, o bien con una potenciación de su contenido tradicional, dependiendo una y otra cosa de las autoridades que la gobiernan; o aún con una crítica a tal educación y sus condicionantes generada al margen de ellas.

Una decisión de carácter político (atender algunas de las demandas planteadas por los estudiantes en 1968) y una operación de carácter práctico (satisfacer las "necesidades que la actual etapa de desarrollo económico y social le plantea a nivel científico y cultural al país"), se ha dicho, dieron origen al CCH. Ambas, convergentes o divergentes según el significado que se derive de los conceptos que las integren, reseñan la incapacidad estructural de la UNAM para hacer frente a los problemas internos y externos que se le presentan.

La vieja estructura

Pasado el peligro de asistir en la Universidad a la pervivencia del claustro medieval fomentada por el clero en el siglo XIX, la burguesía del país ya puede optar por su restablecimiento: el laicismo ha cobrado un sólido *status*. En 1910, como es sabido, Justo Sierra auspició la expedición del decreto por el cual fue fundada la Universidad Nacional de México. Se la diseñó para formar a los incipientes tecnócratas que dirigirían los destinos del país, informados en la tendencia que había sostenido el orden procustiano de Porfirio Díaz y sus *Científicos*, es decir el positivismo: "la nueva Universidad quiere basarse fundamentalmente en la

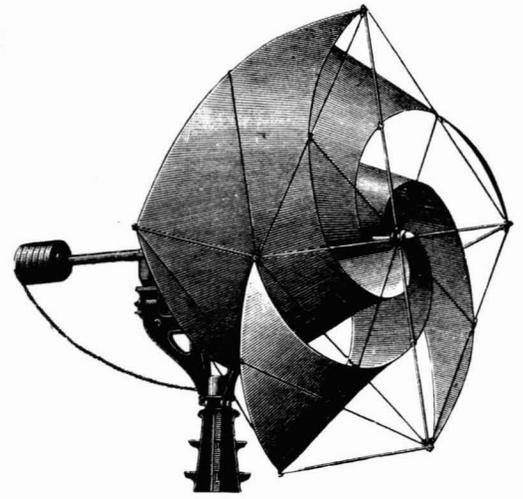
investigación científica; su acción educadora debe resultar de su acción científica a cargo de *grupos selectos de la intelectualidad mexicana...*" (Justo Sierra). Simbólicamente, las tres universidades, la de París, la de California y la de Salamanca, que actuaron como madrinan de la Nacional de México en su fundación, representaban las características que de cada una de ellas tomaría prestado esta última para proceder a su configuración futura. Adaptaba la organización burocrática y elitista de la universidad napoleónica de Francia; el contenido pragmatista de la enseñanza, de las universidades norteamericanas, y el autoritarismo de las de España. Esta estructura, que alcanzó su plena diferenciación durante el rectorado del doctor Alfonso Pruneda (1924-1928), es la que se mantiene hasta la fecha con quizá leves modificaciones.

La Revolución y la Universidad

La Revolución aporta elementos ambientales que determinan nuevas actitudes y consideraciones en torno a la realidad mexicana. Por otra parte, la crisis postbélica y entre otros hechos sociales el advenimiento del primer régimen socialista, de manera destacada, producen violentos conflictos en la economía y la política de los países latinoamericanos; como subrayado de los mismos se presenta el movimiento estudiantil que introduce, a partir de la Reforma de Córdoba de 1918, cambios relevantes en la estructura de las universidades.

Las generaciones de intelectuales mexicanos contemporáneos de esta época (la del Ateneo de la Juventud señaladamente), se consagran a la crítica del régimen anterior y sus fundamentos teóricos, al tiempo que intentan crear una cultura original acorde con la reciente emersión del país a un espacio que también consideran original. Con la evidente consolidación del orden burgués, al que confunden con la recuperación de la Patria y el alojamiento en ella de la existencia democrática, el optimismo permea sus especulaciones y augurios. Suprimidas las condiciones opresivas del porfirismo, que impedían entre otras cosas el libre ejercicio de las creaciones intelectuales, asumen la convicción de que ya sin las pasadas trabas la inteligencia podrá facturar la sociedad anhelada (el Ateneo fue organizado para "dar forma social a una nueva era de pensamiento", Vasconcelos).

Su confianza casi rousseauniana en la inteligencia —y de la que nunca descreyeron como lo habría hecho el teórico ginebrino— no tenía límites: "La democracia de que tanto se habla, no viene, efectivamente de la clave de Hércules, sino de la cabeza de Ateneo. La democracia se realiza siempre en grado creciente enseñando y aprendiendo, porque la libertad política, como todas las libertades, proviene de la humana inteligencia". Producto de lecturas implacables, impresiones de viaje y veladas literarias, su crítica se resiente de una autocolonización cultural que les impide elevarse a



El compromiso de la Universidad

Hoy se niega que la Universidad deba ser el centro reproductor de las operaciones que requiere el sistema económico capitalista para su mantenimiento y continuidad. A esta negación se ha llegado después de un movimiento social que se ha extendido a todos los sectores de la comunidad latinoamericana, principalmente al sector educativo, y en el que se procesan reivindicaciones populares. Se han formulado conceptos como los de "Universidad crítica", "Universidad comprometida" y "Universidad creadora", se los ha integrado y aun, como en Chile, se les ha dado carácter institucional. Vale la pena citar el texto del nuevo Estatuto Orgánico de la Universidad Nacional de ese país. En el artículo Uno se expresa: "La universidad de Chile es una comunidad democrática, fundamentalmente creadora y crítica..." "En el cumplimiento de sus objetivos, la Universidad asume su responsabilidad específica en la formación de una conciencia objetiva y crítica de la sociedad chilena, y, a través de su aporte humanístico, contribuye a conformar la voluntad de cambios necesaria para conquistar un orden de convivencia que garantice la participación de todos los miembros de la comunidad nacional".

No puede negarse el propósito, reiterado por distintas voces a lo largo de la existencia de la Universidad Nacional, de vincular su actividad y aun plegar su compromiso no ya a la sociedad "in abstracto", sino a las fuerzas populares y sus luchas. Recientemente, en el acto de clausura de la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, el rector Pablo González Casanova exhortó a los universitarios latinoamericanos allí reunidos a vincular la cultura, a través de la Universidad, con las luchas del pueblo. En la Ley Orgánica de 1929 de la recientemente autonomizada Universidad Nacional se asentaba que la "Universidad debe ser una institución democrática funcional" que "asuma su responsabilidad ante el pueblo". La impresión de hallarse frente a un cambio radical de la sociedad mexicana podía aún promover respeto ante declaraciones como la del rector Ignacio García Téllez en esa época: "La creación de la Universidad socialista, de la Universidad revolucionaria es el cumplimiento de un esfuerzo de la Revolución". En el Estatuto de la Universidad de 1936 se hablaba de "poner en contacto a profesores y estudiantes con la vida del pueblo de México, con el doble propósito de destruir la barrera que hasta hoy ha separado al hombre culto del trabajador, y de dar a la creación cultural del primero una fuente de inspiración más genuina que hasta la que ahora tiene".

Pero no se llega más allá del ámbito declarativo. Y los intentos de establecer una intercomunicación y una interacción real entre la Universidad y la sociedad de la que forma parte, a través de las actividades de difusión y extensión, han sido tan limitados y afectados de vicios (paternalismo, catequismo) que su irrisión

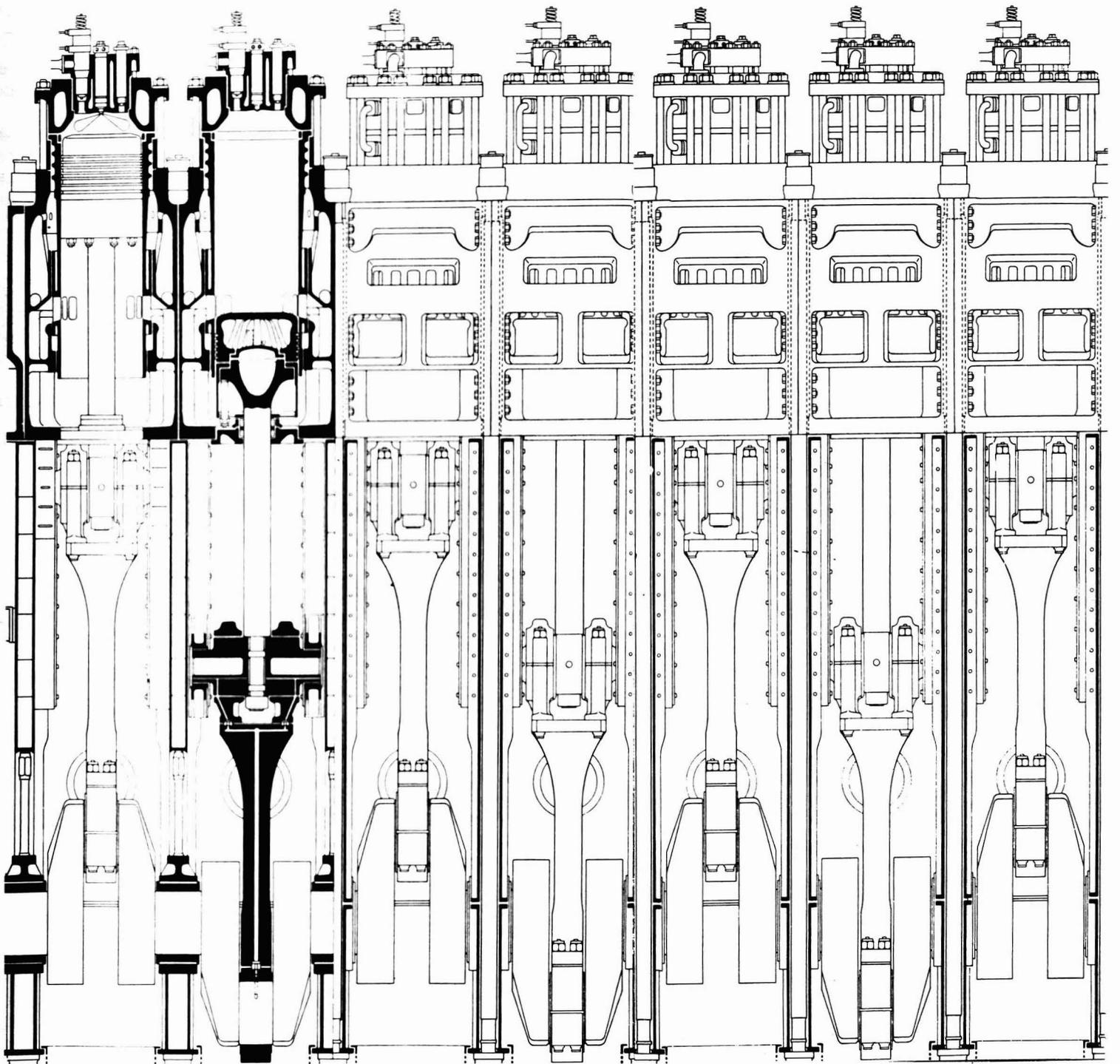
la segunda potencia de la crítica, es decir a la toma de conciencia de la realidad y al compromiso histórico correspondiente. Por ello, tanto al enjuiciar las características del porfirismo como al enfrentar las nuevas impuestas por la Revolución, resultan limitados e incongruentes. A la nefasta ingenuidad del positivismo (la absolutización de lo dado) oponen —con previsible mala fortuna— la ingenuidad de su idealismo (absolutización de lo querido). En sus planteamientos continúan los fáciles conjuros decimonónicos: contra pobreza, inversión; contra materialismo, espiritualidad; contra atraso, ilustración. Su humanismo es un humanismo desrealizado al que presiden los signos advocativos de la filosofía europea en boga y al que acompaña, en sus momentos más regionales, el inevitable Ariel de Rodó.

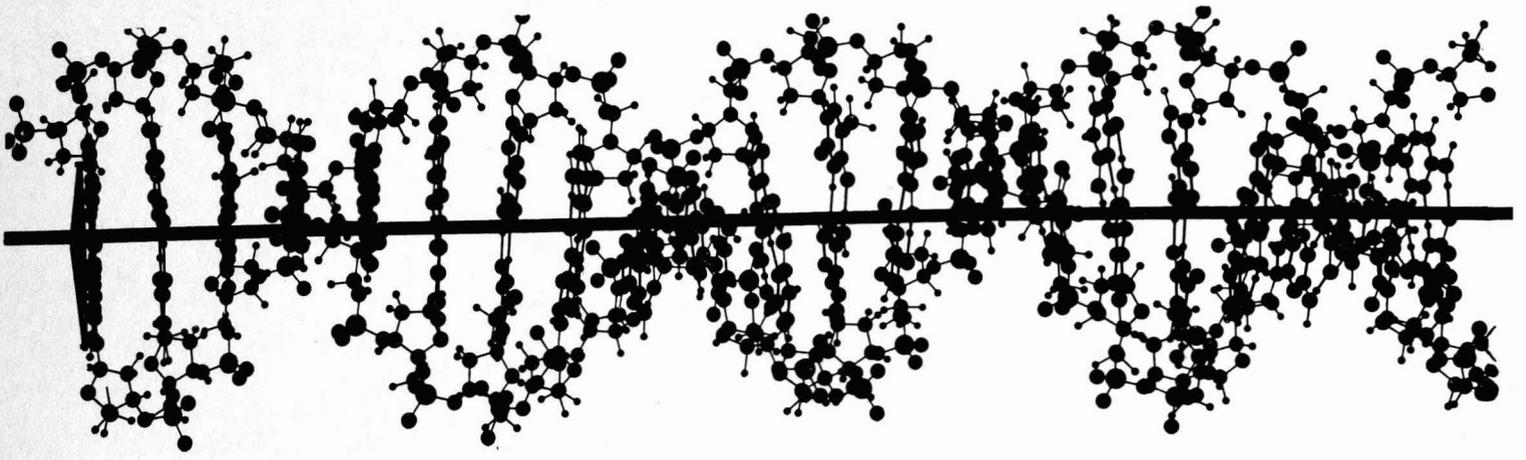
La Universidad Nacional recibe la influencia de estos intelectuales, aunque ella se manifiesta menos a nivel estructural que como motivo sancionador de una cultura de *élite*. Mientras el espíritu sobrevuela sus entusiasmos culturales, las diferentes escuelas que integran a esa institución se estratifican y en ellas prevalece el afán utilitarista y la deshumanización, producto de la tendencia al profesionalismo, "característica tecnicista, como ha dicho el chileno Domingo Piga, [que] provocó la desvinculación del conocimiento científico con el fenómeno social, típica ideología de carácter analítico, contraria a la ideología humanista del conocimiento, con lo cual se produce la dispersión y la forma tecnicista de especialización del saber".

Esta especialización (taylorismo intelectual) embebida en la técnica es la respuesta lógica de la Universidad condicionada por el peculiar proceso económico del país a los exigentes brotes de industrialización que en él empiezan a darse. (Puede decirse: la estructura no perdona.)

A medida que la industrialización capitalista de México crece, los requerimientos de técnicos que la sirvan han ido en aumento y la Universidad Nacional, principalmente, ha tenido que satisfacerlos. Aunque más escueto que el articulado de la Ley Orgánica de la UNAM de 1944, es más explícito al respecto y refleja claramente la tendencia de esta institución el texto de la exposición de motivos que sobre la Ley presentó, ante el Consejo Constitutivo Universitario, el doctor Alfonso Caso, entonces rector en funciones de la UNAM. Bajo el subtítulo de *Segundo principio: la Universidad es una institución técnica*, declaró: "Los tres fines que la ley señala a la Universidad son fines esencialmente técnicos, subordinados, eso sí... a un fin ético: formar profesionistas y técnicos útiles a la sociedad".







obliga a no mencionarlos sino para deducir de ellos el carácter sustantivo que la cultura adquiere tal y como se la maneja en la Universidad y el distanciamiento de ésta de las verdades históricas. Lo cual, por lo demás, se explica en vista de su actual estructura.

La Universidad feudalizada

Todo en la Universidad ha procurado la fragmentación. Principiando por las escuelas que la integran, aunque reunidas bajo un mismo título y mismos fundamentos legales y gobierno —y ahora casi todas ellas en el mismo recinto físico— son entidades separadas unas de otras y cuya feudalización impide el contacto y el intercambio entre ellas. “Hasta ahora hemos tenido ínsulas separadas en la Universidad. Más que Universidad tenemos un montón de escuelas vecinas geográficamente, con muy poca relación entre sí” (Juan Manuel Lozano, Director de la Facultad de Ciencias). La aplicación de la enseñanza con sus dicotomías teoría/práctica, docencia/investigación, en fin *schola/vita*, se ha orientado en el mismo fragmentario sentido de allí sus currícula farragosos e hipercentralizados y su creciente organización burocrática. El contenido de tal enseñanza enfatiza lo apuntado: su visión de las cosas y los temas que incluye han tendido a formar individuos adaptados al sistema mediante una manipulación ideológica unidimensionalizante; ella ha permitido su segregación de la realidad y el desconocimiento de su comportamiento objetivo, y por tanto su inhabilidad para situarse críticamente en ella. Esta inhabilidad se extiende a los instrumentos que la ciencia y la tecnología han producido: manejo que ha favorecido la represión social, con una mentalidad más abierta podría ser destinado a las tareas de liberación y cambio de la sociedad. Pero tal mentalidad no se ha estimulado en la Universidad, cuyos criterios y jerarquía antidemocráticos han coartado el diálogo y la participación en el tratamiento de los temas propuestos. Por último, con mínima capacidad receptiva y sus métodos de selección, la Universidad ha creado un sistema discriminatorio por el que una minoría se rodea de privilegios y oportunidades en contraste con la excesiva mayoría desprovista de ellos y por lo mismo socialmente devaluada.

Las características de la Universidad, *mutatis mutandis*, son las mismas que muestra, como parte de ella desde su fundación en 1910, la Escuela Nacional Preparatoria. Sólo que en su proceso la educación profesional ha tenido una mayor movilidad que la enseñanza media superior (exagerando para evidenciar: la Escuela Nacional Preparatoria ha sido el subdesarrollo de la Universidad Nacional Autónoma de México). Casi no ha habido discontinuidad entre la Escuela Nacional Preparatoria de 1867 y la que hoy conocemos.

El CCH: una respuesta

Dentro de la señalada, que así podríamos llamar, problemática sociouniversitaria, se inserta la creación y el funcionamiento del Colegio de Ciencias y Humanidades.

Al crear esta nueva institución, la UNAM asume un hecho: las necesidades económicas, políticas y culturales del país demandan respuestas distintas de las que hasta ahora han sido elaboradas para satisfacerlas. A la Universidad corresponde dar una respuesta específica, de acuerdo con su naturaleza, a tales necesidades, y para ello utiliza criterios de diversa índole a fin de darle eficacia a la respuesta de cuyo ejercicio se ha responsabilizado.

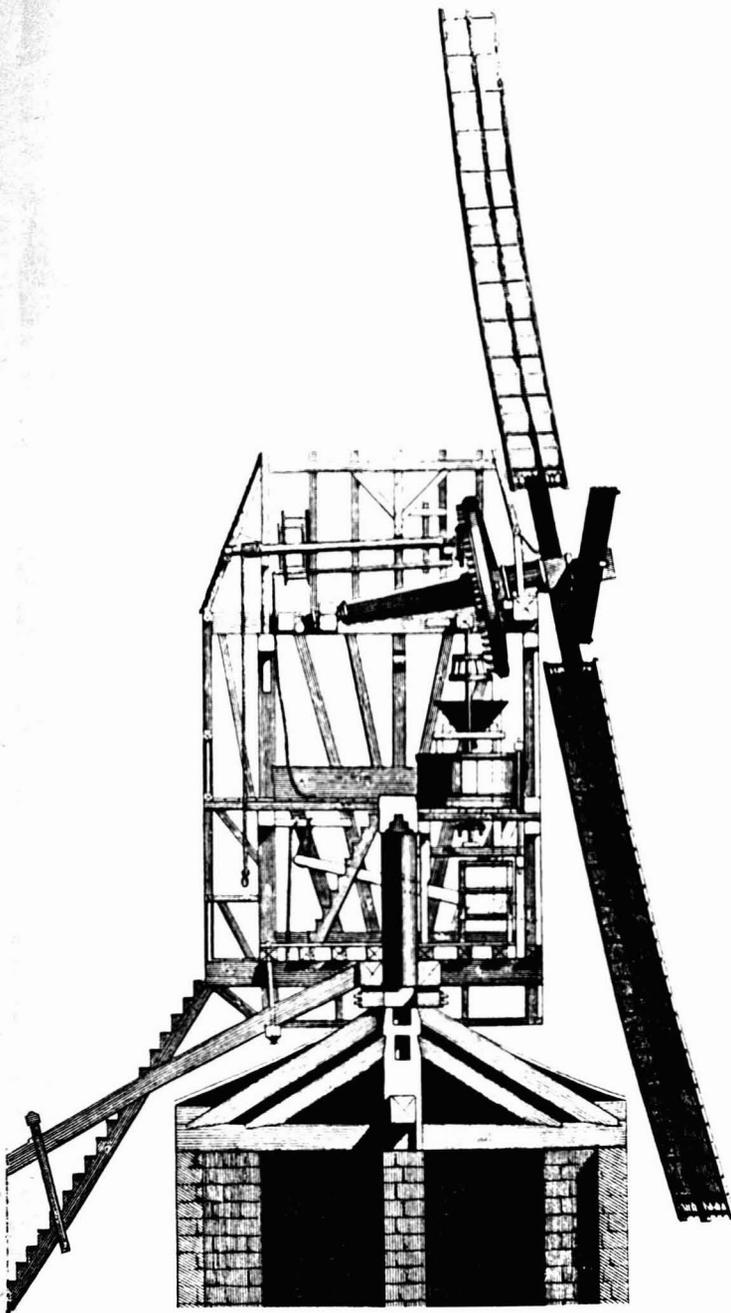
Por una parte, la UNAM —así han expresado sus autoridades— intenta dar la más amplia satisfacción a la creciente demanda nacional de educación superior. Por la otra acepta dotar a los demandantes de instrumentos teóricos y prácticos que los capaciten “para comprender los problemas de la naturaleza y la sociedad, y profundizar en su conocimiento”; para calificarse profesionalmente según sus posibilidades y el potencial del mercado de trabajo, y para que tal calificación se concilie con sus características vocacionales a la par que con las exigencias del desarrollo económico del país. Para operar este propósito precisa la disponibilidad de recursos de cuyo estricto empleo resulte la mayor “productividad” en el sentido que se quiere.

Pero todo ello no sería posible dentro de los actuales patrones políticos, académicos y administrativos de la UNAM. Procede en consecuencia una reforma que finalmente encarna, por ahora, en el Colegio de Ciencias y Humanidades (la puesta en funcionamiento de la llamada Universidad Abierta vendría a ser su complemento).

Las innovaciones

Varias son las innovaciones que introduce el CCH con respecto a los programas y métodos de la enseñanza universitaria tradicional. En primer lugar supera los cajones curriculares de las diferentes disciplinas: desplaza al sistema monodisciplinario por el interdisciplinario y con ello la insularidad de las trilobíticas escuelas y facultades que aún funcionan en la UNAM. Al crearse los ciclos a nivel de licenciatura, maestría y doctorado, el bachillerato del CCH quedará articulado con ellos de manera orgánica y no artificialmente como hoy lo está el escalón preparatoriano con el escalón profesional y siguientes.

La discordia entre la teoría y la práctica, la docencia y la investigación, se ha descartado en el CCH al establecer dentro de sus métodos de enseñanza la aplicación de los conocimientos básicos a los experimentos prácticos y la manipulación de los datos obtenidos en la realidad para elaborar con ellos las síntesis relativas.



También en el CCH se ha desechado el conocimiento meramente acumulativo y disperso de la enseñanza tradicional y en su lugar se ha instaurado un conocimiento categorial y unitario. "Queremos proporcionar solamente conocimientos básicos, que sean para el alumno el punto de partida para su propio desarrollo personal en que él, como sujeto de la cultura, aprenda a dominarla, a trabajarla, a informarse, a revisar y corregir sus adquisiciones, es decir: aprenda a aprender." (*Guía del profesor del Colegio de Ciencias y Humanidades*).

Una de las innovaciones más importantes que ha introducido el CCH es la referente a los métodos pedagógicos. "El énfasis se pone en el aprendizaje más que en la enseñanza; en la formación más que en la información. Se trata de recobrar el sentido profundo de la educación, que pretende no tanto integrar a una persona en un contexto culturalmente previamente dado, sino, sobre todo, situar al educando en la plenitud de su papel como sujeto creador de la cultura.

"El Colegio pretende una síntesis de los enfoques metodológicos existentes. Aspira a convertir en realidad práctica y fecunda las experiencias y ensayos de la Pedagogía Nueva, así como los principios que la sustentan: libertad, responsabilidad, actividad creativa, participación democrática" (*Ibidem*).

Todas estas innovaciones crean diferencias notables entre el Colegio de Ciencias y Humanidades y la Escuela Nacional Preparatoria en la que aquellas no se han verificado. Hay una más que nutre tales diferencias, la de ser el bachillerato del CCH un ciclo terminal optativo: en la ENP éste no existe.

Conviene analizar las consecuencias de esta última diferencia. Cualquiera que sea el índice de deserción en la ENP, su registro hace patente una torpe planeación educativa de la cual resulta una pérdida económica para el Estado y una frustración seguida de una gran inseguridad para el estudiante que por una causa u otra ha interrumpido sus estudios. Incapacitado para desempeñar actividades especializadas por falta de las técnicas correspondientes, deberá ocuparse eventualmente en empleos poco útiles cuando no decididamente parasitarios.

Las alternativas

Con la creación de múltiples capacitaciones técnicas garantizadas públicamente por la expedición de un título (no profesional), el CCH evita la dilapidación de recursos y la rebaja moral y productiva de los desertores. Pero hay otras consecuencias que pueden derivarse del ciclo terminal. Las formas de selección, ya sean de carácter burocrático o las propias que genera el injusto régimen socioeconómico vigente, han contribuido a cerrar la posibilidad de democratizar la enseñanza superior. ¿No sería el ciclo terminal un método más sofisticado pero igualmente eficaz

que los otros en su función tamizadora?

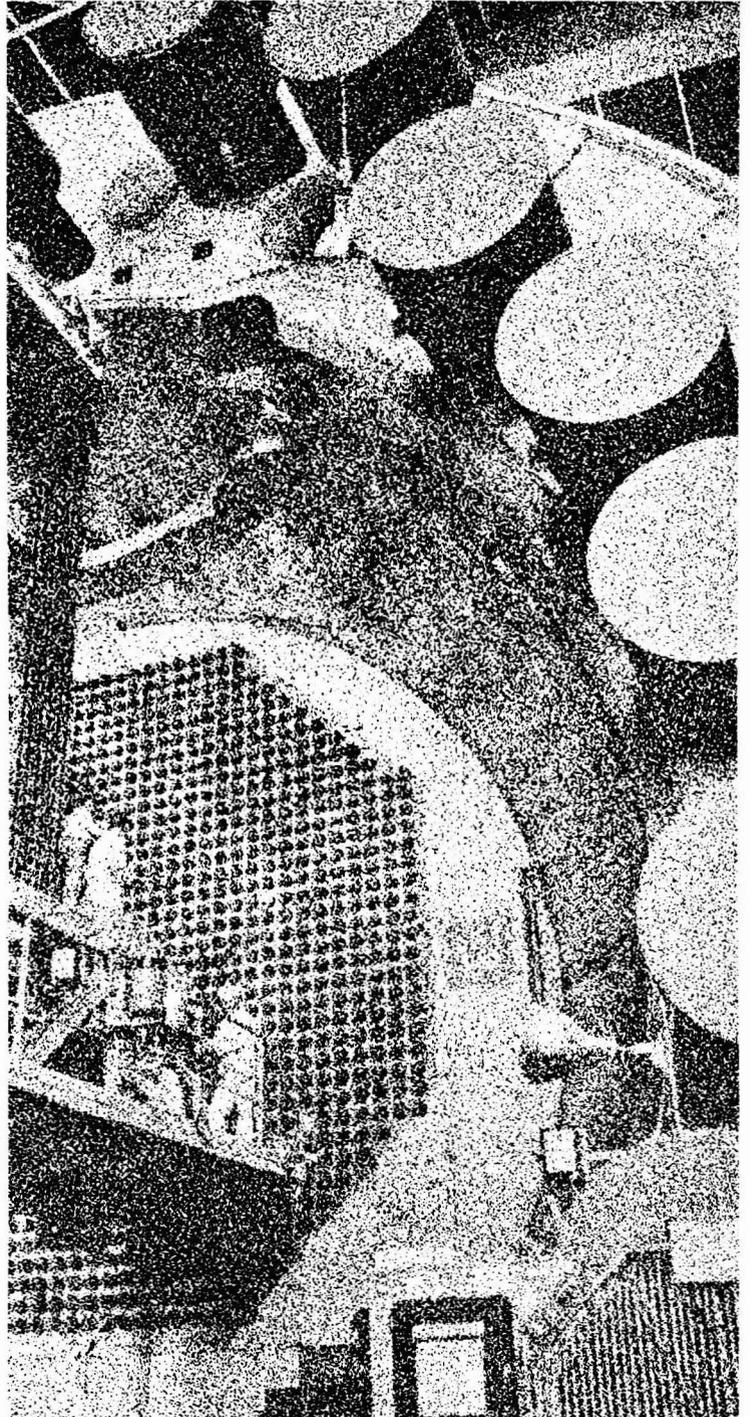
El atractivo de ocuparse rápidamente y con un margen considerable de seguridad en cuanto a los futuros ingresos, hará que el estudiante decida no continuar sus estudios (en la mayoría de los casos las condiciones económicas de la familia de la que depende, y en consecuencia las suyas propias, no permiten esperar al término de su graduación como profesional). Esta es una hipótesis; de cumplirse en todos sus términos el CCH se convertiría en una fábrica odiosamente selectiva que enviaría al mercado de trabajo grandes cantidades de "oficialidad técnica", proletarizada con el tiempo al saturarse la demanda de mano de obra calificada, y una minoría, la tradicional, a seguir sus cursos en las escuelas superiores. La otra hipótesis admite por lo menos tres variantes: a) El hecho de poder desempeñar una actividad suficientemente remunerada en vista de la habilidad técnica adquirida por el estudiante, le permitirá subvencionar sus necesidades entre las que puede estar la preparación académica en un nivel superior; b) siendo optativas las capacitaciones técnicas, el número de estudiantes que se decida por alguna de ellas no representará mayor impacto en el mercado de trabajo que por ahora se resiente de un déficit de mano de obra calificada, y c) los recursos económicos de que dispone la UNAM no alcanzarán para formar sino un mínimo de técnicos auxiliares.

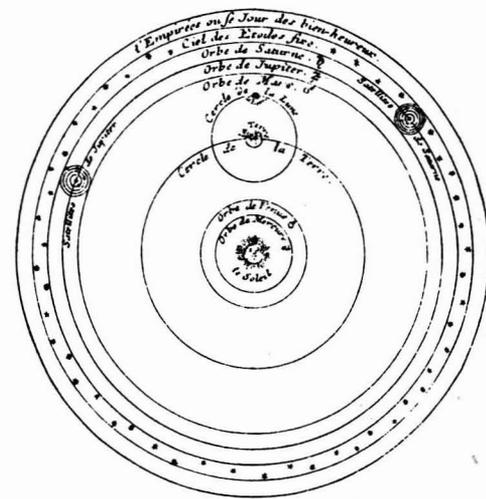
No obstante, la cuestión, que ya ha sido planteada en varias ocasiones queda en pie: ¿Invertiría el Estado capitalista en la formación de individuos de los que sabe no va a obtener un indudable beneficio? Si el CCH no va a producir la mano de obra calificada que hoy requieren los diferentes sectores de la economía burguesa para su desarrollo, ¿cómo se justifica su existencia? Esta cuestión, obligada como es a formularse, no deja de plantear otras: ¿tienen las inversiones públicas, como cualquiera otra operación del sistema en el mismo plano, efectos lineales y no complejos? ¿Responde la Universidad a las presiones del sistema de que es parte en forma meramente pavloviana? ¿Serían tan ingenuas las autoridades de la UNAM como para suponer que una institución como el CCH, en cuyo funcionamiento intervendrían elementos previsiblemente contestatarios del régimen social prevaleciente, habría de conducirse a satisfacción de sus patrocinadores?

Estas cuestiones, aunque no aquí, deberán ser dilucidadas en favor del análisis global sobre la reforma educativa en México y las posibilidades de utilizarla para efectuar cambios más radicales en la sociedad de los que ella se propone.

La posibilidad de una verdadera educación

Las premisas de esos cambios, en el ámbito universitario, se tratan de establecer dentro del CCH. Y son los maestros los responsables de ello; a su tarea frecuentemente se oponen, o por lo menos la





obstaculizan con su actitud, las diversas autoridades de la institución.

Aunque sin llevar a sus últimas consecuencias (la experiencia ha sido corta) los presupuestos de la pedagogía activa que ellos ya ven, siguiendo acuciosamente a Paulo Freire, como pedagogía liberadora, los maestros del CCH han dado muestras de comprender el papel que como intelectuales les corresponde desempeñar en una sociedad dependiente, de grandes masas populares explotadas y reprimidas, y con una cultura colonizada.

El hecho verdaderamente educativo consiste en enfrentar a su realidad a los que en él participan, para tematizarla y emprender el análisis causal de los fenómenos que en ella se producen. De esta manera se logra que cobren conciencia de la axiología que tensa su cultura y se dispongan a discriminarla y a actuar para transformarla en su base. En el CCH los maestros más representativos han llegado a conclusiones similares. No se trata de hacer de los estudiantes técnicos enterados de los medios e ignorantes de los fines de la educación, sino seres integrales que sepan evaluar su situación en el mundo así como las relaciones sociales y humanas que esa situación involucra.

Las demandas de los estudiantes de 1968 empiezan a ser operadas ahora, ya que varios de quienes las plantearon forman parte de la base magisterial del CCH. De aquí su acción permanente para democratizar la estructura de la nueva institución. Han ideado mecanismos representativos (las *academias*) "en la que participan activamente todos los maestros de cada *área*". Piden que el nombramiento de los funcionarios, la elaboración de programas y la toma de decisiones se discutan y acuerden horizontalmente y no se impongan verticalmente. Pugnan por una organización en la que participen maestros y alumnos a un mismo nivel y conjuntamente resuelvan los problemas comunes.

Lo anterior casi alcanza la fragilidad de la lisonja, pero en verdad es el sólido producto de la descripción.

Desde luego, no podría pedirse una homogeneidad absoluta en la planta docente del CCH. Entre sus maestros hay diferencias que van desde las meramente generacionales (los jóvenes se adaptan mejor que los de edad madura a las exigencias de la nueva educación), hasta las ideológicas (quizá no sea coincidencia que también sean los jóvenes los que asumen las posiciones más avanzadas), pero en su conjunto, y quitando a aquellos incondicionales de las autoridades, ofrecen las características de un cuerpo entusiasta, comprometido con su profesión y con su tiempo.

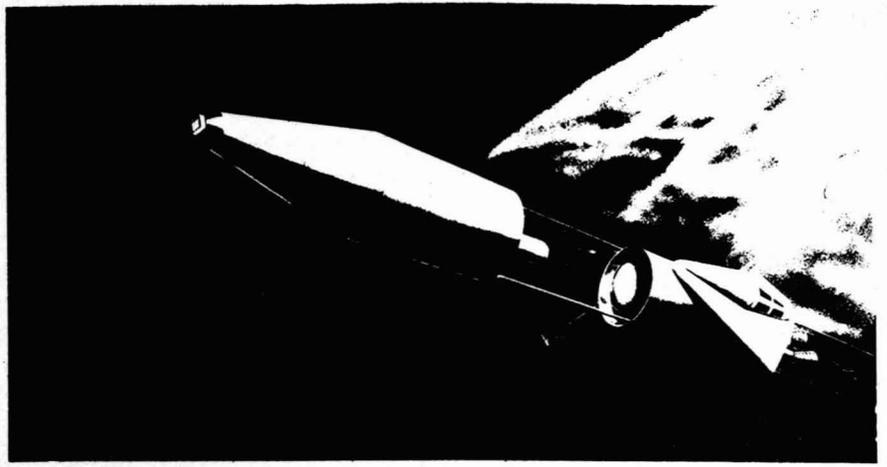


Los obstáculos

Si el sistema del CCH ha de ser verdaderamente el retroalimentador de la educación universitaria en México (sólo así se justificaría plenamente su existencia), no será sólo por la acción de los maestros sino por lo que entre estos y los estudiantes realicen conjuntamente. Los estudiantes constituyen todo un complejo de deformaciones y potencialidades que debe ser cuidadosamente analizado y provisto de los instrumentos adecuados para corregir las primeras y realizar las segundas. En lo que se ha observado, el estudiante encuentra dificultad en asimilar tanto las técnicas de reflexión, análisis, investigación, discusión y participación propios del nuevo método pedagógico. Las gradaciones de esa dificultad, en el ámbito cultural, se hallan en razón directa del medio del que procede el estudiante: a mayor ruralización de aquél mayor desequilibrio entre la cultura y su lenguaje que refleja una expresión quebrada, servil, producto de sobrevivencias coloniales; por el contrario, el estudiante de las áreas más urbanizadas muestra una mayor correspondencia entre sus contenidos expresivos y los de la cultura. Pero, como también se ha visto, pronto los estudiantes por igual superan las trabas iniciales y desarrollan una capacidad receptiva que los vincula a la dinámica del aprendizaje y a la temática propuesta por los maestros. En un documento elaborado por ellos (plantel de Atzacapotzalco) señalan, además del hecho de identificarse los estudiantes de las recientes generaciones con la generación del 68, la característica del nuevo estudiante: éste "ha demostrado una gran capacidad para hablar por sí mismo".

Lo que llamaría Paulo Freire "la inexperiencia democrática" y el silencio que es su consecuencia social, se advierte en los estudiantes de primer ingreso: nueve o más años de educación represiva, de no participación, de auditismo, los hacen oscilar entre la apatía y la algarazara (relajo); entre estos dos extremos difícilmente tiene cabida el diálogo. De acuerdo con esto, si lo señalado por los maestros del plantel de Atzacapotzalco y otros muchos acepta alguna objetividad, es decir si es cierto que el estudiante aprende rápidamente a expresarse y a acrecentar su capacidad dialógica, los presupuestos de la pedagogía liberadora se están cumpliendo promisoriamente en el CCH.

Quienes menos disposición han demostrado para incentivar esa pedagogía han sido las autoridades. No puede darse un cauce amplio al aprendizaje crítico acudiendo a instancias antidemocráticas. La pirámide de decisiones que existe en el sistema CCH debe por tanto revisarse para ser consecuentes con los principios formales que lo rigen: la participación de los maestros y alumnos en el Consejo del Colegio, en la formulación de todos los programas que de él emanen, en la elección de las diferentes autoridades académicas de la institución, es indispensable.



Revisiones necesarias

Cabe aquí señalar que la estructura del CCH no puede funcionar cabalmente dentro de las actuales normas jurídicas que rigen a la UNAM y que urge por ello su total revisión. Igualmente: la elaboración del Reglamento interno del CCH deberá discutirse y aprobarse objetiva y democráticamente.

Otras revisiones necesarias: en 1973 el CCH egresará su primera generación; hasta el momento no se sabe de consultas dentro de las bases magisterial y estudiantil acerca del funcionamiento del ciclo a nivel de licenciatura. Se precisa la implicación de las bases en este sentido.

Por otra parte, siendo la extensión universitaria una actividad que converge institucionalmente con la docencia y la investigación a definir la función de la Universidad, poco se ha hecho en el CCH por actualizarla y menos por fijarle su orientación, sus alcances y medios, por explicitarla y por hacer que en ella participen estudiantes y maestros. En la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria antes mencionada, y en la que participó la UNAM, se le reconocieron a la extensión universitaria los siguientes principios

“Deberá —se concluyó—:

- I. Mantenerse solidariamente ligada a todo proceso que se dé en la sociedad tendiente a abolir la dominación interna y externa, y la marginación y explotación de los sectores populares de nuestras sociedades.
- II. Estar despojada de todo carácter paternalista y meramente asistencialista, y en ningún momento ser transmisora de los patrones culturales de los grupos dominantes.
- III. Ser planificada, dinámica, sistemática, interdisciplinaria, permanente, obligatoria y coordinada con otros factores sociales que coinciden con sus objetivos, y no sólo nacional sino promover la integración en el ámbito latinoamericano.

De acuerdo con estos principios es obligado preguntar qué se ha expresado o hecho oficialmente en el CCH para operarlos.

Urgencia de definiciones

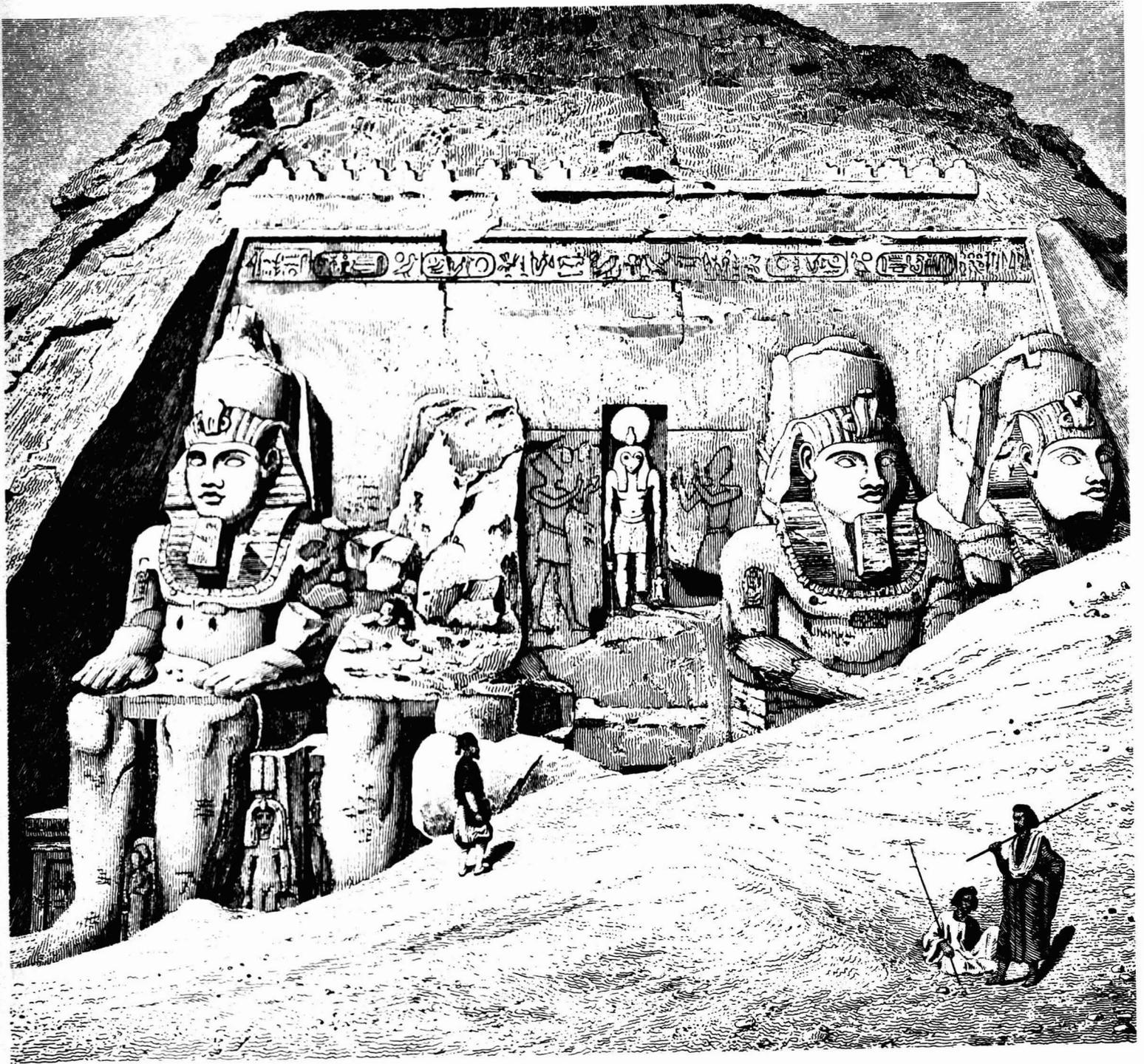
La existencia de la nueva institución de la UNAM replantea la necesidad de establecer políticas y conceptos claros y congruentes con la realidad que exige el país; definir cuál es el verdadero papel que a la Universidad toca desempeñar respecto de la misma: si el de simple institución colaboracionista o el de agente de cambio revolucionario.

Con Darcy Ribeiro puede señalarse:

“La modernización de la Universidad sería quizás la solución más desastrosa porque permitiría a nuestros sociedades lograr mayor eficacia en el uso de los nuevos equipos para así cumplir mejor nuestro viejo papel de culturas espurias y de sociedades atrasadas que corresponden a las economías dependientes. Es cierto que a un número algo mayor de personas se les permitirá ascender socialmente y adaptarse a hábitos más sofisticados de consumo en la medida que se integren en los sectores modernizados. ¿Es esto suficiente? ¿Lo es para quién? ¿Acaso contribuir a ello no implicaría volvernos cómplices de un proceso de recolonización de nuestros pueblos que los eternizaría en el papel de proletariados externos de nuevos imperios basados en la tecnología y en las ciencias más desarrolladas?”

Y más adelante: “Sin embargo, cabe preguntar: ¿será lo opuesto lo que se nos impone, o sea el negarse la Universidad a alcanzar mayor eficacia en el desempeño de sus funciones técnicas y profesionales para no contribuir de este modo a la modernización refleja? Esta interrogante la he oído muchas veces. Confieso que mi sentimiento en relación a ella es de desaliento. Después de trabajar tantos años en la búsqueda de soluciones para los problemas de nuestras Universidades subdesarrolladas de nuestros países subdesarrollados, me siento involucrado en una competencia extravagante. Es como una carrera con los pies atados, en la cual nos esforzamos por desarrollar las formas más artificiosas de dar pequeños saltos valorando como hazaña los logros más mediocres. Sin embargo, renunciar a nuestra lucha por implantar aquí y ahora nuestra utopía de Universidad equivaldría a abandonar el campo a los modernizadores que buscarían tornar la Universidad más eficaz y al mismo tiempo intencionalizarla en el sentido de la defensa del *status quo*”.

Con el Colegio de Ciencias y Humanidades la UNAM tiene, superando sus actuales oscilaciones y ambigüedades, la oportunidad de contribuir a la creación de un auténtico desarrollo nacional y una cultura que lo exprese fielmente favoreciendo las causas liberadoras de la sociedad (“el nuevo nombre del desarrollo es la liberación”). No será ella por cierto la directa promotora del cambio ni la que instaure una educación democrática y popular siquiera: es indispensable aclarar aquí que tal educación sólo será posible en el momento que se realicen cambios radicales en la estructura social, pero también de la misma manera debe afirmarse que sí podría, con una voluntad revolucionaria, inducir experiencias educativas liberadoras ya que éstas son posibles, como advierte Emile Copfermann, “aun cuando estén necesariamente condenadas por una sociedad no libertaria. Son utópicas —con respecto a la sociedad capitalista existente— e irreales —con respecto a esta realidad—, pero *realizables*”.



LA PREPARATORIA Y SUS GUIAS

Una de las épocas más hermosas de la vida del hombre es sin duda su paso por las aulas escolares en donde adquiere el conocimiento que habrá de servirle para su realización y para que luche y se desarrolle en el futuro. En la primera etapa comienza a convivir con sus semejantes, aprende las primeras letras y se asoma con ojo curioso a ese mundo maravilloso que le ofrece el aprendizaje de nuestro universo.

Una segunda etapa se desarrolla en dos ciclos: el de la escuela secundaria en la que el alumno recibe informaciones más concretas, sin que todavía tengan la rigidez académica y que le permitan el control personal; y el del Bachillerato que es en donde el hombre comienza a vivir y a desenvolverse plenamente, y en donde adquiere el sentido de responsabilidad merced al disfrute de la plena libertad: su indicador es el despertar de la juventud y la formación de su propio carácter.

La tercera etapa de esta escuela comprende los estudios profesionales y de especialización en sus diversos grados; aquí el hombre profundiza sobre los conocimientos que va a manejar el resto de su existencia, y se dispone a lograr una imagen del mundo ideal por el que habrá de pugnar.

De estos tres periodos, el que más gratos recuerdos deja en nuestras mentes es el paso por la Escuela Nacional Preparatoria, ya que aquí es donde se hacen los amigos de toda la vida y en donde se inicia la realización personal y se tiene conciencia de la libertad para actuar conforme a ideales e intereses; es allí, por lo tanto, en donde debemos conocer a quienes nos precedieron para poder comprender a nuestro país y a nuestra Universidad; esto es, saber de las vidas de los maestros que formaron a muchas generaciones, y cuyas mentes y corazones latieron al compás de su tiempo. Esta reflexión me lleva a narrar la vida de un maestro en nuestra Preparatoria.

El maestro a quien vamos a conocer nació en el año de 1883; fue profesor de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Facultad de Filosofía y Letras, en donde impartía Filosofía y Sociología; fue director de la propia Facultad de Filosofía y Letras y, más tarde, rector de nuestra Casa de Estudios.

Era una férrea estructura, cimentada sobre la base sólida de un ideal; un ideal que recortaba el aire con el vuelo de su ademán severo y que abría senderos de luz con el solo timbre de su palabra; así, sus jóvenes alumnos llegaban al éxtasis con el mágico lenguaje de sus manos y el verbo seguro del sereno marco de sus ideas. Este es el ámbito en el cual alentaba este profesor, quien fue un inigualable exponente positivista de su momento, en un marco geográfico imitado en sus fronteras con el sentido estricto de lo universitario.

Este maestro, es sin hipérbole, uno de los educadores más destacados de las generaciones contemporáneas; su actividad perso-

nal se desplegó desde su plática en la Sociedad de Conferencias, sobre *Nietzsche*, hasta su plática sobre *Stirner y el individualismo*. En 1910, en el Ateneo de la Juventud, disertó sobre Stuart Mill; dictó múltiples charlas sobre el Positivismo, en la Facultad de Filosofía y Letras, y en 1914 escribe su *Filosofía de la intuición*, iniciando así lo habría de ser un elevado número de obras tales como su *Sociología*, *El acto ideatorio*, la *Filosofía de Husserl*, etcétera.

Nuestro maestro es un filósofo no porque tenga una concepción total del universo, aunque sin duda la tiene; no porque posea una noción del macrocosmos mediante la autoreflexión de sus funciones valorativas, teóricas y prácticas, aunque sin duda la tiene; no porque conozca la "ciencia de lo fundamental", que sin discusión la conoce; sino principalmente porque sabe, al igual que Brenes Mesen que así como la Antroposofía no significa hombre de sabiduría, sino sabiduría del hombre, la Filosofía no sólo quiere decir amor a la sabiduría, sino también sabiduría del amor.

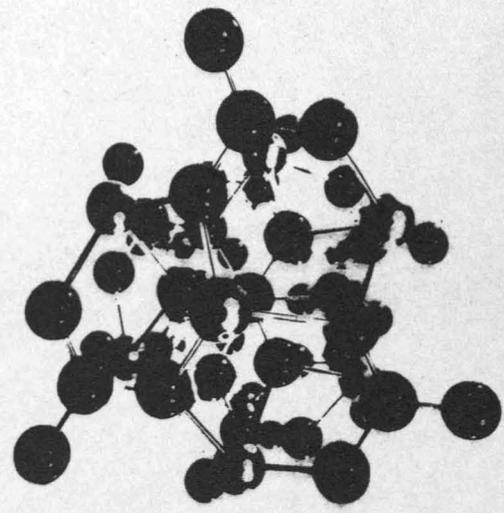
Así pues, el espíritu y las enseñanzas de ese hombre sabio no se han perdido porque han perdurado a través de los años. Su dimensión temporal no se ha quedado atrapada en las encrucijadas de un recuerdo que se antoja brumoso, sino que, por lo contrario, cada día se fortalece más su imagen y se acrecienta su nombre.

Como un verdadero maestro sufre, por su misma sensibilidad, las penas de sus alumnos y de quienes lo rodean; en los momentos de crisis de nuestra Casa de Estudios trabaja en forma gratuita para ésta, y para solventar su vida tiene que deshacerse de lo que era su tesoro más preciado: su biblioteca; prefirió este sacrificio, que mucho le dolió, antes que lesionar o causar trastornos a su *alma mater* que tanto quería y veneraba.

Durante las dos conflagraciones mundiales de nuestro siglo lanza su grito de alerta y lucha por las causas nacionales defendiendo siempre con un gran civismo y con la ley las causas justas de la lucha democrática.

El filósofo, el sociólogo, el pragmático, el idealista, el platónico en cuanto es como Platón un amante del conocimiento, el aristotélico por el manejo de su lógica formidable; éstos y otros atributos, conjugados felizmente en un solo hombre definen esencialmente a este universitario que tenía un espíritu integral, pero a la vez de una pluralidad cultural que se dispara sobre todos los puntos cardinales del humanismo. De él dice García Máynez: "En su aspecto dogmático, es la de este maestro una filosofía de la vida, de la intuición y de la acción, en su parte crítica representa una ininterrumpida y vigorosa polémica en contra de los excelsos del intelectualismo y sobre todo del positivismo".

Con rectificaciones a sus yerros dentro de la vastedad de sus aciertos, va depurando la aforística de sus escritos filosóficos, y no únicamente continúa sino que crea también una original tradición de pensamiento que condensa las máximas de su filosofía de la



acción en el discurso violento a la manera de Nietzsche o de ese Buda perdido en el Occidente llamado Schopenhauer.

Kant le entrega el conocimiento de lo "a priori" y de lo "trascendente", y Bergson la luminosidad de su pensamiento. Hartmann, en su *Historia de la Filosofía*, señala dos direcciones: la del pensamiento sistemático constructivo y la del pensamiento problemático; a esta segunda dirección pertenece nuestro hombre.

La significación que este profesor ha tenido a través de la historia, que es reciente, no ha quedado flotando como un fantasma gris en las aulas universitarias. Al contrario, tiene profundas raíces que se han clavado en el espíritu de las generaciones actuales.

El señalaba, cuando hablaba de la Filosofía de la Conversión: "Las personas permanecen, sí, pero evolucionan. No es la personalidad algo rígido e inextinguible. Es dúctil. Su ductilidad llega a extremos inauditos". Consecuente, pues, con que la naturaleza humana es como una nube que cambia continuamente, este maestro evoluciona en el espíritu universitario renovado por las distintas juventudes que pasan por el filtro de sus ideas, en un fenómeno de retroalimentación que le es vivificante.

Su estructura dialéctica no se define todavía porque se está haciendo diariamente en la afirmación de la tesis, porque se está purificando en la negación de la antítesis y porque su pensamiento desborda linderos en la promesa de su síntesis.

Es algo más que un filósofo, que un sociólogo, que un maestro; es la historia de la Universidad, es una parte de esta Universidad, es la Institución misma como el último o el primer bastión del humanismo frente al imperio de la técnica.

Educación es conducir, llevar, preparar al individuo para un determinado propósito de la sociedad. ¿Pero a dónde nos va a conducir? ¿A dónde nos va a llevar en esta continua lucha de las generaciones por mejorar la obra de las precedentes? En estas preguntas, búsqueda de los fines de la enseñanza, y en la respuesta que se nos dé, se encuentra la problemática de nuestra cultura.

Una verdadera educación no es completa si le falta el aliento que engendra el lograr un propósito o un ideal: la conquista de la libertad, la igualdad de las oportunidades, el bienestar de los desposeídos.

Nuestro maestro entiende como universitario esta dificultad del *ser educativo* y predica con el ejemplo el *ser de la enseñanza*, que

es el complemento entre la actitud teórica y su praxis. Hay que educar para la libertad. Ser un hombre libre es estar en la posibilidad de ser un hombre sabio; ser un hombre sabio es, por necesidad, sentirse un hombre libre.

En el año de 1946 muere ese universitario ilustre. Su nombre, Antonio Caso.

Ahora bien, ¿Antonio Caso era un hombre único? No. Así como existió él en nuestra Escuela Nacional Preparatoria pasaron por ella grandes maestros como Gabino Barreda, Erasmo Castellanos Quinto, Justo Sierra, Vidal Castañeda y Nájera, José Vasconcelos, Ezequiel A. Chávez, Miguel E. Schultz y Pedro de Alba cuyos nombres han sido dados a los diferentes planteles de nuestra Escuela Nacional Preparatoria, en reconocimiento a su prosapia universitaria y a la huella indeleble que dejaron durante su tránsito por la cultura de México.

Y no han sido todos, habría que citar a muchos más, como Lombardo Toledano, Gómez Morín, Romano Muñoz, entre otros, y a quienes actualmente se encuentran impartiendo cátedra alentados por el mismo espíritu universitario y la misma vocación de crear y formar generaciones que aprendan a luchar por la conservación de nuestras genuinas tradiciones, y por la independencia política y económica de nuestro país. Son los maestros que le dan lustre a la Universidad tratando de servir a quienes nada poseen, y que además buscan un sistema social más justo.

De ahí la importancia de nuestra Preparatoria ya que es en esta etapa de la vida en la que se puede conocer los valores por los que vale la pena luchar. Es la época en la que el alumno deja de ser controlado rígidamente e inicia el estudio responsable. Es el momento, además, en el que con la conciencia de esa libertad al alumno deben de señalársele dos únicos caminos: el de la honestidad y el de México. Honestidad no sólo en lo económico sino como una manera de ser, como una actitud ante la vida que le permita llevar la frente siempre en alto; una honestidad integral que sirva para despertar la confianza de aquellos con los que convive.

El segundo camino es el de México. Esto lo debemos entender como el reto que se nos presenta para continuar una lucha de 160 años, a través de la cual hay que conquistar día a día y palmo a palmo la libertad y la justicia, y buscar un equilibrio real de los factores económicos y sociales del país, terminando con las diferencias que nos dividen para lograr la independencia que ha constituido el viejo sueño de la Nación.

Lo anterior se logra sembrar, sin lugar a dudas, en el Bachillerato. Este simple hecho debe enorgullecernos de haber pertenecido o de pertenecer a la Preparatoria.

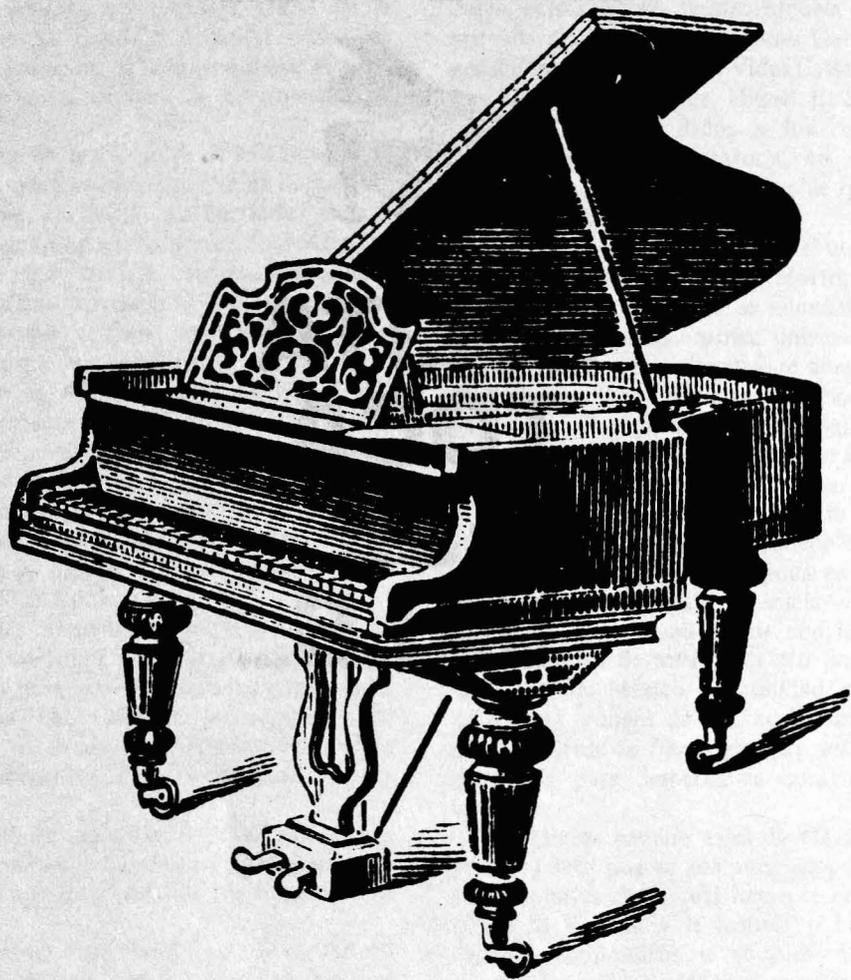
Esta fuerza que se genera en la Preparatoria y que será la energía que guíe los pasos de las futuras generaciones, es el mayor tesoro que puede tener nuestra Universidad y México.

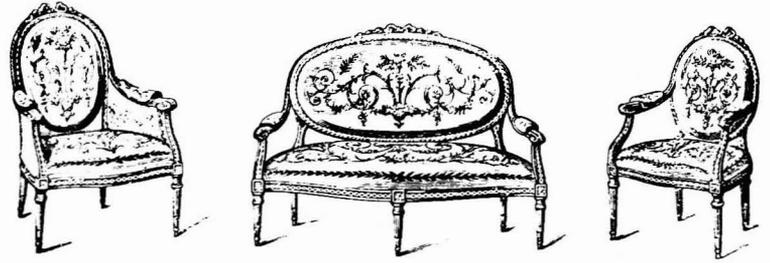


**JORGE
LOPEZ PAEZ**



**LOLITA
TOCA
ESE
VALS...**





A Federico Ramírez le gustaba despertar admiración. No discriminaba: podía ser la del bolero, el sastre, la gran variedad de clientes que tenía, la de un adolescente amigo de alguno de sus sobrinos. Tan pronto como lograba esa admiración procuraba cultivarla por un lapso que llamaremos prudente, pues podía variar: desde dos tardes, a dos años, según la importancia de la persona por cautivar.

Yo había caído víctima de sus filtros desde que fui compañero de él en la Preparatoria Nacional. A Federico la vida no le costaba trabajo domeñarla. Cosas que para mí eran imposibles él las resolvía con una sonrisa. Además siempre era de lo más servicial, un libro, una torta, hacer una gestión, apartar un asiento en la clase. Poco tiempo después no podía prescindir de él.

—Vamos a tomarnos una copa— proponía yo.

—Vamos, pero antes acompáñame a dejar este sobre que me encargó mi tío.

Por supuesto que gustoso accedía yo. Metros antes de llegar al edificio donde debería entregar el sobre, Federico se detenía: “¡Tonto que soy! No te dije que debo ir a cobrar estas rentas. ¿No te importa acompañarme, verdad? . Y yo secundaba sus gestiones. A las nueve de la noche, cansado, yo me excusaba: “Ya no puedo más. Tengo que irme a la casa a cenar”.

—Te invito una torta. . .

—Tengo que estudiar.

—Nos tomamos la torta con una cervecita. ¡Andale!

Y ya en la cantina Federico abría su portafolio.

—Caramba. Tengo que pegar estos timbres en los recibos de las casas de mi tío.

Y yo sin decir palabra iba pegando los timbres a los recibos.

Y esto que acabo de contar era uno de sus hábitos. Siempre prolongaba sus quehaceres, los que siempre le redituaban. Otras veces él era el que invitaba, casualmente, pero con fiero entusiasmo.

—Mañana que tenemos exámen podemos quedarnos a comer por aquí cerca de la escuela.

Y para llegar a esta situación ya antes habíamos recorrido medio centro, entrado a varios edificios, a subir escaleras, a oír discusiones insulsas sobre la maldad infinita del gobierno, y la rapacidad sin límites de sus funcionarios. Yo llegaba a comer con mucha hambre, y después me invadía un cansancio tan fuerte que me impedía abrir el libro. Me juraba que no volvería a aceptar ninguna invitación de Federico. Y rechazaba una o dos, pero a la tercera volvía a caer víctima de una de sus trampas: y ahí estaba

pegando timbres, yendo a oficinas inimaginables, escuchando quejas o bien postrado en una prolongada antesala.

A medida que pasaron los años fui conociendo a las personas más disímbolos y extrañas: fabricantes en pequeño de ropa de niños, sastres, plomeros, ancianas rentistas, refugiados españoles y de otras razas. Y con ninguno de ellos hice la menor amistad. Yo era el acompañante del que “pintaba como un gran abogado”. Delante de mí le hacían invitaciones para comer o cenar o para apadrinar a algún niño. Casi siempre las invitaciones las extendían a mí, aunque siempre tuve el cuidado de tener preparada una excusa.

Años después conocí al señor Golden. Judío marsellés. Un hombre que parecía un percherón: fuerte, robusto, con un cuello de toro, y rojo de vitalidad. Para ese entonces mi amigo Federico Ramírez trabajaba como gestor en una compañía fraccionadora. Esta era muy poderosa: grandes fraccionamientos en la capital y en Acapulco. El señor Golden tenía negocios con esta compañía. Cuando trabé conocimiento con él la amistad entre éste y Federico parecía más antigua que la mía. Sabían estar horas y horas contándose chistes de todos colores, sin tocar ningún aspecto personal de ellos. Al señor Golden lo dejé de ver durante varios meses, hasta que un día pasó por mí Federico Ramírez para ir a comer, pues tenía infinidad de cosas que contarme y necesitaba mi consejo.

—Mira Jorge— me dijo seriamente tan pronto como estuve sentado a su lado en su automóvil— lo que tengo que contar es bastante serio. Necesitamos estar ya instalados, tranquilos, sin que nadie nos moleste para que empiece.

—Pues este es el sitio perfecto.

—No, no Jorge, antes—

—¿Antes qué? — pregunté agresivo.

—No me escuchaste bien. Te dije que necesitábamos estar tranquilos, aquí no podemos estarlo porque antes tengo que ir a recoger unos papeles a la casa de Golden. ¿Te acuerdas de él?

—Sí.

—Eres muy intolerante. Te juro que nada más voy a recoger unos papeles. No me dilataré.

—Yo me quedo en el automóvil.

—Siempre tan receloso.

—Y tú siempre tan tramposo.

Bajó Federico, no sin antes prometerme que no tardaría en su gestión. Quise prender el radio, pero me di cuenta que Federico, siempre ahorrativo, se había llevado la llave. No tenía nada que



leer, por fortuna Federico me había dicho que estaría de regreso en unos minutos. Me entretuve viendo a unos niños jugar con una pelotita, y más que contemplar el juego, observaba con atención cómo no morían atropellados con tanto automóvil que transitaba. Sentí una mano sobre mi hombro. Me sobresalté y lancé una imprecación atropellada y sonora. Me volví: el señor Golden, en mangas de camisa, sonriendo.

—Mi esposa y el licenciado Ramírez te están esperando.

—¿Esperando?

—A tomar la copa, a comer.

—Pero es que yo—

—Noy hay “yo” que valga. Mi mujer desde ayer hizo el *boeuf bourguignon* que tanto le gusta al licenciado Ramírez.

Me le quedé viendo con seriedad. Su actitud me desarmaba, pero a la vez me vino una rabia tremenda contra Federico.

El señor Golden sin preguntarme abrió la portezuela.

—No querrás que venga mi mujer por tí—, y dio un paso hacia la puerta.

—No Jack, Iré a tomarme la copa y a hablar con el licenciado Ramírez.

Desde que subí por la escalera me llegaron los exquisitos olores de una buena cocina. La puerta del departamento estaba abierta, como si hubieran supuesto que Jack y yo íbamos a venir inmediatamente. Federico platicaba con la señora Golden. Esta era una mujer muy femenina de mejores modales que su marido.

—No quería subir— explicó Jack Golden.

—Pero licenciado, si yo lo mandé a invitar con el licenciado Ramírez— respondió calurosa Emile Golden. Busqué la mirada de Federico Ramírez, pero este escogía con gran atención las almendras saladas más grandes que había en un recipiente sobre la mesita de la sala.

Inútil referir que me quedé a comer, y que la señora Golden era una cocinera de primera, con todas las tradiciones del centro de Europa y el refinamiento del sur de Francia. Terminamos la comida con varios cognacs. También es inútil referir que Federico Ramírez no me hizo ningunas confidencias, aun después de que nos fuimos juntos en su automóvil.

Si he contado este incidente se debe a que quiero hacer constar que de todos sus amigos y conocencias con los únicos que me ligó agradecimiento y amistad fue para con los Golden, pues con el personaje, digamos principal, de este relato, no tuve lo que propiamente podría llamarse una liga amistosa. Para ese entonces ni

siquiera lo había oído mentar. Pero no está de más que haga registrar su nombre: Armando Puntaguda.

A la casa de los Golden volví algunas veces. Emile Golden se tomaba la molestia de llamarme para ofrecirme su casa, para que yo le hiciera el honor de visitarla. Yo para mis adentros pensaba que “qué honor ni qué ocho cuartos”. Y a pesar de que tenía poco de qué hablar con Jack, con su mujer me entendía realmente bien. Y si había el “*Gemutlich keit*”, tan celebrado por Harold Nicholson, esto es:

“The adjective *gemutlich* and the substantive *Gemutlichkeit* imply both an atmosphere and mood. The atmosphere is one of heavy gentility, porcelain stoves, draped portieres, Turkey carpets, and sofas and arm-chairs of plush. In the *Empfangszimmer* the ladies gather round a table. They do not talk very much, but consume large quantities of coffee and cream cakes. The men retire to the *Herrenzimmer*, where they drink beer. The smell of dead cigars clings to the curtains and through it pierces the thin little smell of anthracite. The double windows are sealed against the snow outside.

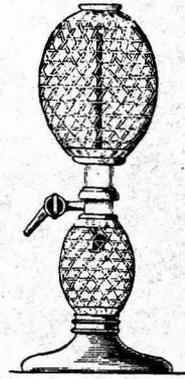
The mood of the company is in accord with these surroundings. It is a kindly, amicable, comfortable, somewhat lethargic mood. The English words that best define both the atmosphere and the frame of mind are the words ‘intimate and cosy’. Those who dislike the atmosphere might condemn it as “smug and Fug! . . .”

Se debía a ella, solamente a Emili Golden. Tiempo después, en una de estas reuniones empecé a oír, con bastante insistencia el nombre de Armando Puntaguda. Jack, que era mejor imitador que Federico Ramírez, repetía con su acento, mezcla de alemán y francés, las frases, muy espolotadas de Armando Puntaguda.

Creo que he dado la impresión de que iba mucho a la casa de los Golden, y no fue así: llegaba a su casa una vez por mes, o casualmente tomaba una copa con Jack, siempre ante la presencia de Federico Ramírez.

No voy a referir algunos detalles chuscos de mi relación con los Golden, como por ejemplo cuando Federico Ramírez se me presentó con ellos, sus dos hijos, y dos amigos, sin previo aviso, en mi casa, en Veracruz, precisamente la víspera de Navidad. Pero estas situaciones nos acercaron más.

La primera vez que vi a Armando Puntaguda fue poco después de esta visita de ellos a Veracruz. Caminaba de prisa hacia mi trabajo cuando oí la estridente voz de Federico Ramírez, que me llamaba a gritos. Venía en compañía de un hombre alto, de unos



treinta y cinco años, rubio, bien parecido, y con un aire excesivamente fanfarrón.

—Te llamo por teléfono —le dije a Federico, con la intención de no retrasarme un solo momento.

—No seas arisco. Acércate, te voy a presentar al ingeniero Puntaguda.

Lo saludé, y me retiré con premura.

En mis visitas intermitantes a la casa de los Golden volví a oír el nombre de Armando Puntaguda. Se reían, tanto Jack, como Federico de las fanfarronadas de Armando, de sus desplantes, de sus aires de galán afortunado. Y según escuché, en sus viajes, no había mujer fácil que se le escapara: meseras, cantantes, recamareas. En una cantina me contaron que una mesera de un restaurante de Culiacán había venido a seguirlo, y como la sola dirección que tenía era la de la casa de Armando hasta esta llegó. Armando se desayunaba con su esposa cuando le informó una sirvienta que una mujer lo esperaba en la puerta.

—¿A mí? —preguntó incrédulo.

—Sí, a usted, y no quiso entrar.

—¿Cómo se llama?

Y la sirvienta fue a preguntarle. Al volver y decirle el nombre Armando derramó la taza de café. Exclamó: “¡Lo había olvidado!” Y sin más abandonó la casa.

La mesera no se quería regresar a Culiacán, y permanecía horas y horas sentada en el automóvil esperando a Armando. Diez días duró el apuro de éste, y había jurado nunca jamás acostarse con otra mesera.

Y como esta anécdota había otras muchas, de las que no siempre salía bien parado el amigo de Federico y de Jack. Y yo había olvidado las situaciones y el nombre de Armando Puntaguda, si no hubiera contemplado una escena que todavía recuerdo.

Un viernes me habló por teléfono Emile Golden, me invitaba a comer al día siguiente, haría un pato *à l'orange*. Y el sábado, a las dos de la tarde, estaba yo tocando el timbre de la casa de los Golden, seguro de que ahí estaría Federico Ramírez. La misma Emile abrió la puerta, sonriente y amable.

—Qué bueno que es puntual. En la sala está el ingeniero Puntaguda. ¿Ya lo conoce, verdad? Platique por favor con él, mientras yo termino algo por aquí —dijo señalando hacia la cocina.

Saludé al ingeniero Puntaguda. Tenía en la mano un vaso con whisky.

—¿Quiere uno?

Y sin esperar a que le constetara se levantó y fue hacia un carrito cantinero. Comprendí que era generoso con las bebidas ajenas, pues había vertido en mi vaso una cantidad tal que llenaba una tercera parte de él.

—Ingeniero, ¿usted quiere que me emborrache?

—A eso nos invitaron.

Alcé mi vaso y dije salud. Nos quedamos en silencio saboreando nuestras bebidas.

—¿Qué tal el partido del domingo? —dijo Puntaguda.

—¿El pasado o el que viene?

—Rediez, el del pasado. ¡Estupendo!

—Pero ¿de qué?

Y me vio estupefacto, como si pensara que le estaba tomando el pelo, y yo tuve que agregar: “No me gustan los deportes”.

—Pero entonces qué hace los domingos en la mañana.

—Bueno. . . —Y sonó entonces el timbre de la puerta.

Alharaquientos se presentaron Jack Golden y Federico Ramírez. Y vinieron los abrazos y las risas al saludarse con Armando Puntaguda. Y Jack, sin ninguna pregunta se dirigió al carrito cantinero y sirvió sendos jaiboles. Brindamos todos. Y era tan excitante su entusiasmo que me contagié de él. Mi melancolía desapareció, como un dolor de cabeza después de tomarse una aspirina. Y me reí y volví a brindar. Y sintiéndome muy de la casa fui a la cocina para traer a Emile Golden, quien en ese momento daba de comer a sus hijos. Al volver al grupo todos brindamos por Emile, la que advirtió que en diez minutos serviría la comida. Hubo una protesta general, pero ella, con su manera dulce explicó que el *soufflé* una vez metido al horno no hay manera de echar reversa y como si se tratara de acumular reservas para un viaje largo, se apuraron los jaiboles, y de nuevo se llenaron los vasos.

No terminábamos el *soufflé* cuando Jack abrió la primera botella de vino tinto, y a ésta siguieron dos más. La comida la gustamos sin excepción, y fue coronada por exquisito dulce. Y no recuerdo qué mano colocó una botella de buen cognac y de anís en el centro de la mesa. De repente me vi con una copa llena brindando por no sé qué, quizás hasta por mi salud, cosa que me hizo recapacitar: si tomaba una copa más no podría salir de esa casa. Con toda discreción me bebí dos tazas de café bien cargado y presencié las cuatro o cinco rondas de copas que tomaron todos, con excepción de Emile y de mí.

Intempestivamente se levantó Armando Puntaguda, con la mano en la cintura, y en una postura bastante oratoria dijo:



—Quiero que vayan todos a la casa. Tengo un cognac excelente.

—Pues éste que estás tomando es del mejor— agregó, muy agresivo, aunque riéndose, Federico Ramírez.

— ¡Rediez que es bueno! , pero yo quiero que Jorge conozca a mi mujer y a mis hijas.

—Lo que pasa es que tienes que pasar revista —volvió a terciar Federico Ramírez—. Después de la última que hiciste, a las siete, porque si no. . .

—No es así, y si lo fuera he puesto un pretexto muy bueno.

Reímos, y nos levantamos. Emile se me acercó y me dijo: “Jack no puede ir así. No debe”. Federico, Armando y Jack ya estaban en la puerta.

—Yo me despido de ustedes— dijo perentoriamente Emile—, y antes de que se vaya Jack quiero hablar con él un momentito.

Jack se desprendió del grupo y habló un breve momento con Emile. Y para asombro de todos al volver Jack junto a nosotros dijo, suavemente, pero con firmeza que no nos acompañaba. Y sin ninguna insistencia de nosotros los abandonamos. De repente me dio miedo irme con ellos. Estaban muy borrachos, pero desistí: era imposible una retirada.

La casa de Armando Puntaguda estaba lejos, muy lejos, y si ahora tratara de encontrarla no sabría fijarla si cercana a Tlalpan o por el rumbo de Villa Alvaro Obregón. En cambio sí recuerdo que la casa permanecía en la oscuridad. Armando, para anunciar su llegada tocó el claxon repetidas veces. Las luces continuaron apagadas. Al llegar a la reja, oprimió el timbre, una, dos veces.

Se prendió una luz, y por una puertecita se asomó una mujer, Armando gritó: “Prendan las luces, qué no oyen que soy yo”. La mujer cerró la puerta. Armando no podía abrir la reja, el ojo de la cerradura era muy chico para la llave que pretendía meter. Federico Ramírez se reía. Por fortuna las luces se prendieron y Armando pudo ver el ojo de la cerradura con claridad. La misma mujer que se había asomado estaba parada frente a la puerta de la entrada, pues había olvidado mencionar que entre la reja de la entrada y la casa había un jardín.

—¿La señora? —preguntó con un tono de extrañeza Armando.

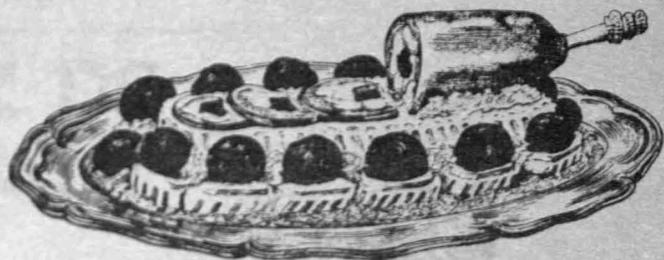
—No sé, señor.

—¿Está en la casa?

—No sé, señor.

Armando nos hizo pasar a la sala. Llena de muebles pesados y un gran piano de cola.





Mientras Armando ordenaba hielo, Federico dijo: "No creo que tú puedas tocar eso".

—Yo no lo toco, ni nunca te lo he dicho. La que lo toca admirablemente es mi hija Lolita. Ojalá y la pudieran oír.

—A mí no me gusta la música clásica —agregó Federico Ramírez.

—Toca algo de eso, y de lo otro, unos vales preciosos —precisó Armando Puntaguda.

—¿De veras? —Interrogó, incrédulo, Federico Ramírez.

La criada, con un gesto de disgusto, dejó el hielo sobre el primer mueble que encontró. Federico sirvió tres jiboles. Al recibirlo Federico protestó: "¿No que tenías tan buen cognac?"

—¡Rediez, lo había olvidado!

Y Armando abandonó la sala. Federico Ramírez, riéndose, explicó: "El cognac se lo tienen bajo llave. No creo que le den ninguna botella".

—Mejor vámonos.

—Tu viniste conmigo y conmigo te vas. Quieres que me atropelle un automóvil. Si algo me ocurriera mañana te sentirías muy mal.

Y ante esa amenaza, me acomodé en el sillón, y examiné la sala. El sofá era inmenso, los sillones pesados, y sobre un gran muro había una pintura de unos seis metros de largo, por dos de ancho, en la que aparecía una escena campestre española, con muchos personajes, cuando menos tres generaciones y en el Fondo un grupo de campesinos bailando la jota.

—Esos los pinta el suegro. A tí que te gusta la pintura vamos a decirle a Armando que te consiga uno.

—Por favor, Federico, no vayas a hacerme una trastada de esas que acostumbras.

—¿A poco no te gusta esa pintura?

—Mmm, mmm, mmm.

Y mientras trataba yo de identificar a Armando en la gran pintura, oí el sonar de una nota en el piano. Me volví y era Federico, que sentado en el piano, veía con atención un busto de Beethoven, que estaba sobre la tapa del instrumento. Luego siguió tocando con insistencia una sola nota, de las agudas, como si estuviera oprimiendo un timbre, y esta operación logró el resultado apetecido: Armando se presentó.

—¿Y la botella? —preguntó, juguetón, Federico.

—Primero vamos a saludar a mis suegros. Los están esperando

allá arriba, en el estudio.

El estudio era inmenso, y todas las paredes cubiertas por pinturas, así como varios caballetes. En un rincón había un sofá y dos sillas, ahí estaba reunida la familia: un señor como de unos sesenta y cinco años, su mujer un poco menor y la esposa de Armando Puntaguda.

—¡Carmela, creí que no estabas en la casa! —exclamó, con fingido asombro, Federico Ramírez.

—Oí cuando tocaron, pero como no sabía de quién se trataba, no quise bajar. Uno nunca sabe con quién va a llegar Armando. Y velo cómo es, ahora no presenta al señor —dijo señalándome.

—Bueno, bueno, cómo voy a hacerlo si tú no me dejas ni hablar —protestó Armando, y me presentó con ella y con sus suegros, después agregó: "Usted don Julio", le dijo a su suegro, "nos va a acompañar con un cognac, verdad?"

—Uno, pero muy pequeño, tú sabes—

—Carmela, saca la botella de cognac —ordenó Armando. Mientras tanto me acerqué a un caballete a ver una de las pinturas en proceso. Inmediatamente sentí la presencia de alguien junto a mí. Era el suegro de Armando, don Julio.

—Esta pintura la he comenzado tres veces y no me sale. La primera vez fue en la República Dominicana—, y continuó hablando, al tiempo que me enseñaba unas cien pinturas. Cuando terminó con las que tenía en el estudio me invitó a acompañarlo al piso superior a donde había unas doscientas o trescientas más. Al abandonar el estudio pude ver a Federico Ramírez que platicaba con gran animación con la esposa y la suegra de Armando Puntaguda. Todos tenían en la mano una copa de cognac. Para fortuna mía el suegro no me mostró toda su producción sino sólo una veintena de sus mejores cuadros. Estornudando regresé al estudio, y no acababa de sentarme en un escabel cuando llegaron dos niñas, una ya adolescente de trece años, que dijo llamarse Lolita, de la otra sólo recuerdo que era rubia, y con muy bellos ojos.

Nos besaron a todos. No sé quién lo propuso, pero alguien lo hizo, de que bajáramos a la sala. Quizás alguna persona de la familia para que estuviéramos más cerca de la puerta de salida. Armando trajo consigo la botella de cognac, ya bastante mermada. Tan pronto como estuvo instalado Federico, dijo:

—Armando, yo quiero oír a tu hija.

—Al rato, rato, a poco te estás aburriendo.



—Es que yo no creo que tu hija toque bien el piano.

—Pero ¿por qué dudas de mis palabras? Mira, nada más termino de beberme esta copa y voy por ella.

Y efectivamente así como la terminó desapareció por la puerta.

—Federico, ya vámonos, yo ya estoy muy cansado.

—Espera, espera, estoy seguro que tienen el piano nada más por “apantallar”. Así son estos españoles—, y a continuación siguió hablando Federico por muy largo tiempo. Creí a medida que lo hacía que eran ciertas sus aseveraciones, pues Armando no regresaba. Por fin apareció. No podía ocultar su contrariedad.

—Así que termine la tarea baja.

—Bien decía yo —repuso retador Federico— que algo iba a pasar para que no la oyéramos.

—Te digo, y tengo palabra de español, que la oirán.

—Será otra vez.

—Ahora, en este momento — y Armando abandonó la habitación.

Volvió acompañado de su esposa Carmela, como si ésta pudiera ser un baluarte, contra las puyas de Federico.

—Me dijo Armando que estuvieron muy contentos en la casa de los Golden. Es una lástima que no hubieran venido, *así hubiera podido platicar con Emile.*

—¿Qué no le gusta hablar con nosotros? — repuso Federico.

—Sí, claro, pero no es igual. Ustedes tienen sus cosas que decirse y nosotras las nuestras.

Se hizo el silencio, yo no sabía qué hacer o qué decir. Por fin Federico se levantó, al principio creí que era para despedirse, pero se dirigió al lugar donde estaba Armando Puntaguda, que era, precisamente, donde estaba la botella. Armando se levantó, con intención de ayudarlo, y Federico algo le bisbiseó al oído. Después de los pasos del regreso de Federico, el mismo silencio. Luego se levantó Armando, y sin decir una sola palabra tomó del puño a Carmela y abandonaron la sala. Momentos después se oyó un gran portazo. Armando se presentó en la sala, y como si temiera algún nuevo reto de Federico dijo:

—Espera.

Y aguardamos bastante tiempo. En la puerta apareció Lolita, con la cabeza baja, y ahí permaneció. Una mano la empujó. Lolita estaba dispuesta a no moverse de donde había quedado después del empujón.

—Lolita, ¿no vas a tocar? —preguntó con un tono que a duras penas podía contener su impaciencia. La niña permaneció en su lugar con la cabeza baja. Luego, Armando se levantó colérico, pero como si lo estuvieran espiando entraron en la sala sus suegros, el pintor se dirigió a Armando diciéndole: “Está nerviosa, ahora va hacerlo”. En tanto la señora acompañó a Lolita a la banqueta del piano. El suegro arrimó una silla cerca del sillón donde estaba sentado Armando, como si temiera otro ataque de ira, o como si fuera a gozar del concierto. Federico abandonó su copa y adoptó una actitud muy circunspecta, como si verdaderamente quisiera oír tocar.

La abuela y la nieta discutían quedamente, entonces se oyó la voz de Armando:

—Lolita, toca ese vals, precioso.

Lolita alzó los hombros, se arremolinó en la silla. La abuela le bisbiseó algo en el oído, y Lolita comenzó a tocar. Yo tenía mis copas, pero mis orejas estaban limpias, y ese Bach de Lolita no tenía nada que ver con el difunto. Terminó el preludio. Lolita iba a levantarse, pero Federico, con gran naturalidad le preguntó a Armando: “¿Y el vals?”

—Lolita, toca ese vals. . . precioso.

La muchachita sollozando apretó las teclas, y transcurrió el vals. Al terminar Lolita se levantó y jirimiqueando, seguida de su abuela, abandonó la estancia. No alcanzó a oír los aplausos sin entusiasmo de Federico. El suegro se volvió a ver a éste, dio unos sequísimos “Buenas noches”, y se retiró.

Nos quedamos en silencio. Armando se levantó y sirvió otra ronda de copas, luego se sentó, y en actitud de reto le dijo a Federico.

—En mi casa se hace lo que yo mando.

Federico no contestó. Yo anuncié que me retiraba, y Federico no protestó.

Al despedirnos Armando nos invitó a volver: “Y quizá ese día no tenga mucha tarea Lolita. Entonces verán cómo toca ese vals”. Yo *in mente* le agregué el “precioso”.

Hacía frío, y era temprano. Todavía acompañé a Federico a tomarse otras copas. No registro aquí lo que sucedió después, será para otra ocasión, pero eso sí, por supuesto, no volvimos a la casa de Armando Puntaguda a oír el “vals precioso”. Después me enteré que se había divorciado.

**ERNESTO
CARDENAL**

**VAZQUEZ DE
CORONADO**

Han vuelto otra vez las sardinas managua
el canto de los pocoyos y las flores de oro de los poroporos
van bandadas de patos a la costa sur: Papaturo; Costa Rica;
el agua como sólida
y borrosos alargados en el agua los volcanes ticos
(tres)
y las nubes rosa borrosas en el agua
El estuvo aquí, antes de conquistar Costa Rica
Vázquez de Coronado
"la isla de Cilintiname
que está en medio de la laguna de Granada. . ."
oyó los pocoyos pienso y miró los poroporos
Sus glorias fueron modestas
Costa Rica no era Perú
su conquista no fue un éxito económico
Un conquistador democrático
Moderada actitud respecto al oro
el oro era pagado con rescate
y por eso *desgustosos* los soldados
Sepulveda defendía "el imperio de los unos sobre los otros"
Con las armas en caso necesario
(pero republica según Vitoria era sólo una comunidad perfecta)
No les arrancó brazalete con engaño o por fuerza
'con esto sirvo a Dios y S. M.'
Conquistó Costa Rica
'con mucho amor' y 'pocas municiones'
(o al menos los respetó como a seres humanos)
La cacica les dijo que le pidieron oro
pero le pidieron chanco de monte y carne de danta y maíz
'es gente lucida
lábrance los braços y los cuerpos
son yndios de buen juicio,
tratan verdad'
Las cartas de su puño y letra. (En la Universidad
aprendió a escribir)

no lo dan sin molestia (el oro)
y esta no se les a de hazer

y me reciben de paz donde llego'
'...son vivos de ingenio
bien hechos'

peines
hachas
chaquira
cuchillos
alpargatas
bonetes
a cambio de
mantas de algodón
cacao
carne de venado
dantas
frutas
miel

Puso en paz a las tribus que peleaban entre sí
como antes puso en paz a Solentiname—
Juntándolos en un gobierno justo y democrático:
No había república decía si no había
una comunidad perfecta de españoles y naturales
'mantas y miel, el
oro guardarlo y no se les pide'
'mande proveer sacerdotes o religiosos'
y se reían los soldados; 'se reyan...'
que en la fuerza, no en regalos
consistiría el asiento de esta tierra'
Sin matar un hombre libertó a Dulce, esclavizada en Couto
y la devolvió al cacique su hermano
y dio al cacique de Couto hachas y chaquiras por la muchacha
'Hay cacao, mantas de hilo de Nicoya'
'...especialmente truchas y pescados sabalos'
y también admiraba su cerámica
'reprendilles (el sacrificio de 6 chavalos)
'Tienen muchas hamacas en que duermen...'
'ni se les tome cosa alguna sin pagar'
'sacan en un huso dos hilos de algodón junto muy delgado'



Barbacoas con los caciques en los pueblos
y le tenían hechas chozas nuevas
a holgar a sus pueblos y casas con ellos'
barbacoas y cantos
las mujeres con pelo corto
y los hombres con trenzas—
y era cierto que estaba bien endeudado
Y los indios felices por la libertad de Dulce
'es grande el crédito que de mí tienen
y confíanse extrañamente de lo que conmigo conciertan'
'la gente más limpia y de más razón que se ha visto'
con su buena letra de ex-alumno de Salamanca
'habilísimos en su manera

tratan verdad
no se emborrachan
tienen muchas frutas. . .'
'usan en la ropa labores de deshilado'
'el más lindo yndio que yo he visto en Yndias'
(el hermano de Dulce)
'necesidad ay grandísima de sacerdotes'
En el viaje al Mar del Norte ordenó al mayordomo
enterrar en el monte una cadena que traían
'de las más ásperas montañas que he bisto. . .
y subir y bajar grandes cumbres, tan lluviosas y cavernosas que por
maravilla se veía el sol'

Salmantino, estudiante de Salamanca
Vitoria enseñaba entonces *prima teología*
Vitoria (contra Sepúlveda) admitía
únicamente el derecho de "comunicación" – muy
interesante – o inmigración
viajar comerciar vivir en sociedad con sus habitantes
el evangelio no por fuerza (como Sepúlveda)
protegerlos contra sus tiranos
¿la guerra? no suficiente motivo la diversidad de religión
Igual pensaba Erasmo

'puercos, maíz, pinol y frutas'
'necesidad tengo de sacerdotes'
solamente me hallo con el padre Estrada'
'... república de españoles y naturales'
El conquistador de Costa Rica
Solentiname y Costa Rica
'La pacificación de la mejor tierra que su magestad tiene en Yndias'
'tierra de poco oro y poca gente'
(y sin embargo)
... uno de los mejores rincones de sus Reynos'
Ordenó enterrar esa cadena
Quedaron en paz las tribus ticas
La doncella Dulce he liberada

'hiziecen milpas' (los españoles)

GUILLERMO PALACIOS

POEMAS

I

Desperté con un olor
que no me ha dejado
recordar mi olor
como cualquier otro día

Lo he llevado y traído
con suficiente comodidad
para comer en casa de amigos
admitir y lanzar tentáculos
ver fotografías de veteranos
ruidos de quien está por llegar

II

Lo siento
tanto más su derecho
a reclamar mi nombre
que estoy a la puerta
apenas un visitante

moviéndome a su alrededor
como esperando obtener nociones
que me permitan rehacerte
saber en qué forma estuve ahí
Quién eras

III

Anduve el día
con las únicas vagas imágenes
que quisiste dejar

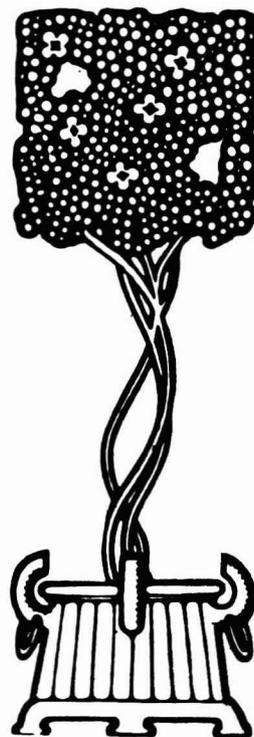
La espalda desvanecida
la margen opuesta del sudor
que me complementa
pero el olor me convirtió
en mi extraño y aquí estoy
preguntando

IV

Cuál la espesura del lugar
qué hicimos con los ojos
mientras duramos

cada uno en un extremo
del cuarto
viéndonos en el centro
oponer los dos pedazos
del mundo

qué dijiste:
lo que recuerdas es todo
lo que yo olvido



V

Tiempo antes de despertar:
te habías ido
yo no estaba
Yo no puedo recordar

Pero si abandono por un momento
la apariencia que usamos
puedo recorrer todos los años
condenados de esta ciudad

andar los bordes conocidos
de escenas fragmentarias
que nadie concluyó

Tal vez para vencer
el temor de encontrarte
Tal vez porque no quiero
verme desaparecer

VI

Porque entonces
lo que recuerdo es todo
lo que te olvida

Saber de ti
piel que nunca viviste
la que no respondió
ni estuvo
vendremos con el mismo
itinerario encontrado
pero de tal forma
con tanta descreencia
que pasaron uno junto al otro
sin rozar ninguna hierba

sin querer
ni darnos cuenta

VII

De regreso busco reflejos
donde captar la liquidez
o bien la permanencia

No está mi nombre en tu equipaje
la noche otorga y ejecuta
sus propias coartadas
y todo lo que recreamos
son actos periféricos
resoluciones incompañadas
que nos cubrieron como escudos

huecos
para los que no tuvimos manos
ni materia

VIII

La breve reunión
tiene finales
que no le pertenecen

Claros señas de ti
seguidas con la respiración
y el pulso de una bóveda
que no conoces

Y en ese lugar
nunca fuimos posibles
nadie oyó ni dijo
nada sabemos de nosotros

CRITICA

SUMARIO



Historia

Fray Bartolomé de las Casas en la Historia Universal Siglo XXI, por Edmundo O'Gorman / 32

Pasado remoto

Navegantes atlánticos precolombinos, por Arturo Gómez / 34

Filosofía

Orden y progreso, por Juan Garzón Bates / 35

Sociología

Entre el medio tono y la agresividad, por Gabriel Careaga / 39

Teatro

Experimentos de espectáculo total: Ramos, Carbajal, Weisz, por Malkah Rabel / 40

Entrevista

La gracia de San José se hace novela en vilo (Diálogo con Luis González), por Alberto Dallal

Ilustra: José Ginovart

Ilustrado con obras de Ginovart



Historia



Fray Bartolomé de las Casas en la Historia Universal siglo XXI

Por Edmundo O'Gorman

"Así como el gusano tsin asuela con inundancias los floridos campos del lirio azul; así la ignorancia y el dolo corrompen el corazón de la mujer burguesa."

(Proverbio chino de la era de Mao.)

Acaba de caer en mis manos un librito pretencioso escrito por la arqueóloga francesa Laurette Séjourné: *Historia universal siglo veintiuno*, volumen 21. "América Latina. I. Antiguas culturas precolombinas". México-Argentina-España, Siglo XXI Editores, S. A., 1971.

El inmenso campo enunciado en ese título parece justificar el calificativo de pretencioso, porque supongo fundada la sospecha de que nadie puede saber —lo que se llama saber— tanto. Pero como si no fuera bastante comprender y dar a conocer todas las "culturas precolombinas", la señora Séjourné se echó encima la nada ligera carga adicional de dictar sentencia en el viejo pleito entre fray Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda. Debo prevenir al lector que si el resto del libro está al nivel de esa sección, Dios tenga de su mano las "culturas precolombinas", porque, para decirlo de una buena vez, la señora Séjourné no ha entendido nada —lo que se llama nada— acerca de aquella antigua y tan sonada polémica. Ni por un momento abandona la señora Séjourné la cobija de los más manidos y gastados lugares comunes: lastimosa pobreza que, de ser sólo eso, no pediría sino el silencio que merece el espectáculo de la ignorancia pavoneándose de profunda sabiduría. Pero es el caso que la señora Séjourné aprovechó el viaje para triturrarme con motivo de lo que nunca he dicho ni pensado, y todo para hacer gala de sus elevados sentimientos humanitarios y mostrar, de paso, la falta de probidad intelectual a que le fue preciso recurrir para alcanzar tan encumbrada meta.

Por lo que toca a la ignorancia que le achaco, vayan estos botones de muestra: Sepúlveda fue encargado oficialmente de justificar el derecho de la corona española sobre los americanos (p. 71); Sepúlveda es un "casuista" (p. 71, 73); Sepúlveda escribió un diálogo "pretendidamente socrático" (p. 71); Sepúlveda se vale de "extravagantes argucias" y de "erudición vacía" (p. 72, 74); las tesis de Sepúlveda son "medievales" (p. 73); Sepúlveda predica "la conveniencia de usar el arte de la cacería no sólo

contra los animales, sino contra los hombres" (p. 73); Sepúlveda sostiene que "el vencido es el único culpable de las rapiñas" (p. 73); a Sepúlveda lo "castigó" Carlos V al impedir la publicación del *Demócrates*, mientras que "en contraste" permitió (se infiere que como premio) la publicación del "más virulento" de los escritos de Las Casas (p. 74); Las Casas, se nos dice sin asomo de burla, estaba dotado de un admirable "talento político" (p. 75) y por último, Las Casas comprendió "perfectamente el fenómeno complejo del amanecer del capitalismo" y lo convirtió "en el fundamento de sus conmovedoras intervenciones y lo resume, en lo esencial, en cada página" (p. 75). Tendrá que convenirse que para poder suscribir semejantes afirmaciones se necesita, amén de una colosal confianza en la ciencia infusa, no tener la menor idea acerca del ambiente histórico en que se desarrolló aquella polémica; desconocer por completo el lugar preeminente que ocupa Sepúlveda en los anales de la cultura renacentista, y conceder rango de verdad a las más chabacanas nociones que circulan entre los indoctos acerca del ideario lascasasiano. La sospecha de que lo leído por la señora Séjourné de los escritos del padre Las Casas, medido en estricnina, no mataría a un ratón, cobra cariz de evidencia.

Pero donde luce con un brillo particular la ignorancia de la señora Séjourné es en su interpretación (muy a lo siglo XXI) de la doctrina de la superioridad cultural, fundamento del alegato de Sepúlveda, como tesis de discriminación racial (p. 76, 80). Quizá el distingo sea demasiado sutil para la señora Séjourné; pero no faltarán quienes con vengan en el abismo que separa esos dos conceptos, y les resultará obvio que cuanto haya escrito esa señora con base en tan serio equívoco estará necesaria y radicalmente viciado de incompreensión.

Es digna de advertir, por otra parte, la ausencia de sentido histórico de que da muestra la señora Séjourné. En efecto, después de haber afirmado que Carlos V "castigó" a Sepúlveda por la falacia de sus tesis; después de insistir en que la corona siempre y en todo apoyó al padre Las Casas, la autora nos asombra con la súbita noticia de que "la tesis de Sepúlveda se impuso poco a poco sobre la de su adversario" (p. 76). Dadas aquellas premisas, el suceso tendría que parecerle a la señora Séjourné tan ilógico como inesperado; pero lo cierto es que no se sintió obligada a ofrecer alguna explicación, de manera que tan voluminoso y decisivo vuelco reviste el ropaje de un misterio impenetrable.

Aceptado, pues, por la autora el triunfo histórico de Sepúlveda como un hecho en sí o quizá como obra de los designios de un maléfico taumaturgo, la señora Séjourné se apresura a sacar las que le parecen consecuencias de tan funesto, inexplicable, arcano. A él se debe, dice, que el padre Las Casas haya sido la víctima de la calumnia o de la deformación; que su abnegada y heroica lucha se haya "transformado en campaña difamatoria contra España", y que de esa tierra de injusticia brotaran como "dogmas inamovibles" las nociones de la bestialidad de los indios y de sus vicios

congénitos, y las de "la santidad de la guerra y la nobleza del alma de los conquistadores" (p. 76). Hasta donde alcanzo, la señora Séjourné pretende caracterizar de ese modo el estado actual de la cuestión, porque sin tomarse la molestia de puntualizar la época o fecha en que nacieron esos supuestos "dogmas", ni indicar los términos de su vigencia, aprovecha la coyuntura como preámbulo de su requisitoria contra los pobres borrones que osé escribir en el "Estudio preliminar" de mi edición de la *Apologética historia* del padre Las Casas. (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967).

"Encontramos hoy día —dice críticamente la señora Séjourné— historiadores que, no contentos con afirmar la superioridad de Sepúlveda sobre Las Casas, lo declaran sin rodeos 'precursor de nuevas corrientes culturales'" (p. 76) y en ese punto remite en nota a un pasaje de aquel mi Estudio preliminar (p. lxxviii), con lo que la inicial, discreta y anónima alusión se convierte en inequívoca referencia a mi persona. Ahora bien, que yo sepa, en todo mi estudio no me muestro ni "contento" ni disgustado en "afirmar la superioridad de Sepúlveda sobre Las Casas", por la sencilla y contundente razón de que no la afirmo en ningún momento, y reto a la señora Séjourné que demuestre lo contrario. En cuanto a que declaro "sin rodeos" a Sepúlveda "precursor de nuevas corrientes culturales", sí que lo hago, pero no "sin rodeos", porque tal declaración aparece como consecuencia de un largo rodeo de argumentos y apoyos documentales que a mi parecer la justifican, rodeo que la señora Séjourné, con notoria ligereza y espíritu chicanero tuvo a bien ignorar como inexistente.

Pero es de preguntar qué oculto motivo habrá para que aquella declaración moleste tanto el ánimo de la señora Séjourné. ¿No será que precisamente por haber sido Sepúlveda el vocero de nuevas corrientes culturales, o sea las del nacionalismo moderno, su tesis acabó imponiéndose sobre la del padre Las Casas? He aquí que, sin quererlo, la señora Séjourné me concede indirectamente la razón, porque o bien acepta que el triunfo histórico de Sepúlveda que ella admite es un suceso inexplicable como realización en la práctica de "nuevas corrientes culturales", todo lo injustas que puedan parecerle, o bien tendrá que dejarlo en el misterio o si prefiere, aunque es lo mismo, recurrir a la intervención providencial o materialista de un agente colocado más allá del discurso histórico. Pero en realidad no hay tanta metafísica en la cabeza de la señora Séjourné, sino que en el fondo de su enojo late la elemental y popular idea de que calificar a alguien de precursor de nuevas corrientes culturales implica necesariamente un juicio de valoración positiva, sin que le quepa a la señora Séjourné la posibilidad muy real de que la marcha del discurso histórico signifique la gradual abolición de los valores éticos, por lo menos en su contenido tradicional. Que la señora Séjourné piense con la simpleza que le imputo es asunto fácilmente comprobable con sus mismas palabras, pues no otra

puede ser la implicación del cargo que, enternecedoramente escandalizada, me hace de que mis razonamientos "ensalzan a Sepúlveda hasta la categoría de innovador" (p. 80). Innovadores fueron, sin duda, San Ignacio, Disraeli y Hitler, y sería interesante saber el juicio ético que le merecen a la señora Séjourné esos personajes. Resultaría tedioso examinar otras imprecisiones, llamémoslas así, en que incurre la arqueóloga francesa, como aquello de que se acusa al padre Las Casas de haber "forjado" la leyenda negra contra España (p. 76), cuando lo que debería decir es que, usando y abusando del testimonio del padre Las Casas, muy principalmente los franceses forjaron, como, según se ve, siguen forjando, la tal leyenda. Para concluir, pues, sólo me ocuparé de un asunto donde de nuevo y con mayor nitidez hace de las suyas la torcida intención de nuestra arqueóloga.

No podía, en efecto, faltar una mención airada del célebre libro que don Ramón Menéndez Pidal dedicó al padre Las Casas donde puso en cuestión su salud mental. Ahora bien, aunque nada, absolutamente nada tengo que ver con esa idea, los ojos de lince de la señora Séjourné han descubierto que yo "me esfuerzo en apoyar con hechos lo bien fundado de la acusación —que visiblemente encontré feliz— del delirio paranoico que lanzó el señor Menéndez Pidal" (p. 80). ¿Con fundamento en qué lanza, a su vez, esta señora semejante afirmación? Su ligereza es tan asombrosa como censurable a la vista de la ética profesional, y la conmino a que demuestre con palabras mías, mi supuesto "visible" asentimiento a la tesis de don Ramón y mis supuestos esfuerzos por apoyarla con hechos. La señora Séjourné, es cierto, trata de inferir con, esa sí, visible mala voluntad que obvia y gratuitamente me tiene, que Las Casas "es presa de un auténtico delirio paranoico" (p. 80) apoyada en mi idea de que el dominico no captó el supuesto fun-

damental de la tesis de Sepúlveda, y con tal propósito la señora Séjourné me cita, pero, según parece ser su costumbre, me citó a medias y fuera de contexto. He aquí por entero el párrafo en que la señora Séjourné pretende encontrar mi aplauso y apoyo a la tesis de Menéndez Pidal: "Del conjunto de nuestras reflexiones se desprende con manifiesta claridad que si el padre Las Casas se mostró ciego a la implicación de las opiniones de sus contrarios, es porque no alcanzó a percibir el nuevo espíritu nacionalista que las motivaba; no, claro está, por carencia de luces suficientes, sino porque toda su agitada vida y apasionada obra, más que la defensa teórica de unas ideas, es la manifestación exaltada de su profunda fe en el sentido histórico que le concedió el cristianismo al advenimiento del Salvador, y de su convicción acerca del papel providencial que Dios le tenía asignado como apóstol de los nuevos gentiles" (p. lxxvi). Inferir de esas palabras que el padre Las Casas era un loco es el colmo de la estulticia o de la mala fe, y dejó a la señora autora de semejante dislate que libre y honestamente escoja entre los términos de la disyuntiva el que mejor le cuadre.

Una vez condenados al unisono don Ramón y yo de "detractores" de Las Casas era mucho el optimismo necesario para no anticipar la última suprema piraeta. Confiesa doña Laurette que "es imposible juzgar la salud mental de Las Casas sin haber discutido todos sus libros, los de los cronistas y conquistadores, los de sus adversarios, lo mismo americanos que españoles; sin haber hecho un análisis minucioso de la conquista, de las repercusiones económicas y sociales que tuvo en Europa; de la naturaleza de la colonia y de las civilizaciones prehispánicas" (p. 80-81), gigantesca tarea que nos asegura que jamás tendremos la valiosa aportación de la señora Séjourné sobre tan apasionante tema. Declara que "lo que sí está claro desde ahora, por el

contrario —de donde se deduce que para ella no está claro si Las Casas estaba o no loco— es la comunidad de gustos y aversiones que une a los detractores de Las Casas: todos coinciden —dice— en la oposición a las ideas 'peligrosamente modernas', ya sean de Lutero, Bolívar o de Marx. Todos tienen una debilidad por la idea de la desigualdad de las razas y por los imperios. Todos se complacen en la misma *explícita* condenación de los pueblos americanos", (p. 81) y en seguida pasa a mostrar cómo tan horripilantes "gustos y aversiones" se revelan en las palabras de Menéndez Pidal y en las de quien esto escribe. Por supuesto que me honra estar en tan ilustre compañía, pero por lo que a mí toca, la manera "*explícita*" en que doy muestras de aquella oposición a Lutero, Bolívar y Marx; de aquella complacencia en la condenación de los pueblos americanos, consiste, según la señora Séjourné, en que "hago mía" la tesis de Sepúlveda, porque, dice, cito, "entre muchas otras", una frase del *Demócrates* que en seguida transcribe. Tan increíble *non sequitur* es indigno hasta de la señora Séjourné, porque si citar textos de un autor equivale a comulgar de manera "*explícita*" con sus opiniones o doctrinas, la señora Séjourné tendrá que apechugar con las consecuencias de su propio veneno, ya que, contra una sola triste cita de Las Casas, (p. 77) transcribe con sospechosa frecuencia a Sepúlveda (p. 71, 72, 73, 74, 81). ¿Con qué derecho se atreve la señora Séjourné (que no tiene siquiera el disgusto de conocerme) a atribuirme los gustos y aversiones que le vienen en gana?

Todo, pues, en esta lamentable parte del libro que comento respira animadversión gratuita y el vulgar deseo de lucir a costa del prójimo la inmensa nobleza de un corazón que, sin embargo, no vacila en recurrir al fraude científico y a escatimar méritos que, por pequeños que sean, podrían esperar algún reconocimiento de quien se beneficia de ellos. Si la señora Séjourné califica la *Apologética historia* de Las Casas como "una de sus obras magistrales" (p. 81) es porque mi análisis minucioso de tan pesada obra, nunca antes emprendido, ofrece el fundamento para poder pronunciarse con conocimiento de causa en ese sentido; y puesto que la señora Séjourné exhibe tan excepcional talento para sacar inferencias osadas y deducir conclusiones que, incluso, lastiman el carácter moral de las personas, podría esperarse un mínimo de sensibilidad en ella como para atisbar que los pacientes y largos tres años de esfuerzos que culminaron en mi edición de la *Apologética* difícilmente son explicables como un acto de odio hacia su ilustre autor. Pero la señora Séjourné, pese a la magnanimidad de su alma, no fue capaz de encontrar una sola buena palabra de reconocimiento de un trabajo que, aun admitiendo la monstruosidad de mis errores, no puede menos de ser en honor a la mayor gloria del padre Las Casas.

Me queda, sin embargo, un consuelo para poner fin a estas líneas, y es que si a la señora Séjourné de veras le gustan tanto como dice las denuncias y los clamores contra la injusticia y la malevolencia, este escrito tendrá que ser de su agrado.



Pasado remoto



Navegantes atlánticos precolombinos

Por Arturo Gómez

Cinco veces encendido y otras tantas apagado se había la luz debajo de la luna desde que entramos en aquel gran mar, cuando apareció una montaña oscurecida por la distancia, la cual me pareció la más alta de cuantas había visto hasta entonces.

Odiseo en *Inferno*, XXVI, 130-135

Que el Atlántico fue surcado antes de que lo hicieran las carabelas de Colón es uno de esos temas cíclicos que la Historia periódicamente recrea. Esta vez dos recientes publicaciones de nuestra universidad lo ponen nuevamente en boga, colocando al mismo tiempo en trance de naufragio la tesis —bastante difundida en épocas recientes— de que el tenebroso mar de los sargazos fue siempre una barrera infranqueable para las comunicaciones humanas entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

Don Juan Comas nos da en *Hipótesis trasatlánticas sobre el poblamiento de América: caucasoides y negroides*,* un breve y excelente trabajo de investigación basado en el análisis crítico de la bibliografía con que al respecto se cuenta. El autor empieza por considerar solamente los posibles contactos europeo-norteamericanos en el remoto pasado prehistórico, esto es, no se refiere a los viajes vikingos en los siglos inmediatamente anteriores a Colón, cuya realidad es indiscutible, aunque por su carácter de “ida y vuelta” sabemos que no afectaron el desarrollo de culturas americanas. Comas insiste (lo ha venido señalando desde 1957 en su *Manual de Antropología Física*) en la presencia de un grupo caucasoides procedente del suroeste de Europa que en épocas prehistóricas pudo haber servido de base en la formación del indio del noreste americano, esto, naturalmente, sin contradecir o poner en duda la indiscutible realidad de las migraciones mongoloides procedentes de Asia. Este grupo caucasoides llegado a las costas atlánticas de Norteamérica, que alguien denominó *Homo sapiens atlanticus* y que está emparentado con el tipo Cro-Magnon del paleolítico superior en el suroeste europeo (al que se considera como remoto pariente cercano del hombre actual y del que los manuales de antropología destacan su amplia distribución por el Viejo Mundo y su extraordinaria capacidad para adaptarse aún a los climas más extremos), debió arribar a playas norteamericanas navegando por el Atlántico septentrional con

la ayuda de las corrientes marinas y vientos que lo cruzan y siguiendo la cadena de tierras que se extiende desde Escocia hasta el Labrador, a bordo de primitivos navíos de los que incluso existen representaciones en sus santuarios rupestres.

En la segunda parte se considera y rechaza la posibilidad de que negros africanos pudieran haber arribado a América antes de que los conquistadores descubrieran su extraordinaria capacidad para suplir a los indígenas “en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas”. A pesar de que repetidas veces se ha señalado la presencia de elementos negroides precolombinos, éstos no bastan —hasta ahora— para afirmar que la raza negra africana haya estado presente en el desarrollo que tuvo lugar en el Nuevo Mundo. Es verdad que los cronistas y conquistadores hablan de negros en las tierras que descubrieron; sin embargo sus relatos están teñidos de los terrores medievales que los hacían pensar en el oscurecimiento de la piel por efecto de los rayos solares ecuatoriales. Las colosales cabezas olmecas en las que casi todo mundo ha visto rasgos negros tampoco son argumento suficiente, ni tampoco los resultados de exámenes que en restos óseos se han hecho. Las Islas Canarias —concluye el autor— no parecen haber sido el pretendido puente entre África y América de algún grupo de raza negra.

Santiago Genovés** relata sus experiencias y observaciones y recoge datos de diversas disciplinas en torno a los objetivos perseguidos, resultados alcanzados e interrogantes planteadas por las expediciones *Ra* que en balsas de papiro construidas de acuerdo a representaciones egipcias y mesopotámicas cruzaron el Atlántico, de las costas de Marruecos a las de Barbados, llevadas por las corrientes y vientos ecuatoriales en reciente experimento. Se describen técnicas de construcción de balsas de papiro y el comportamiento de éstas en alta mar, algunos datos históricos sobre el uso del papiro en la antigüedad y representaciones de tales naves en Europa, América y Polinesia. Una buena parte del estudio está dedicada a un heterogéneo conjunto de lo que el autor llama interrogantes o hechos inexplicados o mal entendidos, de orden arqueológico, histórico y antropológico, que de alguna manera relacionan a América con las grandes civilizaciones del Viejo Mundo. Entre otros se menciona la construcción de pirámides en Mesopotamia, Egipto, Perú y México; características mediterráneas y negroides en algunas figurillas de cerámica mesoamericanas; la piedra de Paraíba en Brasil con inscripciones fenicias que datan de unos cuantos siglos antes de Cristo; y la tradición americana del Quetzalcóatl blanco llegado por mar que trajo consigo la cultura. Para Genovés no tiene tanta importancia el *décalage* cronológico entre el florecimiento de las culturas americanas y el de las del otro lado del Atlántico. Destaca el papel de los fenicios que “integran y transmiten cultura de pueblos anteriores a su propio florecimiento” en el área perimediterránea

y aun más allá de las columnas de Hércules en la época en que en América empiezan a gestarse los grandes imperios. Un interesante cuadro hecho en colaboración con P. Bosch-Gimpera y C. Navarrete muestra los desarrollos culturales comparados en las áreas perimediterránea (incluida Mesopotamia), andina y mesoamericana.

Una segunda parte se ocupa de aspectos de antropología biológica derivados del experimento y de la contaminación oceánica que recuerdan los temores de los navegantes antiguos desde que Zeus condenó al hermano Prometeo a sostener al anchuroso Urano en las extremidades de la Tierra, hacia el que alguna vez fue mar de los sargazos y ahora parece ser de los desperdicios.

Concluye el ensayo con cuadros y diagramas del comportamiento humano entre la tripulación de la balsa en alta mar y en condiciones difíciles, de los que se desprende la importancia del experimento dirigido y concebido por Thor Heyerdahl en el sentido de una pacífica convivencia entre hombres de credos y nacionalidades diferentes. Conclusiones que suenan saludables en esta época en que (como en todas, parece) surgen y desaparecen naciones en medio de espantosas hecatombes.

No hace mucho tiempo apareció publicado simultáneamente, o casi, en varios idiomas europeos el libro en que Heyerdahl relata cómo surgió en su mente y llevó a cabo la idea de cruzar el Atlántico en una barca de papiro.*** Después de haber realizado amplias investigaciones en la isla de Pascua, ya con una larga experiencia en estudios del Pacífico, relacionó el uso de naves de papiro con construcciones megalíticas en Polinesia, América y el Mediterráneo. El manejo de la historia antigua en estas tres vastas áreas proporciona al autor una visión muy completa y aunque su libro (magníficamente ilustrado, por cierto) es básicamente un relato de las expediciones *Ra*, nos trasmite la amplia información que el autor domina y que ha hecho de él —tanto en la teoría como en la práctica— uno de los grandes expertos en navegación antigua.

Heyerdahl advierte que esta vez su método ha sido a la inversa del que empleó hace veinticinco años para cruzar el Pacífico desde las playas del Perú hasta un remoto archipiélago polinesio en una balsa de troncos. Cuando decidió construir *Kon-Ti-Ki* contaba con suficientes datos para probar qué elementos culturales fueron llevados de América a las islas del Mar del Sur de esa manera. En el caso de la *Ra* no tenía pruebas concluyentes de que los egipcios pudieran haber transportado su civilización hasta América, pero tampoco las tenía en sentido contrario. Sus investigaciones sobre sitios en que alguna vez se construyeron o siguen construyendo naves de papiro o *totoras* lo llevaron de la isla de Pascua, al lago Titicaca en Bolivia, entre los indios seris de la costa de Sonora, donde probablemente vio la última embarcación de este material construida en México (alguna vez, según J. Eric Thompson, se usaron estas

* Juan Comas: *Hipótesis trasatlánticas sobre el poblamiento de América: caucasoides y negroides*, México, UNAM, 1972. 36 p., ils. (Instituto de Investigaciones Históricas. Cuadernos. Serie Antropológica, 26)

** Santiago Genovés: *Ra. Una balsa de papyrus a través del Atlántico*, México, UNAM, 1972. 90 p., ils., gráf. (Instituto de Investigaciones Históricas. Cuadernos. Serie Antropológica, 25)

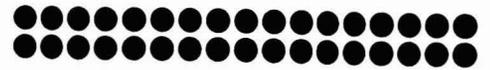
*** Thor Heyerdahl: *The Ra Expeditions*, Londres, George Allen & Unwin Ltd., 1971. 334 p. 110 ils., map.

naves en lagos de cuando menos ocho estados de la República), en lagos del centro de Africa (Chad) y Etiopía (Zwai), en las fuentes del Nilo (lago Tana), en Cerdeña, en el Mediterráneo y en los puertos fenicios de Safi y Luxus en las costas de Marruecos. Algunos de estos lugares comparten otro rasgo que es también distintivo entre las civilizaciones egipcia y mesopotámica: pirámides de piedra o adobe y construcciones megalíticas erigidas por adoradores del Sol en sitios como Tiahuanaco a orillas del Titicaca y en las costas desérticas del Perú ("existió alguna forma de contacto entre los portadores de cultura de la costa norte de Perú y los constructores de pirámides del antiguo México") y Palenque en México con una cámara mortuoria idéntica a las que se hacían en las pirámides de Egipto (pirámides y barcas de papiro son sólo dos de las sesenta similitudes culturales entre el antiguo Perú, Egipto y el Mediterráneo oriental que han sido reunidas por un antropólogo norteamericano). Las reflexiones de Heyerdahl al respecto son sugestivas, si los mayas heredaron de los olmecas el calendario y la escritura, pudo ser posible que por la costa del Golfo de México —que es precisamente lo que las tradiciones aborígenes narran— se iniciara el proceso que culminaría con la creación de las brillantes civilizaciones mesoamericanas y las no menos espectaculares del área andina.

Hasta ahora Heyerdahl ha probado que una barca de papiro construida tal y como se hacía en la antigüedad en Egipto y Mesopotamia puede cruzar el Atlántico con relativa facilidad; ahora, según declara, está dedicado a reunir las pruebas que le permitan demostrar que este hecho en realidad tuvo lugar y que sus consecuencias en la génesis de las civilizaciones americanas, lógicamente, fueron definitivas.

Vistas con criterio estrecho o simplista las proposiciones de Heyerdahl pueden parecer aventuradas o poco probables; si se consideran, en cambio, en un panorama más vasto, son más factibles y no deben desecharse *a priori*. Si un grupo de cromagones pudo atravesar el Atlántico en la prehistoria y unos siglos antes de Cristo los fenicios desembarcaron en Brasil y los vikingos lo hicieron en las costas atlánticas de Norteamérica unas cuantas centurias antes de que Colón abriera las puertas del Nuevo Mundo para los hombres del Renacimiento, bien pudieron llegar a América por el Atlántico medio las ingeniosas barcas de papiro de inspiración egipcia. Conviene más considerar estas cuestiones, me parece, como parte de un vasto proceso irreversible en que oleadas humanas cubrieron la superficie del globo llevadas por un incontenible avance dentro de un Universo en cuya trama —dice Teilhard— el hombre está íntimamente comprometido.

Filosofía



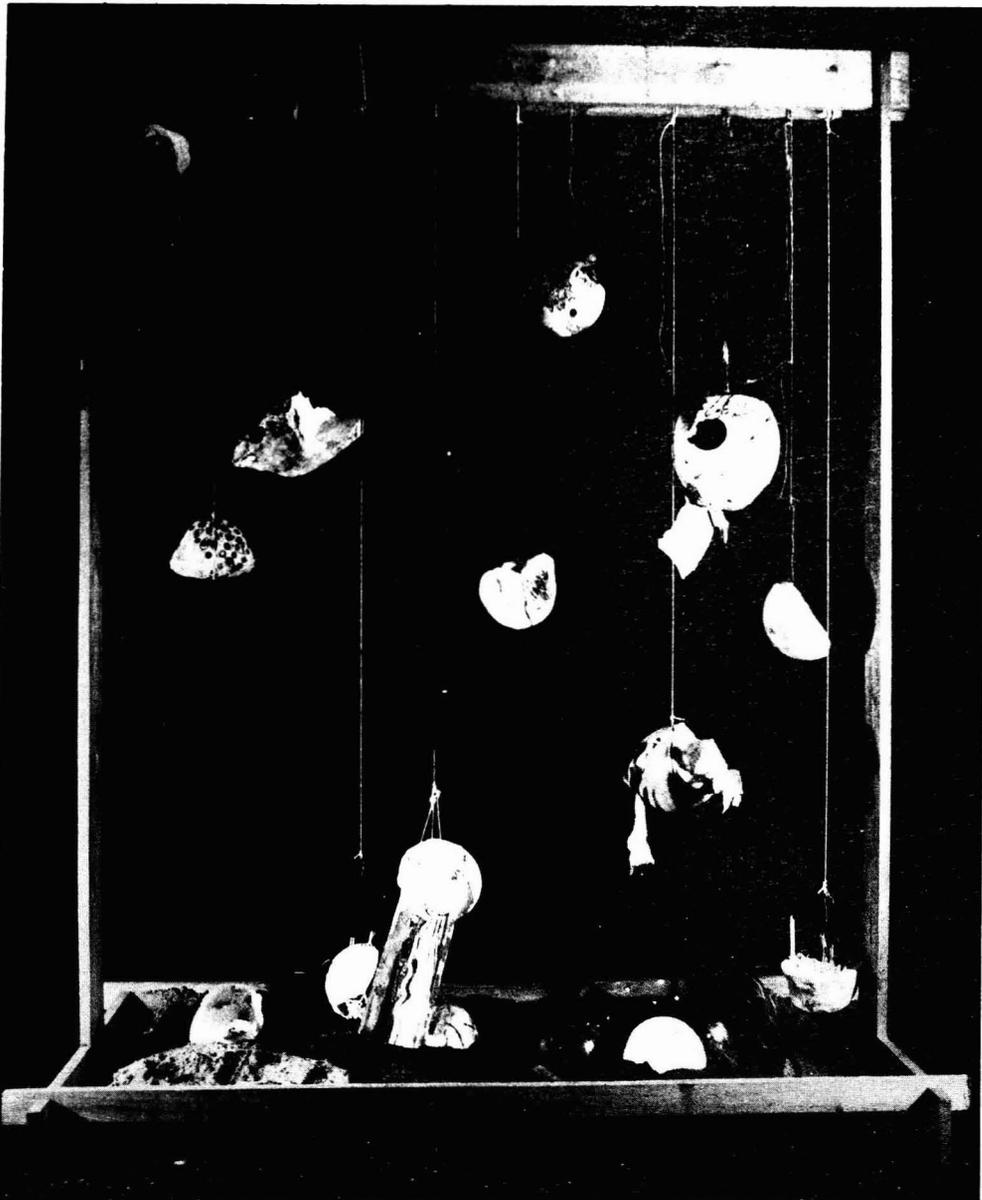
Orden y progreso

Por Juan Garzón Bates

La filosofía no es ni virgen ni pura. Toda filosofía, a pesar de sus pretensiones de verdad eterna, muestra tarde o temprano su dependencia de estructuras sociales e intereses políticos. Que apoye aquella pretensión en la revelación divina o en la mitología surgida de las ciencias naturales, es muestra de su pertenencia a una época teológica o a un mundo tecnocrático. El filósofo abstracto, sin embargo, a nada teme tanto como a verse reflejado en el espejo de su posición política. Tal parece que todas sus ilusiones se hacen añicos, que la más cara idea de sí mismo se distorsiona cuando contrasta su imagen ilusoria con su imagen real. Cuando una filosofía y un mundo se corresponden, al grado que los hombres de una sociedad se reconocen en una tendencia filosófica, resulta difícil romper la ilusión, pues aquellos hombres aman la imagen que ésta les proporciona y gustan ver su mundo presentado como eterno y justificado. Pero cuando la sociedad no puede contemplarse en una filosofía, porque ésta no es su imagen reflejada sino el modelo propagandístico que se le quiere imponer y con el que se le pretende fascinar, el sofisma de la independencia de una filosofía respecto a la situación social aparece claramente, incluso en las expresiones de los mejores representantes de dicha filosofía.

Una tendencia del pensamiento contemporáneo, de gran éxito en los países de alto desarrollo técnico, es la surgida de algunas expresiones del filósofo alemán F. Brentano y de una peculiar interpretación de la filosofía de Husserl, consolidada como escuela en el Círculo de Viena y desarrollada hoy, con variados matices, como "filosofía científica", o "filosofía en sentido estricto", "filosofía crítica" o, finalmente, "filosofía analítica". Caracterizada fundamentalmente por su apego a los métodos y criterios de las ciencias naturales, o al menos por la pretensión de alcanzar el mismo tipo de rigor que éstas, es la expresión más acabada del universo tecnológico. En México, esta tendencia se encuentra representada por pensadores de indiscutible nivel intelectual. En un libro publicado recientemente* Fernando Salmerón se encarga de mostrar la fuerza y la debilidad de dicha corriente del pensamiento contemporáneo, y muestra contradicciones en las que, necesariamente,

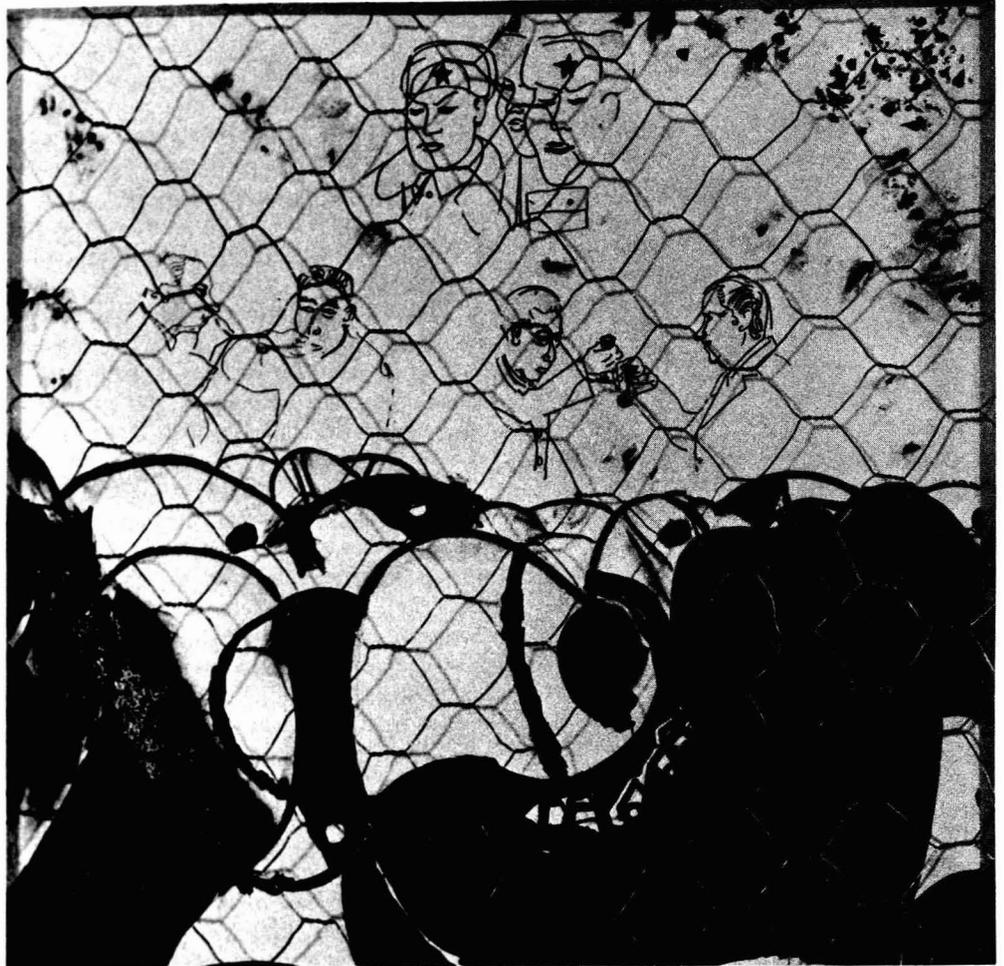
* Fernando Salmerón: *La filosofía y las actitudes morales*. México, Siglo XXI, 1971. 173 pp.



incurrir este modo de pensar. El desnivel existente entre los prerequisites prácticos de la filosofía "científica" y la realidad práctica del país, desnuda la relación que, en otras condiciones, podría velarse mejor.

El libro es la recopilación de tres ensayos, dados a conocer en los años 1966, 1967 y 1968. Los tres ensayos, aunque diferentes, encuentran su hilo conductor en una idea que sustenta la unidad de pensamiento del autor. Esta idea clave es la distinción entre "filosofía en sentido estricto" y "filosofía de las concepciones del mundo". Esta distinción que, según el autor, marca un término y un nuevo punto de partida de la reflexión, es el fundamento de la nueva filosofía, llamada genéricamente "crítica". Dice Salmerón: "La conciencia moderna ha realizado en forma definitiva la separación de dos ideas que permanecen muy próximas, pero que ya no pueden ser mezcladas: la idea de ciencia y la de concepción del mundo." (p. 13). La filosofía científica, ocupada de los problemas de la ciencia y de cuestiones que pueden ser resueltas "científicamente", se desliga de los problemas políticos y emocionales, no interviniendo en estos asuntos. En las filosofías como concepción del mundo, el hombre pretende, por el contrario, "comprender a un tiempo el destino de sí mismo y el destino del mundo, por ello presentan entrelazadas sus ideas sobre la estructura última de la realidad con principios de valor y con ideas morales que dan razón de la conducta de un individuo o de una comunidad entera. (...) Igualmente puede decirse que los principios y los ideales que este hombre adopta son inseparables de sus actitudes morales e integran un todo orgánico con sus creencias, a veces con sus argumentos y con la información de que disponen acerca de la realidad. (...) Es también una manifestación cultural ligada estrechamente a una circunstancia histórica y, por lo tanto, necesaria para entender el desarrollo de determinadas comunidades humanas, inclusive de naciones enteras". (p. 107) Esta última característica parece de particular importancia, puesto que se insiste en ella como radicalmente opuesta a la idea de ciencia. La ciencia es "una tarea que (...) no queda limitada por ninguna referencia al espíritu de una época". Esta distinción, que pone a la filosofía científica fuera del alcance de objeciones políticas, resulta difícil de sostener.

Resumamos lo dicho por el autor sobre las concepciones del mundo. Ellas están, en primer lugar, vinculadas esencialmente a una circunstancia histórica y surgen de valoraciones y actitudes prácticas de dicha circunstancia. La descripción, aunque incompleta, es justa. Falta ver si, en rigor, la filosofía científica se opone realmente a la antes descrita, y no es otra distinta concepción del mundo. Si ella no surge de una determinada actitud históricamente condicionada, flota no sabemos dónde desde toda la eternidad y hace su súbita aparición, no sabemos cómo ni por qué, para iluminarnos. Salmerón no puede aceptar esta conclusión y, por lo tanto, se contradice. Como él lo expresa, "El desarrollo de la ciencia y la tecnología en las sociedades



industriales ha contribuido de modo decisivo al surgimiento de una actitud filosófica cuyos rasgos más notables hemos tratado de registrar al comienzo de este párrafo. Y, recíprocamente, la filosofía contemporánea nacida de esta actitud, que ha abandonado las formas de pensamiento características del siglo XIX, es excepcionalmente favorable a la constitución y al desarrollo de la sociedad industrial." (p. 97) Según el autor, la filosofía científica es la concepción del mundo de la sociedad industrial. La diferencia se borra.

Pero si en una verdadera sociedad industrial, en donde los individuos se reconocen en la imagen unidimensional que les brinda la filosofía "crítica", la función práctica y política de este modo de pensamiento permanece oculta, cuando se revela una inadecuación entre la teoría y la vida real aquella función aparece con toda nitidez. El papel que en este caso juega la filosofía es el de "preparar" la llegada de la sociedad industrial. No solamente acepta como valores últimos los de dicha forma social y la actitud deseable en esa estructura, sino que busca "eliminar una serie de obstáculos que mantienen un ambiente de hostilidad hacia la ciencia y, finalmente, (...) contribuye de una manera fundamental, por encima de cualquier otra disciplina, a fortalecer un ambiente de cultura que valora muy altamente la racionalidad científica y el progreso social". (p. 97) Los obstáculos son de carácter político, puesto que es desde este nivel que la "sociedad industrial" es impugnada. Presentar unidas las ideas de "racionalidad científica" y "progreso social" es ocultar que, en el fondo, el desarrollo social es un problema de opción política. Por eso resulta importante para esta filoso-

fía rechazar "la interferencia de otras agencias extracientíficas que no se conforman con estimular sus avances sino que intentan alterar sus metas o interrumpir la continuidad de la investigación". (p. 67)

Las pretensiones de la filosofía "crítica" se apoyan fundamentalmente en los desarrollos —aparentemente incondicionados y neutrales— de las ciencias de la naturaleza. Esto la conduce a argüir la *verificabilidad*, en el sentido en que dichas ciencias la entienden, como criterio último frente a otras filosofías. Examinemos este nuevo argumento: "Utilizando la terminología de Popper, se diría que estas doctrinas son por definición irrefutables, en el sentido de que no pueden ser sometidas a prueba para mostrar su incompatibilidad con algún enunciado de la experiencia." (p. 149) Establecida la verificabilidad de las ciencias como criterio último de validez de un pensamiento, el procedimiento posterior es claro. Pero justamente es esto lo que hay que discutir, si no queremos movernos en un *circulo in probando*. El valor incondicionado de las ciencias es, justamente, el *prejuicio* que justifica toda la ideología tecnocrática. Y es un prejuicio doble: por una parte, se pretende extender una metodología particularmente *eficaz* en el manejo de cosas, a todo tipo de problemas; por otra, una determinada manera de aprehender el mundo, típica de un momento histórico, es extrapolada fuera de la historia para juzgar, a partir de sus criterios, tanto el pasado como el futuro de la humanidad. Este procedimiento resulta bastante plausible para presentar como eterno un sistema socialmente condicionado, y para poner *hors de cause* las cuestiones que no pueden ser debidamente manipuladas y controladas por

dicho sistema. En el fondo, aquí se repite el prejuicio medieval. Si en un tiempo la vida se vivió *sub-especie aeternitatis*, hoy se vive *sub-especie tecnica*.

El primer prejuicio consiste en la valoración irracional de un método racional, y en la extrapolación de la lógica de una región de estudio a otra. Los métodos que sirven para estudiar el nivel de las cosas con pulcritud, no tienen por qué servir, sin embargo, para ocuparse de realidades tales como la poesía, los sentimientos, lo reprimido, los deseos, la historia, la política, etc. A la realidad en su conjunto se pretende, a pesar de esto, aplicar criterios y modelos que proporcionan resultados en el nivel de tipo de ciencias y "cuando tales soluciones no son posibles, la filosofía en sentido estricto, como ciencia, tiene que decir que el problema no puede ser resuelto y considerar que su respuesta es completa." (p. 170-171) De este modo se eliminan del discurso todos aquellos contenidos que no son, en sentido estricto, cosas, o estos contenidos son manejados como si fueran cosas.

La realidad del hombre que hace ciencia, la aplica como técnica, domina la naturaleza y *hace* historia tiene, necesariamente, que ser aprehendida a partir de criterios y valoraciones adecuados a su modo de ser; esto es, como objeto especial requiere de una lógica especial. En todo el campo de lo que podríamos llamar ciencias humanas, se trabaja con métodos específicos. Pero estos desarrollos teóricos plantean constantemente la crítica del sistema y escapan a los marcos de lo deseable para dicho sistema. Si consideramos como criterio último el tipo de verdad de las ciencias que se han desarrollado en el capitalismo occidental, la filosofía analítica —o filosofía "crítica"— es *irrefutable*. Si, por el contrario, nos proponemos la crítica a fondo de dicho sistema, debemos recurrir a otros marcos de

referencia, a otra metodología y a otros criterios.

El segundo prejuicio es, tal vez, el más difícil de desterrar. Como hombres del siglo XX, tenemos la tendencia psicológica a considerar nuestra época como la cúspide de un desarrollo ineluctable que la tenía como fin, y a considerar nuestro modo "científico" de conocer la realidad como el único válido, juzgando a partir de este criterio tanto el pasado como el futuro. Sin embargo, esta consideración que reduce a Heráclito y Parménides al nivel de otontes subdesarrollados, y convierte a los hombres del futuro en repeticiones de lo que ahora somos, carece de bases. No podemos rastrear como elementos verdaderos en la filosofía griega aquellos elementos que puedan equipararse a los resultados de la actual física atómica; el procedimiento parece ser el inverso: captar como la verdad propia de una época el conjunto de métodos que ella tenía para dominar su medio y vivir en él, puesto que ésta era su apertura a la realidad. Porque la "realidad" es siempre realidad socialmente organizada, no podemos privilegiar ahistóricamente las verdades abstractas de la ciencia actual como eternamente válidas; hacerlo, equivale a considerar eterna e indestructible nuestra organización social actual. El sofisma cientificista aparece claramente cuando el autor del libro comentado enfrenta los descubrimientos actuales de las ciencias —que él considera la descripción de la realidad "en sí"— a las filosofías del pasado. Estas son, según el autor, expresiones puramente imaginarias o emotivas de actitudes prácticas y "a pesar de contener elementos cognoscitivos, las expresiones de las actitudes no son una descripción estricta de la realidad, cualquiera que sea la relación que mantengan con ella." (p. 143) El argumento es evidentemente falaz, si pensamos que la realidad no es nada independientemente de los hombres

y de su organización social. El doctor Salmerón nos presenta "la realidad", tal y como la conoce un determinado desarrollo de las ciencias en una muy concreta organización social, como el paradigma de la verdad. Tal parece que, en este caso, el conocimiento de la realidad no tuviera relación alguna con nuestra organización social.

Claro está, situados en un "modelo" como paradigma, es posible lograr desarrollos teóricos sumamente coherentes. El doctor Salmerón es un intelectual de indiscutible nivel y, en el tercer ensayo, que da su título al libro, logra efectivamente aportar una serie de análisis al punto de vista de la filosofía "crítica". El minucioso análisis del significado y función de términos como "actitud" y "actitud moral", basados en clásicos de esta corriente de pensamiento como Ramsey y en los psicólogos conductistas, contribuye a afinar muchos conceptos respecto a la función de las creencias. Pero el problema de base, que no es propio del autor como individuo sino de toda la tendencia que él representa, es justamente el del prejuicio que analizamos y sus consecuencias ideológicas. La pretensión de esta filosofía, de ser la propietaria y gerente de la realidad, pasa por alto que ésta es la de un mundo determinado y concreto, conocido por medio de la imaginación, la poesía, la magia, el mito, o la razón técnica de occidente. Y el ocultamiento de este hecho tiene una función práctica y política: presentar como eterna y a-histórica la realidad en que vivimos. La filosofía que pretende ser la superación de toda la metafísica y de toda concepción del mundo, se muestra como la concepción del mundo propia de la sociedad industrial y como "la peor de las metafísicas". Deshistorizando la realidad del pasado, proyecta hacia el futuro el estado de cosas presente como una *utopía quietista*, que nos presenta su rostro en la *ciencia ficción* de A. Huxley. La crítica de este modo de pensamiento, tiene que situarse en un nivel que escape al *sofisma* que presenta como eterna y necesaria la situación actual, mostrándola como transitoria y revocable. Lo primero en este sentido, es desmistificar el lenguaje científico que, gracias a su *valor emocional*, apoya el conformismo social y deforma las posibilidades de cambio real.

El valor emocional de las ciencias, apoyado en los logros de la técnica, que en México goza el 11% de la población, nos hace olvidar que la realidad es "*objetividad social*", lo que significa que el conocimiento de la realidad, sin el cual ésta no es, no depende de las estimaciones individuales y subjetivas, sino que está condicionada por el nivel del desarrollo histórico y social de los hombres y es expresión de relaciones y situaciones sociales. En este sentido, presentar como naturales y necesarias ciertas condiciones surgidas del desarrollo histórico de occidente, es una posición ideológica conservadora. Esta posición, contra lo que aparenta, no es "la más actual". Surgida en el siglo XVIII, junto con el desarrollo del capitalismo y la industria, subsiste en tanto quiere presentar situaciones sociales establecidas en aquella época. El verdadero pensamiento actual tiene que saltar los marcos



de referencia de la sociedad industrial, no rechazando los grandes logros de los últimos siglos sino integrándolos en una concepción más amplia. Esto quiere decir que, frente al intento de *naturalizar* los problemas humanos, tratando los asuntos políticos e históricos con los criterios de las ciencias naturales y la técnica, es necesario controlar políticamente los desarrollos de la técnica y la industria. El desarrollo de las ciencias humanas politizadas es el presupuesto del cambio revolucionario. Porque la revolución implica *asumir una libertad y proyectar* situaciones nuevas a realizar.

Decíamos antes que en una sociedad industrial real, la filosofía analítica, científica o "crítica", encubre fácilmente su función política. Si el hombre real de una sociedad es cada día más unidimensional, si día con día se enajena más en la técnica, se reconocerá fácilmente en la imagen descualificada que de él da esta filosofía. Pero cuando ella es el "modelo", el "arquetipo" impuesto por la publicidad, esta filosofía se convierte en "conformadora", en "pedagógica" en el peor sentido de la palabra. Así, esta filosofía se integra como instrumento del "desarrollismo" mexicano, característico de tendencias políticas muy definidas. Veamos el contenido educativo de esta filosofía, siempre siguiendo el texto del autor. En primer lugar se presenta "el desarrollo de la sociedad industrial como un horizonte abierto, como un mecanismo que no tiene en sí mismo su término y que se alimenta simultáneamente de dos fuentes: la investigación científica y el cambio social". (p. 60) El cambio social, en un desarrollo infinito significa: aumento de la productividad y de las ganancias. Un cambio que rompa con este "horizonte abierto", que cambie efectivamente la vida, no es pensado. El significado de esta filosofía es, pues, desarrollar al país, sin tropiezos políticos, al nivel de la sociedad industrial.

Sin poner en crisis un "modelo" de desarrollo tecnológico, la filosofía "crítica" asume su papel formativo de los individuos. Se tratará de des-sensualizar al individuo, de condicionarle una actitud psicológica, pues "tal disposición psicológica está a la base del progreso de las sociedades industriales y a la base de su desarrollo. Hasta el punto de que un sociólogo de la mayor autoridad en estos asuntos ha dicho hace poco que la distancia verdaderamente decisiva en los niveles de desarrollo de los distintos países podría medirse —aunque constituya una unidad de medida demasiado sutil— por el grado mayor o menor de la 'preformación científica de la vida' manifiesta en ellos." (p. 61)

En esta "preformación" de la vida, la filosofía "crítica" (?) encuentra su función social, pues "separadas las tareas, la filosofía guarda su interés predominantemente cognoscitivos y permanece en posesión de los instrumentos del análisis. Con estas armas cumple, en primer lugar, una función pedagógica". (p. 170) Reconocida la función social de la filosofía, y al no criticarse la organización económica y política de la sociedad, ella se incrusta "en la división social del trabajo, cuyo régimen de ocupaciones tiene una indudable relación con las



divisiones del conocimiento científico en especialidades. Y dependiendo del régimen ocupacional, todo el sistema educativo, que funciona como *órgano de selección social*, se estructura también para desembocar en un sistema de profesiones especializadas de base científica." (p. 60-61) Se respeta el "modelo" de desarrollo, se respeta su división jerárquica del trabajo y, en consecuencia, la educación que se programa es "elitista" ya que, como dice el autor, "la ciencia se integra dentro de la estructura institucional de la educación, también con importancia creciente, y comparte con otros elementos culturales la función de educar a los miembros más jóvenes de la sociedad, en especial a los grupos dirigentes." (p. 64)

A confesión de parte, relevo de pruebas, reza un antiguo dicho jurídico. La filosofía, de la cual hemos analizado en sentido general una de sus expresiones mexicanas, tiene amplios antecedentes en el país. El autor nos recuerda sus antecedentes ideológicos. Pero al decir qué escuelas filosóficas reconoce como tradición y cuáles rechaza, olvida, sin embargo, señalar a qué fuerzas sociales se han ligado estas corrientes del pensamiento. Dice el maestro que "Durante los últimos sesenta años han dominado la vida académica de México algunas de las corrientes filosóficas menos favorables al desarrollo de la investigación científica, no sólo por sus métodos peculiares, sino sobre todo por su temática, muy alejada de los problemas filosóficos que surgen de la marcha de la ciencia." (p. 98) Anteriormente

(pp. 86-90), se ha presentado un breve análisis histórico de la filosofía en México que postula como criterio de validez de una filosofía su mayor o menor cercanía a las ciencias naturales. Es indudable que una de las formas de pensamiento más cercano a estas ciencias, y a la industria, fue el positivismo, filosofía oficial en México durante el porfiriato. Es cierto también que esta filosofía, sustentada por el llamado grupo de los *científicos*, fue criticada, en 1910, por el maestro Justo Sierra en su discurso de apertura de la Universidad. Sobre el papel del positivismo, Leopoldo Zea ha publicado un magnífico trabajo (El positivismo en México) que nos dispensa de insistir en el tema. En los últimos sesenta —o setenta— años, la pluralidad ideológica se ha preservado. Todas las corrientes filosóficas se han debatido, incluidas las diversas formas de positivismo. Los últimos treinta años de la vida filosófica de México se vieron enriquecidos por la aportación de maestros como José Gaos, quien introdujo el estudio serio de Hegel y Heidegger. El marxismo se discute libremente en la facultad. Por eso, cuando Salmerón afirma: "lo que interesa es llamar la atención sobre la inminencia de un cambio de orientación de los estudios filosóficos y sobre la manera de acelerarlo" (18), algunos nos alarmamos. Parece que la historia se repite, y que si no estamos ante "la apertura de una ilusión", sino ante la ilusión de una apertura, tendremos que escoger entre dos lemas: *Orden y progreso* o *¡cambiar la vida!*



Entre el medio tono y la agresividad

Por Gabriel Careaga

Uno de los fenómenos sociológicos más importantes de los últimos años en México es, sin duda alguna, el surgimiento de la clase media como grupo inconforme y crítico del sistema político. Por esto es importante estudiar y analizar al grupo social que ha planteado algunos de los conflictos más significativos en los últimos años dentro de la política mexicana. De todo eso se ocupa el libro de Francisco López Cámara: *El desafío de la clase media*. * De hecho, uno de los primeros estudios que se hacen entre nosotros sobre las características sociales y

*Francisco López Cámara: *El desafío de la clase media*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1971, 104 pp.

políticas de este grupo que puso en crisis al sistema a través del movimiento estudiantil de 1968.

Francisco López Cámara, con acierto, hace un recuento de algunas de las más importantes y contradictorias hipótesis que se han venido manejando sobre la clase media en América Latina. Por una parte, se encuentran aquellas teorías que consideran a la clase media como un grupo social capaz de modernizar y estabilizar a la sociedad. Por otro lado, serían estas clases el resultado del crecimiento y desarrollo económico. Según la anterior hipótesis, las clases medias "han sido, en el siglo XX, un producto directo del desarrollo tecnológico, la expansión industrial, el crecimiento y diversificación de los sistemas educativos y, en fin, las nuevas atribuciones y funciones del Estado, sin especificarse con mucha claridad las razones históricas de esta modificación política". Esta hipótesis está ligada a la ingenua idea de que el capitalismo clásico podría darse en las condiciones históricas de explotación, imperialismo y dependencia en que se encuentra actualmente América Latina.

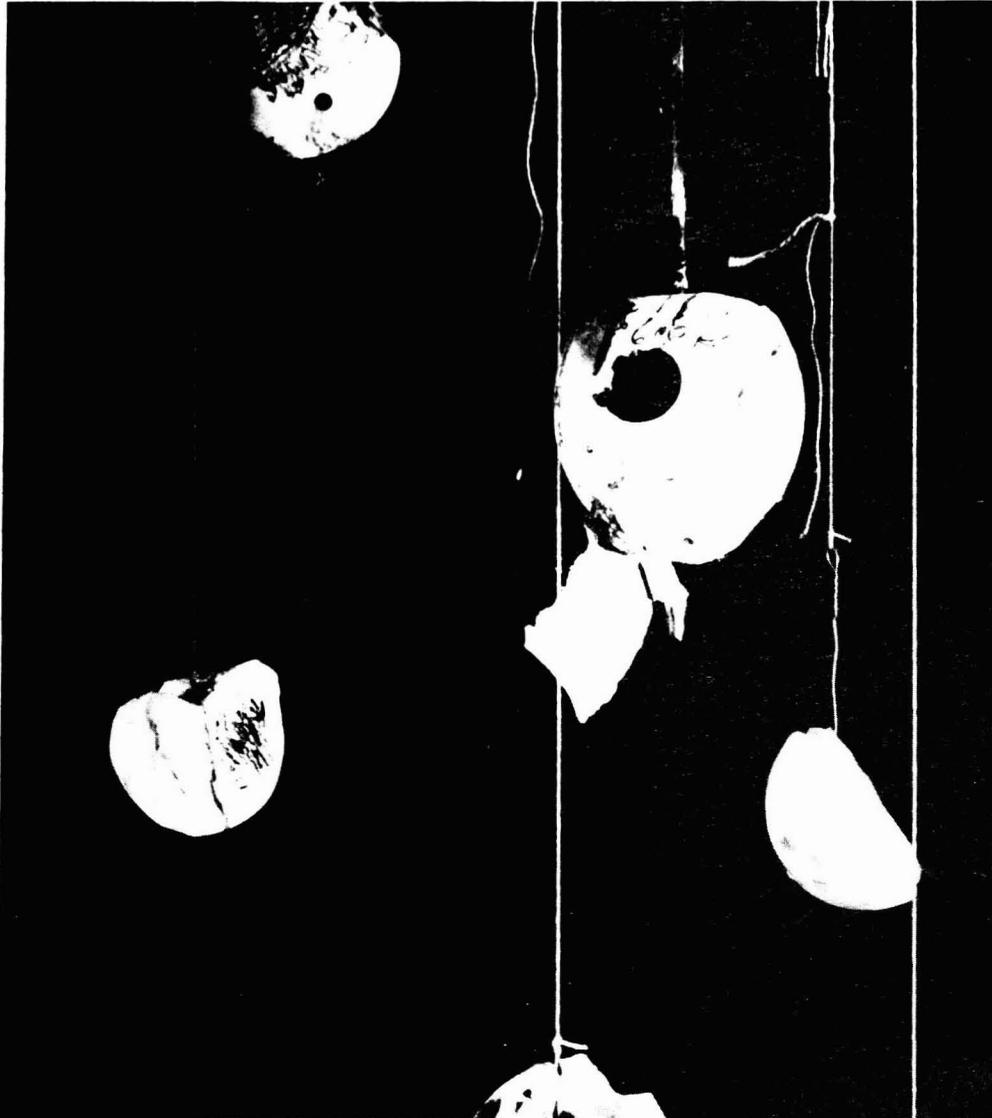
Pero hay otros tipos de hipótesis que los sociólogos han denominado "alternativas". En éstas, la clase media sería, en una primera etapa, un grupo que apoya los cambios sociales, pero en una segunda etapa, ya satisfechas sus aspiraciones, se aliaría con sectores tradicionales que de ningún modo están a favor del cambio social y de la modernización. Hoy en día es un hecho histórico que la clase media en América Latina es conservadora y

profundamente autoritaria.

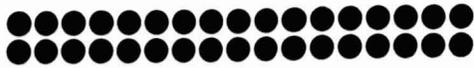
En el caso concreto de México, López Cámara subraya que la clase media es uno de los resultados más espectaculares de la Revolución Mexicana y su política social. Sobre todo a partir del gobierno de Avila Camacho se empezó a formar este grupo social a través del desarrollo del sector terciario —burócratas, "profesionistas", técnicos, intelectuales, secretarías, empleados, pequeños comerciantes— que configuraron a la clase media hasta nuestros días en que existen 10 millones de personas que pueden considerarse de esa clase: "La clase media resultó favorecida en todos sentidos: hacia arriba, escaló rápidamente los peldaños que conducían a la integración de una nueva burguesía mexicana; hacia abajo, recibió desde luego el apoyo decidido de las clases populares para conducir sus demandas y, de ese modo, extender y consolidar su situación de sector privilegiado. La política de desarrollo económico fundada en la industrialización, las obras de infraestructura y la ampliación de los servicios públicos, estimuló desde luego la formación de una burguesía nacional incipiente, pero también trajo consigo el crecimiento automático de las clases medias. La política de beneficio social, si ciertamente favoreció a sectores importantes de las clases populares, fue mucho más generosa con los grupos medios de la población, a los cuales dotó de mejores instrumentos para su absorción ocupacional (educación técnica, cultural, alojamiento urbano, distracciones)." Pero esta clase media que ha sido muy favorecida en los últimos años, se ha sentido insatisfecha, frustrada social y políticamente. Se ha marginado del poder; no siente que participa y se ha convertido en grupo crítico.

Sus fantasías políticas le han hecho en ocasiones pensar que la solución a los problemas políticos del país es un gobierno fuerte y autoritario, a imaginar utopías socialistas sin ningún sentido histórico o a concretarse en críticas de tipo sentimental sin ningún fundamento histórico social. Pero la frustración política de la clase media se ha objetivado sobre todo en su núcleo más despierto y sensible: los estudiantes. De ahí que una parte del libro se dedique a explicar la rebeldía y el malestar estudiantil en 1968.

En resumen: *El desafío de la clase media* es un sugestivo e importante libro que nos explica y describe algunas de las características sociológicas de este grupo social. Sus aspiraciones, sus sueños y sus conflictos políticos. Y también sus posibles salidas sociales. Por una parte estaría el camino del radicalismo de los estudiantes, de los intelectuales y de muchos sectores de la burocracia que aspiran a un desarrollo democrático y más igualitario. Pero está también el camino de los que realmente no están politizados, que se sienten frustrados y desesperados, y que pueden apoyar una política autoritaria y antidemocrática como ha sucedido con otras clases medias en Italia, Alemania o en América Latina. Mientras la clase media no piense en términos políticos y no sea parte de una realidad social, se seguirá sintiendo atrapada, temerosa y desesperada, no podrá captar el origen de sus trastornos histórico sociales; por lo pronto, seguirá viviendo a través del puro melodrama.



Teatro



Experimentos de espectáculo total: Ramos, Carbajal, Weisz

Por Malkah Rabell

Malas o buenas, logradas o vacilantes, las experiencias teatrales en México suelen presentarse en hornadas, en rachas, en grupos familiares, emparentadas por las mismas fuentes, hermanadas por las mismas finalidades. En los últimos meses, de repente, uno tras otro, varios grupos experimentales emprendieron la misma vía de búsqueda, la que en Europa y sobre todo en Francia, los teóricos del teatro dan en llamar ambiciosamente: *Espectáculo total*.

¿Qué es un espectáculo total?

Desde más de un siglo, desde más o menos 1850 hasta nuestros días los más diversos experimentadores en el campo escénico buscan la esencia pura del teatro, tratan de llegar a su meollo, intentan nutrir el teatro por el teatro mismo, y a veces en esa lucha sublime lo dejan morir de hambre. Características similares se repiten en todos los ámbitos del arte del siglo XX: teatro por el teatro, pintura por la pintura, arte por el arte... ¿Cómo lograr esta pureza específicamente en el teatro? Para unos por medio de un divorcio entre espectáculo y su condición dramática, nacida de una obra literaria que puede ser un valor independiente. Para otros, en su "desrealización" que a menudo se vuelve tan radical que tiende directamente a la destrucción de la obra. Ora es el autor a quien se considera el enemigo número uno de un teatro que busca su esencia, y se presenta como ejemplo de la *Commedia dell'Arte*; ora es el actor a quien se trata de reemplazar por marionetas, y se cita desde los primeros intentos de Gordon Craig hasta los últimos logros de Michael Meschkes en su *Marionetten-Theater* de Estocolmo, desde los escritos del romántico alemán Kleist hasta el Bunrakuza de Osaka, esas marionetas japonesas de un metro cuarenta, manipuladas por tres hombres, desde el Guiñol hasta el *Bread and Puppet Theatre* en los Estados Unidos. Desde años, el teatro se desgarró a sí mismo ante el enigma por resolver: ¿cuerpo o mente? ¿movimiento o palabra? ¿circo o literatura? Después de varias décadas de predominación de la palabra —desde aquel "Teatro de los conversadores" donde la elegancia de la expresión se aunaba a los juegos "d'esprit", con Bernard Shaw, Giraudoux, Oscar Wilde y hasta Pirandello como sus representantes más brillantes; hasta los existencialistas que le dieron a la palabra un significado filosófico, y Brecht que le dio un contenido político, y por fin

el teatro del "absurdo" que empleó el "festival político de las palabras" para demostrar la vaciedad de las mismas—, por fin llegó el momento cuando el cuerpo y el movimiento físico trataron de imponerse, de recuperar su importancia como materia prima del teatro. Corriente esta última que nació en los Estados Unidos después de la segunda guerra mundial, primero con los "happenings", luego de la comedia musical —ya tradicional, hasta donde se puede hablar de tradición en el vecino país— pasaba, a través de una depuración intelectualizada, a las aventuras del Green Village. Distintos ensayos bajo sus diversos prismas artísticos, desde la austeridad creativa de Julian Beck, puesta al servicio de una posición política, en el Living-Theatre, hasta todas las demás experimentaciones juveniles de protesta, con sus filosofías exóticas a flor de piel, sus erotismos como reacción al puritanismo sajón, sus militancias pacifistas, sus influencias hippies, todos ellos, desde *Hair* hasta la *Serpiente* del Open Theatre, desde los cafés *Mama* y *Ciano* hasta *Stamps* y *Calcutta* se expresan más con el cuerpo que con la palabra, más física que verbalmente.

En esa orgía de los experimentos, donde el teatro a veces se halla al borde del caos, y otras veces en la cima de lo sublime, experimentos que dan a veces la supremacía al texto, otras veces al director, y en otras oportunidades al actor, en las últimas etapas se impuso la "fiesta absoluta", el Luna Park desbocado, el espectáculo total, que aúna las más variadas artes del espectáculo: circo, vodevil, música, danza, acrobacia, pantomima, improvisación y drama.

El aluvión de lo "total" se inició en México en este 1972, con un espectáculo dirigido por un joven director novel, aunque ya con cierta experiencia en el campo de la actuación: Adrián Ramos, a la cabeza de un grupo de alumnos de la Escuela de actuación del INBA. Bajo el fantasioso título: *Oceanic 13*, que probablemente nada significa, la finalidad del conjunto tendía a crear una representación improvisada. Quizá la expresión no sea del todo exacta, ya que ese *Oceanic 13* partía de un tema central en torno del cual en el transcurso de varios meses de ensayos se fue creando casi una obra colectiva que no todo lo dejaba a la inspiración del último momento. Con lo que se diferenciaba de las tentativas que realizaron en París numerosos representantes de post-mayo 1968, con sus montajes al estilo de periódicos orales, con sus improvisaciones colectivas donde al azar de las pasiones momentáneas se citaban textos de los nuevos profetas revolucionarios. O bien los textos quedaban del todo suprimidos, cuando no reducidos a su mínima expresión, dando prioridad a los simples gritos y a los movimientos corporales, en una furiosa tentativa de penetrar en el trance al estilo de las ceremonias o voodoo y de las enseñanzas grotowskianas, aunque todo ello por completo ajeno al profesionalismo y a la perfección del director polaco.

El tema central de ese *Oceanic 13* trae a escena la historia de un alma trashumante que, después de vagar por los limbos, vuelve a la tierra con la esperanza de que ahora, provista de vieja experiencia, adquiri-

da en la vida anterior, todo será distinto. Pero su ángel guardián sabe que nada cambiará. En la primera, segunda o cien vidas sucesivas, si éstas le fueron dadas para vivir, el hombre continuará siendo el mismo, y transitará por las mismas vías de sus inicios. El ángel tenía razón, el alma trasmigrada vuelve a todas sus debilidades y ni el ángel guardián, ni cien ángeles más serían capaces de sujetarlo. Y termina esta alma en pena por estrellarse en los espacios junto con toda la humanidad.

La idea motor es válida, graciosa y hasta angustiante. Mas, ¿cuál fue el método para realizarla? Aullidos, exorcismo, agitaciones epilépticas, gritos en profundidad, en fin el don completo de sí mismo tal como lo quiere Grotowski, hasta retorcimientos de la cara, con la boca abierta y los ojos en blanco como lo señalan fotos de las clases grotowskianas, El deseo de arrastrar al público en el juego, como lo sugiere Artaud, es otra de las características del espectáculo. Pero, ya en la segunda representación no existía el entusiasmo que acompañó al estreno, cuando el público estaba dispuesto a participar, a lanzarse sobre el escenario al final para gritar, bailar y abrazarse con los intérpretes. Ya en la segunda representación la cuarta pared pareció surgir entre espectadores y escenario. El mejor logro de la juvenil empresa fue ese sentimiento de amor al hombre, con su angustia frente al infinito de un mundo adverso y desconocido; fue esa voz popular que no dejaba de ser mexicana, pese a los excesivos anglicismos e imitaciones del modo de ser de nuestros primos de allende el Bravo. Características muy a lo Julio Castillo, lo que no dejaba de ser natural, ya que Adrián Ramos es discípulo del director consagrado con *Cementerio de automóviles*.

Mucho más ambiciosa, la empresa de Roberto Carbajal se encierra en la modalidad de "teatro de un solo hombre": director-autor. Aquí el conjunto pasa al segundo plano y sólo es un elemento dúctil entre las manos del realizador. Ya el título de la obra: *Señora Ascuá del arcano naciente*, nos introduce en las intenciones y peculiaridades de Carbajal: un excesivo rebuscamiento intelectual que llega a la pedantería. Si otros grupos experimentales en el México de última hora al transitar por vías semejantes sólo han logrado el *show*, por cierto un *show* de protesta, con un lenguaje que a menudo llegaba a lo primitivo y casi infantil, Carbajal cae en el pecado opuesto: sus búsquedas lo llevan al rebuscamiento, al hermetismo más completo y complejo, es decir a una atmósfera rarificada donde el teatro se asfixia en su propia pureza.

El error de Carbajal empezó con el texto. Creyó que sólo él mismo podía expresar lo que lleva por dentro. Y no resulta lo mismo trabajar con escritos por Shakespeare, Giraudoux o Beckett, que con un escrito de autor novel como el mismo Carbajal. Este tiene 23 años y sus conocimientos son mayormente abrevados en las fuentes librescas. Su experiencia se limita a dos montajes: *La alondra* de Anouilh y *Los viaductos de Seine y Oise* de Marguerite Duras. Sin duda tiene talento, valor, inquietud, amor al teatro, e imagina-

ción; su espectáculo contiene hallazgos, a veces bellezas plásticas, contó con una hermosa escenografía y con un grupo de actores jóvenes llenos de entusiasmo que se han sometido con disciplina de hierro a duros ensayos durante meses sin otra compensación que el efímero goce de enfrentarse a la presencia del público. Mas, Carbajal carece de dos elementos primordiales: la experiencia, que sólo se adquiere en el ejercicio diario de una profesión durante mucho tiempo, tal vez años, y que hoy, ante el incentivo de "todo y de inmediato" ya ningún joven desea tomar en cuenta. Y algo más le hace falta, que sólo los años, la vida, el dolor enseña: la humanidad, la humildad, la comprensión profunda del hombre, ausentes en su petulante reunión de esoterismos, en su intelectual desfiguración de la imagen del hombre, en sus símbolos a veces demasiado obvios y otras veces excesivamente cargados de significado. Todo este texto sobrecargado de hermetismos, no pudo reemplazar un solo momento de auténtica presencia humana.

El experimento de Gabriel Weisz, *Golem*, ya se acerca a grandes pasos al logro, a la perfección. Responsable del texto, no obstante no se le puede llamar autor dramático, ya que no se trata de una obra original sino de un "collage" donde intervienen escritos diversos, noticias periodísticas, informes científicos, parlamentos de

distintas piezas teatrales, desde escenas de *Final de partida* hasta *El mal de la tierra*, desde *Edipo rey* hasta *La visita de la vieja dama*. Lo que menos intervención tuvo era el Golem mismo. Ni en su forma de poema dramático debido al poeta judío Leivik, ni en su forma novelística debida al escritor checo de lengua alemana, Gustav Meyrink se encontraban elementos de esa leyenda medieval, más allá de una breve aparición y de una que otra vaga insinuación. Pero toda esa reunión de textos diversos, de autores diferentes y de fuentes múltiples, que formaban el "collage", pasaba por el tamiz de la creatividad de Gabriel Weisz hasta transformarse en elementos nuevos, reintegrados a una unidad, la del espectáculo.

Realizado con una increíble economía de medios, sin decorados, sin trajes ni luces, en un ambiente desnudo sólo poblado de la violencia rock de los instrumentos musicales, el director logró los efectos más dramáticos, más expresivos, con unos pocos trapos negros, con unas cajas que se movían sobre ruedas para desplazarse, con unas lámparas de bolsillo que producían unos juegos de luces psicodélicos. Y los trapos llegaban a ser olas del mar, o togas romanas o mantos de poetas andaluces, ora túnicas griegas, ora harapos de mendigos. Y las cajas eran ora urnas fúnebres, ora muros de Jericó; y unas bolsas de papel colocadas en la cabeza de cada intérprete simulaban la silueta del Golem con una cabeza cuadrada que traía recuerdos de los expresionistas y de los viajes lunares. Era un teatro "pobre" de verdad, en el sentido que lo quiso Grotowski, que se hacía terriblemente rico por la capacidad creativa de todos y cada uno de sus integrantes, director, actores y músicos, por la capacidad de Weisz para despertar la imaginación del espectador. Un teatro como el oriental, donde los espectadores se vuelven niños imaginativos, como éstos dispuestos a considerar un palo como si fuera un caballo y ver en una muchacha envuelta en periódicos al Golem.

Experimentos que seguramente se repetirán, que sin duda seguirán los pasos del "espectáculo total" en otros países hasta agotar sus posibilidades, para luego buscar otras vetas, otras vías novedosas. Y el experimento aunque no logre del todo su cometido, aunque fracase y hasta cuando despierte burlas y malevolencias, siempre es válido, siempre contiene elementos que hoy, o mañana, o pasada mañana, o tal vez nunca, podrán servir de abono para otras, nuevas búsquedas, más difíciles y más perfectas. Todo experimento deja un sedimento para nuevas cosechas. Y aunque no crean público, y sus esfuerzos se limiten a las élites, serán útiles hasta para los teatros cuya preocupación es tan sólo la multitud.

Y por más excesivas que sean sus pretensiones, por más elementales unos y excesivamente intelectuales otros, por más petulancia que demuestren, por más "insopportables", "pretenciosos", "faltos de modestia" que sean, o que se nos parezcan, son esos jóvenes que representan el porvenir, las únicas vías de selección, de cambio, de nuestro teatro, su esperanza y su lucha contra el vetetismo, el mal gusto y la burda comercialización.

Entrevista



La gracia de San José se hace novela en vilo (Diálogo con Luis González)*

Por Alberto Dallal

Quisiera transcribirles pasajes enteros de este libro único. Se antoja. No sólo por las cualidades descriptivas de su prosa; no sólo porque en sus páginas reina un espontáneo sentido del humor —el auténtico sentido del humor, que brota como natural forma de expresión y de observación, de vida, no como chiste fácil ni como pretexto de disfraz ideológico—; en fin, porque *Pueblo en vilo*** significa una nueva manera de decir la historia, de contar y de registrar los acontecimientos.

Quisiera transcribirles pasajes enteros de *Pueblo en vilo* sencillamente porque si el libro no hubiese sido editado por El Colegio de México, si no llevara notas a pie de página, una extensa bibliografía y algunas fotografías, pensaríamos que se trata de una novela, de una lúcida y amena narración de acontecimientos imaginados o inventados, de anécdotas soñadas. Es *Pueblo en vilo* la narración de sucesos inauditos: un ejército de mujeres armadas con cañas macizas se opone a los primeros conquistadores y saqueadores de Michoacán; para que San José de Gracia quede al fin fundado, ocurren y se propician mil vericuetos y barullos inesperados; la gente piensa que en 1900 habrá de terminarse el mundo —según un macabro rumor— y el sacerdote de la localidad no se da abasto para escuchar confesiones días y noches interminables. La obra es —como la realidad— una mezcla de fenómenos reales y fenómenos que podrían calificarse de fantásticos; sueño y vida; paisaje y hombres; tranquilidad y violencia. *Pueblo en vilo* se acerca sorprendentemente a ese género, "fábula épica", que ha construido la fama, y con razón, de por ejemplo *Cien años de soledad*. En este sentido, lo sorprendente del libro de Luis González reside en el hecho de que todos los materiales provienen de actas, de archivos, de documentos, de narraciones verbales, de registros, de observaciones y conversaciones vivas, de investigaciones especializadas; para decirlo pronto: todo ha sido tomado de la realidad, en sus páginas queda derramada la realidad directamente.

Quisiera transcribirles pasajes enteros de *Pueblo en vilo* para que ustedes, como yo,

* Entrevista realizada en la Casa del Lago, dentro del ciclo "El libro y el autor".

** Luis González: *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. El Colegio de México. Centro de Estudios Históricos. Primera edición, 1968. 365 pp. Segunda edición, 1972. 326 pp.



sintieran envidia de esa manera clara, sabrosa, erudita y original que Luis González ha logrado al expresar historia y al expresarse él mismo. Mérito que se hace mayor mérito tratándose de un libro de historia, de investigación histórica, de conocimientos "englobados" que bien ofrecen lo suyo a la sociología, la economía, la antropología y probablemente a la lingüística. Por sus logros estilísticos, por su enfoque, por su veracidad, por su calidad literaria y por otras muchas razones, *Pueblo en vilo* es el modelo de la novela que muchos quisiéramos haber escrito.

Luis: he notado que en la actualidad se tiende en México a esperar todo de una sola persona, de un solo intelectual. Esta actitud no es privativa del plano estricto de la literatura, campo en el que, no sé por qué razones, siempre se está esperando la gran, única, reveladora novela; el gran, único, libro de cuentos; el gran, el único, el grandioso autor de ficción. Lo mismo podríamos decir del cine: ¿cuántos han sido los jóvenes que muy recientemente y de manera sucesiva han desempeñado el papel de "revelación", de "salvador", de cineasta realmente independiente y revolucionario? El fenómeno se repite una y otra vez en pintura, en teatro, y creo que también sucede en lo que se refiere a la investigación especializada: a la sociología, la historia, la economía. Parece que en el momento actual tendemos los mexicanos a partir de cero, a hacer caso omiso de lo que ya existe, de los elementos muy reales que hemos tenido a la mano. Con una facilidad sorprendente nos desplazamos del cero absoluto, de la nada, hasta la glorificación y el ensalzamiento también absoluto. Esta falta de objetividad conlleva, según mi parecer, una enorme falta de autocritica, no ya de crítica, que en buena medida adquiere esta característica del "extremo absoluto". Y creo también que muchos estudiosos de distintas disciplinas no están o no estarían de acuerdo con esta actitud, pues estos signos de iconoclasia, de rechazo contundente, de subjetividad, dan al traste o escamotean muchos buenos trabajos, muchas buenas plumas, muchas buenas investigaciones.

Te planteo todo esto porque estoy convencido de que en las excelencias de tu obra *Pueblo en vilo* independientemente de la originalidad de tu metodología y de tu estilo, campean las influencias muy benignas de, por ejemplo, Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas y José Gaos. Y lo planteo, asimismo, porque gracias a tus esfuerzos y tus logros como investigador, tú puedes decirnos, explicarnos por lo menos una línea de investigación cuya trascendencia en la historiografía mexicana resulta evidente. ¿Cuáles son tus influencias más admiradas y notables? ¿Cuáles tus mejores maestros mexicanos? ¿Cuáles son las personas que, a tu parecer, ocupan un lugar preponderante en el desarrollo de la disciplina histórica en México?

LG. Durante toda mi vida he recibido ayuda de maestros, amigos y alumnos. Los dos o tres personas que has citado están en la lista de mis mejores maestros. Procuré aprender de don Alfonso Reyes la falta de solemnidad al escribir; el uso de las palabras vulgares y caseras. Al maestro José Gaos y a don Irineo Marrou les debo la filosofía con que ejerzo mi oficio. De don Daniel Cosío

Villegas he recibido una tormenta de enseñanzas y no sólo la de poner la pasión al servicio de la verdad. El rigor técnico que tengan algunos de mis escritos hay que abonárselo a dos maestros ejemplares: Silvio Zavala y José Miranda. En fin, estoy cargado de deudas. Les debo a maestros de casa y de fuera, a don Arturo Arnáiz y Freg, a don Wigberto Jiménez Moreno, a don Edmundo O' Gorman y otros historiadores mexicanos de mucho cartel y merecida fama. Todos mis compañeros de El Colegio de México encontrarían, si se pusieran a buscarlos, ideas y datos suyos en obras supuestamente mías. Copio a manos llenas. De Alejandra Moreno y de Enrique Florescano he aprendido a hurgar en las llamadas ciencias conexas y auxiliares de la historia. De los que han sido mis alumnos he sacado mucha raja. Quizá porque he vivido poco en el extranjero y porque no sé lenguas, la gran mayoría de mis inspiradores y proveedores son mexicanos. Tengo mucha fe en la tradición historiográfica de México. Creo que siempre se ha producido aquí buena historia. Las Escuelas historiográficas de aquí y ahora no están muy pobladas pero sí bien pertrechadas, activas y lúcidas. Tampoco quiero decir que como México no hay dos. Tampoco quiero hacer un catálogo de los historiadores mexicanos que, en mi opinión, ocupan un lugar preponderante porque en una lista así los que destacan son las omisiones.

AD. Independientemente de los estudios que tú has realizado en la Universidad Nacional, en El Colegio de México, etc., en todas las instituciones principales, supongo que también has estudiado en el extranjero; no tengo el dato preciso pero tú nos lo puedes dar. También creo que has de tener alguna inclinación especial por algún tipo de novelista, ya sea decimonónico o una preferencia

por novelistas actuales. ¿Nos podrías decir algo al respecto?

LG. Habitualmente no leo novelas. Las pocas que he leído son de índole costumbrista y referentes a la vida de la provincia mexicana; sobre todo, al occidente del país. Conozco y he aprovechado las de don Agustín Yáñez, Juan José Arreola y Juan Rulfo. Leí, después de haber hecho *Pueblo en vilo*, los *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. También leo periódicos y nunca me pierdo los artículos de Ibargüengoitia y Monsiváis.

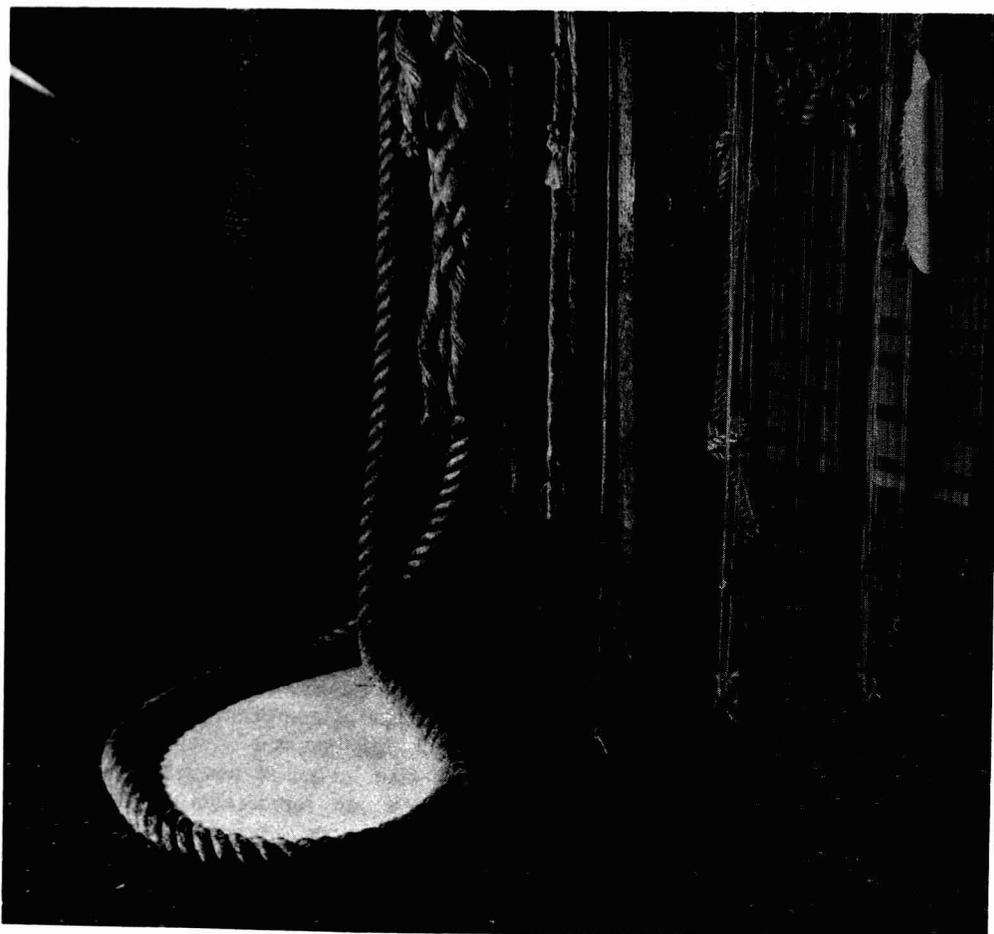
AD. ¿Dónde realizaste tus estudios?

LG. Aprendí a leer, escribir y contar en mi pueblo, con mis padres, un tío sacerdote y la señorita Josefina Barragán. Hice la secundaria y la preparatoria en un colegio de jesuitas, en el Instituto de Ciencias de Guadalajara. Cursé dos años de la carrera de leyes en la Universidad Autónoma de aquella ciudad. Estudié para historiador en El Colegio de México y en la Sorbona de París. El pergamino que me acredita como profesional de la historia es de 1956.

AD. Hablemos del tema que, según parece, tú has desarrollado en mayor medida que otras personas: la microhistoria. Tú has escrito un ensayo en torno a esa metodología que lleva un título revelador: "Microhistoria para Multiméxico".*** Aduces que la microhistoria es distinta de la historia a secas por varias y variadísimas razones. ¿Nos podrías explicar un poco en qué consiste la diferencia entre la macrohistoria y la microhistoria que tan espléndidamente desarrollas en *Pueblo en vilo*?

LG. Veo semejanzas notables y cada vez mayores. Suelen ser diferentes los tipos

*** Luis González: "Microhistoria para Multiméxico", *Historia Mexicana*, El Colegio de México, núm. 82, octubre-diciembre 1971.



de estudiosos que se ocupan de ver la historia en su aspecto universal o en sus áreas nacionales, de los preocupados por la historia de regiones o de localidades. El historiador de alcance nacional, o internacional, hace muchas veces lo que hace con espíritu sereno y científico, movido por el propósito de establecer las "leyes del desarrollo histórico"; en definitiva, procura fríamente racionalizar en alguna forma o conceptualizar el proceso de cambio de las sociedades. El historiador que se enfrenta a problemas locales es menos intelectual y abstracto. Suele ser romántico, de espíritu anticuario, nostálgico de la vida preindustrial y preurbana. Mientras los macrohistoriadores pueden ser de cualquier parte, los historiadores localistas casi siempre son nativos del lugar que estudian. Al revés de los grandes, los microhistoriadores tienen poco oficio, poco beneficio, poco mundo y mucha pasión. Muchos son revolucionarios en potencia, revolucionarios regionalistas, una especie de Emilianos Zapatas.

Los historiadores de ciudades pequeñas y pueblos tienen motivos de sobra para levantarse en plumas. El agravio es reciente y quizá universal. Los sociólogos le llaman colonización interior. Cada reino o república tiene su metrópoli chupasangre. Los metropolitanos o capitalinos han dado en la costumbre de agarrar de puerquitos a los provincianos. Los explotan de mil modos: les meten fábricas —o mejor dicho, productos de fábrica— y les matan sus artesanías: les quitan sus tierras (en México, la desposesión de los terrenos ejidales se llama sistema de contratos de participación). Los agentes del imperialismo interior van dejando sin tierras, sin industria y sin gran comercio a los habitantes de las zonas periféricas. Y una de las maneras de protesta contra esa injusticia la manejan los sabios de pueblo, los hacendados de microhistoria. Mucha de la investigación local de nuestros días obedece al propósito revolucionario de despertar la conciencia histórica de los lugareños y ponerlos en posibilidades de defenderse del imperialismo económico metropolitano. El microhistoriador sabe mejor que el macrohistoriador que la investigación histórica responde a requerimientos de la vida práctica, que no es una labor inocua y desinteresada. El microhistoriador no es un caballero sedente. Es un activista de la revolución regional contra la metrópoli. En fin, me podría extender en este punto porque acabo de leer el libro de Lafont que se llama *La revolución regionalista*, pero creo que si lo hago nos alejamos de la pregunta.

Decía que los microhistoriadores se distinguen de los macrohistoriadores. Son distintos también los asuntos de la micro y la macrohistoria. Esta se ocupa de la patria grande y mitológica; aquella de la patria chica y verdadera. La macro le da cada vez más importancia al tiempo largo de las estructuras; la micro se entretiene en los tiempos cortos de la anécdota. Las historias nacionales o del mundo tratan de los egregios; protagonizan el acontecer con caudillos, con héroes, con santos y con apóstoles. Los hombres de las historias locales pertenecen al pueblo raso. Allí no hay estadistas famosos por sus matanzas, empresarios notables por sus maneras de robar, intelectuales célebres por sus embustes y su vanidad. En fin, la maxihisto-

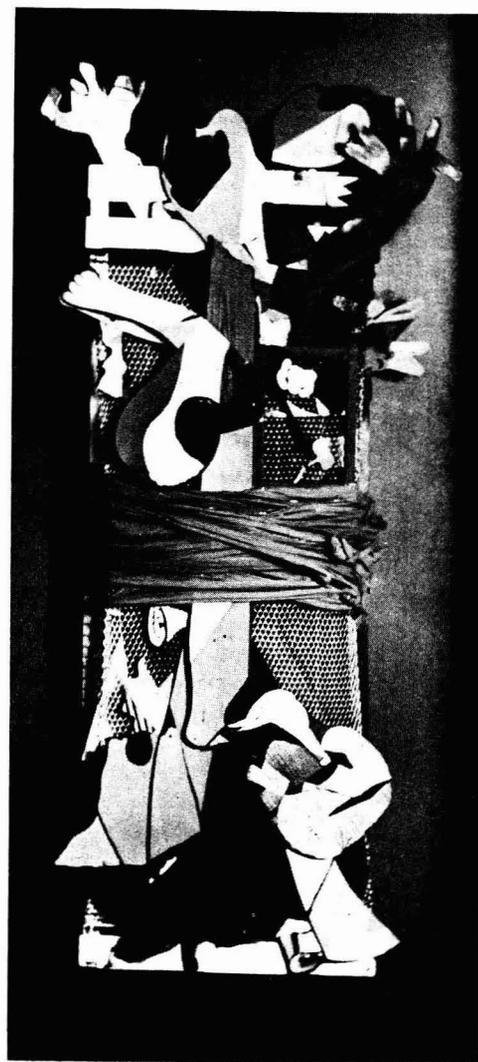
ria acostumbra concentrarse en algún aspecto de la vida histórica, lo económico, lo social, lo político, lo cultural. La minihistoria enseña más, desnuda más, es menos especializada, propende a ser más integral.

Otras diferencias se dan en el campo del método. Los microhistoriadores generalmente le dan poca importancia a la hechura de bosquejos, hipótesis de trabajo y cosas por el estilo; usan, aparte de las fuentes escritas, la inspección personal del terreno, la fotografía aérea, las transmisiones orales y otros testimonios de escaso valor para la macrohistoria. En la microhistoria se requiere mucho olfato crítico, pero más que nada el ejercicio de la simpatía para poder comprender. Como quiera, en el descubrimiento de los hechos históricos la microhistoria es tan científica como la macrohistoria. En la exposición de los hechos históricos, la micro tiende más que la macro a la utilización de los recursos del arte, a emparejarse con el cuento y la epopeya. La historia local no es un diálogo entre eruditos; corre entre el autor y el público municipal y espeso.

AD. En tu ensayo sobre la microhistoria propones que el gobierno o las instituciones oficiales ayuden y apoyen a este tipo de historiografía, a este tipo de oficio u ocupación. Las medidas son muy concretas. Tú propones cosas concretas y das tu opinión muy concreta. ¿Cómo podría ayudarse a estas personas que están ocupadas en, digamos, desenterrar los documentos, en describir las costumbres, en registrar los datos y los acontecimientos? ¿Crees que esos trabajos realmente podrían esclarecer algo o mucho, en la medida en que estuvieran coordinados? ¿O es que este trabajo debe brotar espontáneamente? La pregunta es sencilla. Se supone que hay historiadores regionales que no están en la capital, que tienen la oportunidad de hacer este tipo de microhistoria. ¿Consideras que, entonces, tendrían que coordinarse los trabajos que ellos desempeñan para que pudieran sacarse conclusiones generales, para unir, digamos, la microhistoria con la macrohistoria?

LG. Sí, hay que fomentar la historia de lugares y regiones haciendo sociedades y revistas consagradas a la microhistoria. En algunos países desarrollados las hay. En México es ahora el momento propicio para fundarlas. Una de las obsesiones del gobierno actual es la descentralización, la dignificación de las regiones, la vida municipal vigorosa. En tal empresa, la microhistoria puede prestar muy buenos servicios. De hecho puede ser el instrumento más eficaz de descentralización si se le estimula y actualiza.

La actualización es necesaria. La mayor parte de los mexicanos que hacen historia regional o historia local son gente sin ninguna preparación profesional, son meros autodidactas necesitados de ponerse al día en métodos y técnicas de investigación. Y lo cierto es que el mejoramiento de nuestros historiadores localistas no es tarea de romanos. Como se trata de gente vocada y con experiencia, lo más del camino está hecho. Lo que falta por hacer es poco: reunir en congresos a historiadores profesionales y aficionados; difundir un manual de teoría y método de la microhistoria; proporcionar cursos breves en los institutos de alta cultura de



la capital y de los Estados. Por lo pronto, El Colegio de México planea establecer cursos de dos o tres meses, en el periodo de vacaciones, para estos historiadores de buena voluntad, pero sin suficiente preparación técnica y teórica, y por lo mismo en situación de desventaja frente a los macrohistoriadores. No se puede pensar en una colaboración eficaz entre unos y otros mientras los provincianos no cojan el paso.

AD. Tengo la sensación de que las personas que se dedican a hacer este tipo de investigaciones "microhistóricas" en su propia localidad son una especie de historiadores espontáneos, una especie de cronistas. Tú te has topado con algunos de ellos. ¿Podrías explicarnos cómo trabajan? ¿Por qué de pronto se inquietan por la historia de su localidad?

LG. De hecho la gran mayoría de ellos, con algunas excepciones, son historiadores espontáneos. Por un sentimiento de arraigo a su lugar de origen y por salvar a su patria chica de la colonización interior se lanzan a escribir historia sin contar con el tiempo suficiente para hacerlo porque son gentes dedicadas a otra actividad. Unas veces es el secretario del Ayuntamiento que en los ratos distraídos a la redacción de actas, constancias, recibos y discursos, recoge datos para la historia de su municipio. Otras veces se trata del párroco, del médico, del boticario, del huizachero o del fotógrafo. Es frecuente que los fotógrafos (no sé si exista una explicación especial para este fenómeno) se dediquen a la microhistoria. Pero nunca son microhistoriadores de tiempo completo o por lo menos de medio tiempo. Rara vez son

también personas bien pagadas para hacer la crónica local. Y sobre todo, casi siempre, son líricos, impreparados que no saben cómo acudir a las fuentes, no saben reunir testimonios, y menos todavía ejercer las operaciones críticas, hermenéuticas, etiológicas, arquitectónicas y estilísticas; operaciones que a pesar de tener nombres tan terribles son de aprendizaje fácil.

AD. En el desarrollo de la historiografía universal, ya no tratándose de México, ¿también se dan estos casos? Digamos en los Estados Unidos o en determinados países desarrollados económicamente ¿también existe este tipo de historiadores espontáneos y líricos?

LG. Francamente no estoy muy al tanto de lo que sucede fuera. Sé algo de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos donde los microhistoriadores son profesionales en su gran mayoría. Los franceses que conozco (así Goubert y sus alumnos) son todos ellos egresados de las universidades. En los Estados Unidos, liderada por el profesor Bernard Bailyn de Harvard, existe una corriente muy técnica de historia local. La escuela británica de Leicester es mundialmente famosa por sus microhistoriadores. Por lo menos en esos tres países la microhistoria se ha profesionalizado.

AD. En la actualidad hay una gran inquietud por la reforma educativa y se ha puesto especial atención a la enseñanza de la historia en México. Considerando todo este tipo de aportaciones que hace la microhistoria ¿crees que podría aplicarse de alguna manera la microhistoria para la enseñanza de la historia? La pregunta sería la siguiente: los niños, por ejemplo, leyendo una crónica ágil, ligera, sin muchos datos, probablemente percibirían mucho mejor la historia de su localidad, primero, y la historia general del país, después. ¿No se han tomado medidas para aplicar este tipo de microhistoria a la enseñanza de la historia?

LG. En los países donde la microhistoria es ejercida por profesionales, se ha puesto de moda el iniciar a los niños en el conocimiento histórico infundiéndoles el pasado de su patria chica. Desde principios del siglo, las pedagogías derivadas de Pestalozzi, Froebel y Dewey prescribieron que se ilustrase con historia local la historia nacional impartida en la escuela primaria. Desde hace veinticinco años los ingleses han dicho que la microhistoria no debe enseñarse como mera ilustración de la macrohistoria, sino como disciplina aparte. Ya se enseña también en la secundaria, en las escuelas francesas e inglesas. Aquí, en México, vamos para allá, según dicen los que están ahora reformando la educación nacional.

AD. Te hago esta pregunta porque leer *Pueblo en vilo* es una experiencia extraña y fundamental. En realidad te estás refiriendo a San José de Gracia y subtitulas la obra "Microhistoria de San José de Gracia". Sin embargo, de alguna manera te refieres, por necesidad, a los acontecimientos de toda la región. Tú mismo explicas que San José de Gracia sería un pueblo tipo, un pueblo típico de esa región, y te refieres a los acontecimientos históricos de toda la región. Al mismo tiempo, *Pueblo en vilo* también se refiere —asimilación perfecta, implícita— a la histo-

ria de todo el país: se habla de la estrategia y la táctica de los conquistadores, de quiénes fueron los primeros españoles que penetraron en la región, de por qué lo hicieron, de cómo sucedieron las cosas durante los levantamientos armados del presente siglo (sucesos en los que habrían de intervenir los habitantes del pueblo y —asimilación perfecta, implícita— el pueblo mismo). Me pregunto —y te pregunto— si este mismo tratamiento "literario", este "modo de expresión", podría ser aplicado en la enseñanza de la historia. No sólo describir la historia local, sino a través de ella, mediante una metodología o un sistema ideado para conseguirlo, narrar la historia nacional a través de la historia local. K—¿Podría hacerse esto?

LG. Puede y debe hacerse. De hecho es más fácil enseñar historia a partir de la historia local porque el afecto de los niños a la patria chica los hace muy receptivos a lo que se diga de ésta. También porque la historia local es menos abstracta que la nacional. Partiendo de la relación de los antecedentes de lo conocido, de lo próximo, del grupo en que se convive, se facilita la exposición del desarrollo de la patria grande. La enseñanza de la microhistoria es posible y es deseable. Dentro de la tan cacareada escuela activa de nuestros días es incluso necesaria.

AD. Y esta metodología de la microhistoria llevada en esa forma original al aspecto didáctico, al aspecto de la enseñanza de una materia, de una disciplina ¿no podría ser aplicable en otras áreas del conocimiento, por ejemplo en la sociología, por ejemplo en la economía?

LG. Creo que sí. En lugar de enseñarles a los estudiantes, principalmente de secundaria (a los que se les enseña sociología y economía), teoría sociológica y teoría económica, debiera mostrárseles cómo funcionan en la realidad la vida económica y la vida social, primero en su propio y reducido contorno, y luego en la patria y en el mundo ancho y ajeno. Lo ideal sería que toda enseñanza teórica de sociología, economía, politología y geografía humana, se apoyara en el conocimiento previo del mayor número posible de casos locales y regionales que los alumnos, por propia investigación, pueden lograr.

AD. Es decir, remitirlos a los problemas concretos próximos a ellos y a su comunidad; que incluso fueran ellos quienes buscaran los aspectos generales del conocimiento.

LG. Así es en la escuela activa.

AD. Y volviendo otra vez a tu libro, Luis: ¿por qué se te ocurrió escribir *Pueblo en vilo*? No es una pregunta íntima, espero. Queríamos saber si soñaste de pronto que debías escribirlo. ¿Por qué no? Es una posibilidad. Otra: de acuerdo con una corriente de expresión, como lo es la microhistoria; es decir, gracias a sus ejemplos a lo largo de la historiografía mexicana ¿surgió la idea? Aquí en México (por lo menos al nivel académico al que tu perteneces) no se hace microhistoria regularmente. Insisto; ¿por qué se te ocurrió un buen día escribir un libro como *Pueblo en vilo*, realizar toda la investigación, estar en contacto con las gentes, preguntarles, hacerles entrevistas, ir a los archivos del pueblo?

LG. La cosa es realmente muy sencilla.

El Colegio de México me concedió un año sabático que disfruté en mi pueblo, del que había salido a los doce años, aunque cada año seguía vacacionando en él. Me encontré con que allí existían ciertas angustias ante el futuro del pueblo, ante los problemas planteados por intromisiones extrañas. Entonces brotó la idea inesperadamente y sin estar preparado para realizarla. Sin conocer las grandes obras contemporáneas de microhistoria y sin plan previo empecé a hurgar en los archivos, en el archivo parroquial, en el archivo de lo que entonces era la Tenencia y ahora es el Municipio. De aquí salté a los archivos de lugares cercanos; luego a los fondos estatales, y por último a los de la nación. Entrevisté a mucha gente; recorrí a pie y a caballo el escenario de mi historia, y me puse a escribir. Escribí rápidamente, pero con el auxilio de mi mujer. Armida compuso mi manuscrito y sacó copias a máquina de él. Cuando pasé algunas de esas copias a dos o tres personas, una de ellas me propuso dar a conocer el libro en lecturas públicas. El tiempo restante de mi año sabático lo dediqué a leer en voz alta, a razón de capítulo por domingo, la primera versión mecanoscrita, y a preparar, tomando en cuánta las observaciones de mis oyentes, la segunda versión.

AD. Pero ¿ya tenías elaborados los materiales en la forma en que aparecen en el libro o tenías sólo la documentación?

LG. Cuando volví a mis labores ordinarias en El Colegio de México el libraco estaba prácticamente concluido. Antes de publicarlo sólo le añadí algunos adornos académicos sugeridos por mis maestros y colegas. La obra publicada no es todo lo académica que hubiera podido ser. Entre otras cosas le falta unidad en el enfoque. La primera parte es un poco impersonal. La segunda parte cuenta la visión que tienen mis coterráneos de las revoluciones mexicana, cristera y agrarista. La última parte contiene la visión mía, muy personal, de la vida de San José de Gracia de 1940 para acá. Mi libro no tiene unidad. Al pasado remoto se le trata impersonalmente; el pasado inmediato se le ve con los ojos de quienes lo hicieron y padecieron, y al presente se le mira desde el punto de vista de una persona oriunda del lugar, pero vecindada desde hace treinta años en la ciudad, y por lo mismo, un poco urbanizada.

AD. Y, sin embargo, acaba de aparecer la segunda edición, ahora con mayor tiraje. Además está por salir la edición en inglés. Aparte de eso, el libro, bueno, tú, por el libro, acabas de ganar un premio, el Premio Haring. ¿Podrías explicarnos en qué consiste ese premio y si hay posibilidades de otras traducciones? Creo que también estaba por ahí esperando la traducción al francés.

LG. Yo no estoy muy al tanto de lo que sea el Premio Haring. El 28 de diciembre, el mero día de los inocentes, recibí una carta de la American Historical Association portadora de las noticias de ser yo el agraciado con el Premio Haring por *Pueblo en vilo* y que ese premio se concedía cada cinco años al mejor libro de historia latinoamericana. La carta no resultó una tomadura de pelo como era de esperarse por haberla recibido el día de los inocentes. Poco después me llegó la billetiza correspondiente al premio.

AD. ¿Qué hay de las traducciones?

¿Aparece la edición en inglés y aparece también la versión francesa?

LG. Sí. La edición en inglés la hace la Universidad de Texas; la edición francesa, la editorial Plon. Ambas saldrán este año, según me han dicho. *Pueblo en vilo* va teniendo pegue. Pero basta ya de hablar de mí y de estar vendiendo mi mercancía.

AD. Bueno, ahora una pregunta que a mí me inquieta mucho y creo que a mucha gente aquí: el aspecto de la crítica. Se supone que los especialistas están leyendo continuamente y contribuyen con materiales críticos que se dan a conocer en revistas especializadas. En alguna ocasión yo he dicho que es una lástima que estos mismos especialistas (historiadores, economistas, sociólogos, matemáticos, etcétera), o no posean un lenguaje accesible para hacer crítica de libros y para publicarla en los suplementos en general, o bien estén tan ocupados que no se les permita permanecer en contacto con el público por medio de esas críticas. Porque creo, además, que su aportación, su punto de vista es realmente muy importante para la gente. Sé que tú has colaborado en muchas revistas especializadas, pero, ¿no te gustaría colaborar en suplementos, en revistas de mayor difusión? Es decir, ¿no te gustaría hacer crítica de libros y publicarla en revistas de mayor difusión?

LG. Sí y no. Me asusta la idea de hacer periodismo, de dialogar con personas que no sean colegas o paisanos. Pero ¿podría hacer crítica? Bueno, sí la he hecho; todos más o menos hemos incurrido en esto. La verdad es que como crítico soy muy benévolo. Mis alumnos me tienen fichado en la categoría de "barco". Por mi calidad de ladrón, sólo miro lo valioso, los aspectos buenos de obras y gente. Me cuesta mucho trabajo ver las cosas reprobables. Si fuera auxiliar de San Pedro salvaría a todos los condenados.

AD. Pero esa es una forma de crítica. Creo que en última instancia el emitir un opinión benévola, sobre todo poseyendo los conocimientos sobre las cualidades, no sola-

mente sobre los defectos, de un libro, ya es hacer crítica. Creo que sería muy importante que tú hicieras este tipo de "comentarios benévolo". Pero pasemos a las preguntas y opiniones del público.

Pregunta del público. He observado, lamentándolo, que los que se ocupan de registrar los hechos, los acontecimientos, los fenómenos de una nación, o sea: los historiadores, hacen caso omiso de algunos aspectos fundamentales de la vida de una sociedad, de la insalubridad, por ejemplo. Toda la atención parece concentrarse en los aspectos económicos y políticos; poco nos dicen los investigadores acerca de las condiciones que prevalecieron en el pasado inmediato y en el pasado mediato con respecto al estado de la salud (y, lo que es más importante de la "insalud") del pueblo.

LG. Así es. O así fue hasta fechas muy recientes. Toda la historia de México, hasta hace relativamente poco, estuvo preocupada por ver los cambios políticos, la sucesión de los gobiernos, las grandes batallas, y descuidó totalmente los aspectos económicos, sociales, culturales de la vida del país. Desde 1940 se viene produciendo un cambio en los temas. Si hiciéramos ahora un censo de los asuntos estudiados por los historiadores mexicanos de hoy, encontraríamos probablemente que los estudiosos de la vida política se han vuelto minoría. Todavía hay temas en busca de autor, como el de la historia de la insalubridad en México, sólo parcialmente tocado por algunos historiadores extranjeros. Vivimos en una zona naturalmente insalubre, somos tropicales, y deberíamos ver cómo esta condición se ha reflejado en nuestra existencia histórica.

Pregunta del público. Quisiera saber su opinión de historiador acerca del papel que juegan los elementos bio-psico-sociales en la vida de los pequeños pueblos. Parece ser que los habitantes de estos lugares no están exentos de su buena dosis de neurosis e incluso de psicosis.

LG. No sé qué decir. Conozco algunas

comunidades con vida económica y política de segundo orden dueñas de una historia feliz. Conozco pueblos que fueron pobres y a los que se ha metido a la fuerza en la ruta del desarrollo económico, pueblos poseedores de un poco más de dinero en los bolsillos pero infelizados, con enormes problemas de índole psicológica. En general, de músico, poeta y loco todos tenemos un poco, pero la dosis de locura campesina es menor que la citadina ¿no?

Pregunta del público. Creo que conocer la historia de un país es tan importante o más que conocer la historia de un individuo. En México se conoce la historia hasta la etapa revolucionaria de 1910; pero después de este evento los hechos y los datos se hacen confusos. Sólo se ocupan de los personajes. ¿No sería mejor —en la investigación, en la enseñanza, en la vida cívica— conocer lo inmediato y después lo mediato de la historia?

LG. Me parece muy buena su observación. Sí, creo que no sólo por una razón práctica muy concreta, la de que nunca alcanza el tiempo para llegar a la época actual; también por una razón teórica muy comprensible, la enseñanza de la historia debería partir del aquí y del ahora, de lo próximo y de lo actual, de la microhistoria y del conocimiento del mundo presente. La enseñanza de la historia en México pide a gritos multitud de reformas. Además de la que usted propone, son de sugerirse algunas más. Que se enseñe la historia integrada, unida a las ciencias humanas sistemáticas, no como un todo aparte, sí como una parte del todo humano. Que se enseñen todos los tipos de historia, y no únicamente la monumental o historia de bronce preocupada y ocupada en hacer patriotas a fuerza de recitar las virtudes de los grandes hombres y las gestas heroicas de la nación. Junto a esa historia reverencial, o mezclada con ella, debieran infundirse nociones de historia anticuaria a fin de hacer niños y jóvenes respetuosos de las reliquias del pasado y apreciadores de los logros pretéritos sin distinción de credo y país. Pero más que las historias del bronce y la polilla, la escuela debería esparcir a manos llenas la historia crítica —si la historia monumental hace, según el dicho de Valéry, pueblos vanidosos y egoístas; si la anticuaria produce conservadores, la historia crítica modela ciudadanos conscientes y gobernantes revolucionarios. Mientras las otras historias son prescindibles, la historia crítica es necesaria.

Pregunta del público. A principios de este siglo existió un gran interés por la historia o las historias locales. Yucatán es un buen ejemplo. En este sentido, la provincia es fuente de tradición historiográfica. Hay muchas publicaciones que comprueban esto. Yo quisiera saber, ¿en qué medida los estudios antropológicos, sociológicos y etnográficos han influido en la historiografía local, en la historiografía nacional?

LG. De hecho, desde el siglo pasado surgió un enorme interés por la historia regional como respuesta a un problema concreto, como respuesta a la campaña de nacionalización de la Reforma y los gobiernos derivados de ella. Entonces se inventó el mito del México uno y parejo, y se hostilizó la imagen de un México mosaico, de un Multiméxico; se trató de borrar por decreto todo lo que olie-



ra a diferencias locales, se hostilizó el tipo de gobierno local hasta llegar a esta apariencia de "un solo México" de la época de Díaz. Precisamente como protesta contra esa centralización y contra esa colonización vino un florecimiento de una historiografía local muy polémica, muy apasionada, muy reveladora de las diferencias específicas de cada una de las regiones del país.

Por lo que mira a su pregunta, me parece indudable que la antropología le ha servido de manera sobresaliente al historiador contemporáneo. Y no sólo la antropología. Todas las ciencias sociales, las llamadas ciencias sistemáticas del hombre, están siendo utilizadas como instrumentos de trabajo por los historiadores profesionales. Un historiador profesional "in" es necesariamente interdisciplinario: utiliza los conceptos aportados por sociólogos, por etnólogos, por antropólogos, para captar, para recobrar la vida humana de otras épocas.

Pregunta del público. ¿Qué significa eso de que el historiador en provincia es lírico?

LG. Simplemente que no tiene la preparación técnica mínima para escribir historia correcta. Esto no quiere decir que no sea valioso. El historiador provinciano y lírico no merece el desdén. Sin erudición, sin cultura y sin mundo, con sólo una fuerte dosis de emotividad y simpatía, el historiador provinciano y lírico resulta mejor resucitador del pasado que el investigador profesional, erudito, culto y mundano. Creo que se puede aprender mucho de las historias locales y regionales que hay en el país, pero un estorbo para ese aprendizaje es el prejuicio de que lo que no está correctamente hecho, lo que no tiene notas al pie de cada página y notas de acuerdo con las especificaciones de la UNESCO, no sirve. No es del todo superfluo el agregarles a los microhistoriadores el adorno de la técnica, aunque sólo sea para ser admitidos en casa de los historiadores profesionales y en la sociedad académica.

Pregunta del público. En vista del hecho de que en México los principales trabajos de investigación histórica los realizan personas generalmente provenientes de universidades norteamericanas o de universidades europeas, los historiadores locales quedan bastante marginados. Es muy notable para el análisis de la vida, de la obra de los personajes históricos, para el análisis de la historia de un pueblo, que el investigador conozca el suelo que pisa. ¿A qué se debe que los principales —por lo menos los más notables y ambiciosos— trabajos de historia hayan sido realizados en el extranjero?

LG. En los Estados Unidos hay actualmente un grupo numeroso de profesionales de la historia entregado a investigar la vida mexicana. El número de historiadores que hacen historia de México en los Estados Unidos es mayor que el de investigadores mexicanos. Por otra parte, no menos de cien europeos son también mexicanistas dentro del ramo de la historia. No menos de un millar de extranjeros están escribiendo ahora acerca de nuestro pasado en mejores circunstancias que nosotros. Los historiadores norteamericanos y europeos disponen de un horario muy generoso y una paga envidiable. A los historiadores mexicanos les pasa generalmente lo que decía Orozco y Berra de él y de sus

colegas: "cuando tenemos pan no tenemos tiempo y cuando tenemos tiempo no tenemos pan." Y como si todo esto fuera poco, nuestros colegas estadounidenses, españoles, británicos y centroeuropeos que nos estudian lo hacen, por regla general, con más profesionalismo y con mayor concentración que nosotros. A un historiador mexicano le es difícil concentrarse en la investigación de su tema aun en el caso óptimo de que sea profesional de tiempo completo y salario decoroso. Ya se le pone a escribir sobre el héroe en turno (Hidalgo en el "Año de Hidalgo", Juárez en el "Año de Juárez"), ya se le pide el discurso del 16 de septiembre y demás fechas conmemorativas. En fin, estorbo tras estorbo para los historiadores de casa y la mesa puesta para los visitantes producen el resultado que usted observa: los más ambiciosos trabajos de historia mexicana se fabrican en los Estados Unidos y Europa. Y sin embargo, la producción mexicana no es desdeñable y muchas veces es superior a la extranjera. Y es que no todo es ventaja para el fuereño. Salvo excepciones ilustres como la de Wörmack o la de Jean Meyer, los de afuera pueden narrar y aun explicar con virtuosismo diversos episodios de nuestra historia, pero no consiguen comprenderla, mirarla desde dentro. Por otra parte, debemos ver a los mexicanistas extranjeros en plan de colaboradores, no de competidores.

Pregunta del público. ¿Cuál es el origen y qué hay de verdad en la frase "la historia la escribe el que gana"?

LG. Bueno, el tipo de historia reverencial, ese tipo de historia que tiene un objetivo patriótico, sí la dicta el ganador. El grupo que gana procura tener representantes en el santuario nacional. El victorioso se hace esculpir estatuas, le da su nombre a las calles y se gana la voluntad, los poemas y las historias de poetas e historiadores hambrientos de comida, poder, dinero o gloria. El que gana paga y el que paga manda. Con todo, los historiadores independientes son más de los que usted supone. No todo es historia mandada hacer al gusto del triunfador. Eso sí, la mayor parte de la historia que se consume en el mundo es del tipo monumental, hecha para exaltar a los vencedores en turno y a sus ancestros.

Pregunta del público. ¿Es ese tipo de historia la que se enseña en México?

LG. Sí, absolutamente sí.

Pregunta del público. Una parte de la historia son elementos y datos reales; otra (el resto), está hecha de adivinaciones. ¿A qué se debe esto?

LG. No existe una historia (ni puede existir) totalmente objetiva. En cualquier obra histórica intervienen elementos oriundos de la subjetividad. La razón es clara: el historiador es un ser humano, no puede quedarse impassible frente a los problemas humanos, por tanto, siente, genera simpatías y diferencias distorsionadoras de la realidad que contempla. Además, el historiador no dispone de todas las piezas originales para reconstruir el rompecabezas del pasado. No todo ha dejado huella y la mayor parte de las huellas se han perdido. Por tanto, nadie puede resucitar la vida histórica sin un poco o un mucho de imaginación, o adivinación como usted la llama.

Pregunta del público. ¿Sería factible pensar que hay épocas de la historia que los historiadores no llegan a comentar?

LG. En primer término, las que no han dejado testimonios de su existencia. El historiador puede suplir algunas piezas perdidas del rompecabezas, que no todas. En segundo lugar, hay épocas atractivas y épocas antipáticas, y los historiadores, que al fin y al cabo son seres humanos, no persiguen ni frecuentan a las feas. En el caso de la historia de México la época más ingrata (y eso dentro de una familia sin bonitas) es la que corre de la revolución de independencia a la Reforma, en tiempos del cojo Santa Anna, cuando los norteamericanos hicieron lo que hicieron, cuando la sarna de los pronunciamientos desfiguró medio siglo de nuestra vida. Esa época sólo tiene comentaristas sadomasoquistas, y en consecuencia, pocos.

Pregunta del público. Pero, ¿existen investigadores de historia que no escamoteen nada?

LG. Cómo no. Junto a los timoratos, en todas las épocas han crecido y producido los historiadores "aventados" y veraces. Tampoco han faltado los de la oposición sistemática y la rebeldía teatral. Estos no valen más que los historiadores paniaguados, y sin embargo, algunos, por ignorancia, los confunden con los de buena ley. Son legión los que consideran a Bulnes historiador y de los buenos.

Pregunta del público. ¿Es necesaria una autocritica en los historiadores? ¿Hace falta un mayor número de historiadores valerosos?

LG. El historiador debe vivir con la alarma constantemente conectada, siempre alerta, en perpetua autocritica. El "conócete a ti mismo" le es indispensable si quiere ser objetivo y veraz hasta la última frontera de lo posible. El historiador de fuste es un almacigo de amores y de odios, de ideas previas y prejuicios, pero consciente de sus ideas previas, de sus simpatías y sus antipatías, y con la voluntad resuelta de despojarse de afectos y tirrias, de ideas y conceptos contraídos con anterioridad, cuando la investigación que realiza le demuestre lo infundado de sus sentimientos y sus visiones previos. Y por supuesto que este tipo de historiadores autocríticos, de voluntad fuerte, son menos de los necesarios; están haciendo constantemente falta.

Pregunta del público. ¿Y por qué no se difunde la verdadera historia, la de los investigadores objetivos, valerosos?

LG. Porque no es la más abundante. Se producen en cantidades industriales obras realizadas sin conciencia o con un propósito reverencial. La historia de buena calidad se produce en cantidades sólo artesanales. Además, la historia abundante y de escasa valía, y especialmente la historia de bronce o litúrgica mandada hacer por los vencedores, y la leyenda negra, confeccionada por los vencidos, disponen de un público forzado que es, en números redondos, la cuarta parte del público posible. Bueno, me refiero a México, al México de hoy.

Pregunta del público. ¿Cuál es el público forzado al que usted se refiere?

LG. El formado por los alumnos de todos los planteles públicos y privados.



De nuestras novedades recientes

Román Piña Chan

Historia, Arqueología y Arte Prehispánico
216 pp. Empastado. Ilustrado. \$ 90.00

C. J. Bottemanne

Economía de la pesca
570 pp. Empastado. \$ 150.00

Juan García Ponce

Encuentros
112 pp. \$ 28.00

León Trotski

El joven Lenin
336 pp. \$ 25.00

Barbara Ward

Una sola tierra
278 pp. \$ 60.00

J. W. Moore

Los mexicanos de los Estados Unidos y el Movimiento Chicano
300 pp. \$ 28.00

Pídalos en el Fondo de Cultura Económica, Avenida Universidad 975, Reforma y Havre, o Mariano Escobedo 665, México, D. F., y en todas las buenas librerías y tiendas de autoservicio. Llámenos al teléfono 524-49-24.



NOVEDADES

N. JITRIK	
El fuego de la especie	\$ 23.00
188 pp.	
E. JORGE	
Industria y concentración económica	23.00
191 pp.	
VARIOS AUTORES	
Ferdinand de Saussure	35.00
166 pp.	
L. TROTSKI	
El Nuevo curso, problemas de la vida cotidiana	23.00
J. BARROS SIERRA	
1968 / Conversaciones con Gastón García Cantú	20.00
222 pp.	
CH. A. HALE	
El liberalismo mexicano en la época de Mora	55.00
352 pp.	
R. BROWN	
Psicología social	125.00
804 pp. EMPASTADO	
E. H. ERIKSON	
Sociedad y adolescencia	24.00
192 pp.	
J. MICHELET	
El estudiante	15.00
C. M. 49 304 pp.	

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN:
SIGLO XXI EDITORES, S. A. - GABRIEL MANCERA, 65
MEXICO 12, D. F. - TEL.: 543-93-92



JOAQUIN MORTIZ libros recientes



OCTAVIO PAZ, JACQUES ROUBAUD,
EDOARDO SANGUINETI Y CHARLES TOMLINSON
renga \$ 40.00

ROBERTO PARAMO
la condición de los héroes
\$ 30.00

LUISA VALENZUELA
el gato eficaz
\$ 25.00

ELSA CROSS
la dama de la torre
\$ 25.00

OSCAR OLIVA
estado de sitio
\$ 30.00

LUIS SPOTA
la plaza
(4a. edición, revisada) \$ 50.00

JUAN CARLOS GHIANO
de traidores y finados
\$ 16.00

CARLOS FUENTES
cantar de ciegos
(6a. edición) \$ 16.00

CARLOS FUENTES
tiempo mexicano
(3a. edición) \$ 30.00

AGUSTIN YAÑEZ
las tierras flacas
(4a. edición) \$ 50.00

ROSARIO CASTELLANOS
oficio de tinieblas
(3a. edición) \$ 50.00



en todas las librerías o en Tabasco 106
distribuidores exclusivos: AVANDARO, S. A.
Ayuntamiento 162-b tel. 513-17-14



Libros Académicos

CILA

Sullivan 31 bis

EDICIONES ERA
NOVEDADES



FERNANDO BENITEZ
TIERRA INCOGNITA
\$ 11.00

LAZARO CARDENAS
IDEARIO POLITICO
\$ 19.00

VICTOR VILLELA
PAISAJE DESDE UNA HORA
\$ 20.00

GEORGES HAUPT/JEAN-JACQUES MARIE
LOS BOLCHEVIQUES
\$ 53.00

ANTONIO ALONSO
EL MOVIMIENTO FERROCARRILERO
EN MEXICO / 1958-59
\$ 28.00

De venta en todas las librerías o en
Ediciones Era, S.A.
Avena 102 / México 13, D. F. ☎ 582-03-44

EDICIONES DE
EL COLEGIO DE MEXICO
DE RECIENTE APARICION:

Luis González

Pueblo en Vilo Microhistoria de
San José de Gracia (2a. ed.)

Con estilo ágil y expresión festiva, Luis González logra plasmar en esta obra el ambiente provinciano de San José de Gracia, un pueblo representativo de nuestro ambiente rural. Con fino humorismo, y sin menoscabo del rigor histórico, analiza todos los aspectos, toda la problemática de la región, desde la era prehispánica hasta nuestros días. Casi un relato novelístico, *Pueblo en vilo* es, igualmente, un modelo de investigación historiográfica.

XII + 328 pp. Ilustraciones / En México \$40.00. En el exterior
Dls. \$3.50

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

Librería

Guanajuato 131 / México 7, D. F. / Tel. 574-65-17

DISCOS DE RECIENTE APARICION:

Serie Voz Viva:

MAX AUB — “La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco”.
Prólogo: Henrique González Casanova
Voz del autor.

Serie Literatura Mexicana:

JOSÉ JUAN TABLADA — poesía.
Prólogo: Salvador Elizondo
Voces: Sergio de Alba y Aurora Molina

Serie Folklore:

Álbum de dos discos con el grupo
“Los Folkloristas”.
Música de México / Música andina /
Música criolla / Música tropical
Prólogo: René Villanueva

Serie Voz Viva de América Latina:

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO — *Facundo* (fragmentos)
Selección, prólogo y voz de Carlos H. Magis

SIMÓN BOLÍVAR — Discursos y documentos

Selección y prólogo: José Luis Salcedo-Bastardo
Voz de Fernando Gómez

UNAM / DIFUSION CULTURAL

DIALOGOS

Artes / Letras / Ciencias humanas

Número 46 (julio-agosto 1972)

Ensayo: Noam Chomsky, Manuel Durán,
Cinna Lomnitz, Kostas Axelos /

Relato: Sergio Fernández /

Argumentos: Ulises Carrión / *Poesía:* Alejandra
Pizarnik, Jaime García Terrés / *Ilustra:* Marco
Antonio Valdivia

DIALOGOS

Director: Ramón Xirau

Venta y suscripciones: El Colegio de México / Librería:
Guanajuato 131, México 7, D.F., Tel. 574-65-17

CARLOS ISLA

AVISO

Para Leticia y Antonio

Tu cuerpo cae
y yo escribo
 Tu cuerpo brota
y nos perdemos
 avispero de instantes
como cuartos oscuros
 paso a paso
la noche nos espera
 en el espacio extinto
nuestro lecho
 es el reverso de la vida
quemante origen fijo
 de palabras
silencio repetido
 vértigo
yo estaba vivo en tu cuerpo vivo
 pánico
yo sin cuerpo sin tu cuerpo
 La noche se aleja conmigo

